

W.R.BION

ATENCIÓN E INTERPRETACIÓN

El tema central de este libro es el estudio de la persona en sí misma o en grupo por el método de su observación exacta y registrada en formulaciones precisas. Bion proporciona un nuevo enfoque del insight, advirtiendo al psicoanalista de la importancia de examinar objetivamente uno de los elementos más significativos de que dispone: el lenguaje hablado. Afirma Bion que las formulaciones verbales son las principales herramientas con que cuenta el psicoanalista para lograr la comprensión de un individuo o de un grupo. El psicoanalista debe utilizar el "lenguaje de la realización" para conocer la verdad, pero teniendo en cuenta que ese lenguaje es "derivado no sólo de la experiencia sensorial, sino también de los impulsos y disposiciones alejados de los que de ordinario se asocian con la discusión científica".

Asimismo Bion estudia la mentira ("que no ha recibido la debida atención") y descubre la analogía de algunos conceptos psicoanalíticos con ciertas formulaciones matemáticas. El temario de su obra abarca importantes ítems: la medicina como modelo, realidad psíquica y sensorial, opacidad de la memoria y el deseo; las teorías, su instancia particular o configuración general; el místico y el grupo, continente y contenido; vértices, su evolución; realidad última, constante o imágenes visuales, las mentiras y el pensador, continente y contenido transformados; preludio o sustituto de la realización.

Del mismo autor, PAIDÓS ha publicado estas otras cuatro obras:

W. R. Bion: Elementos de psicoanálisis

Examina e integra los más importantes aspectos de las teorías clásicas de Freud y de M. Klein. Obra de sumo interés también por la tabla que proporciona para servir como instrumento de notación para pensar los problemas sobre la base de un registro y categorización de los hechos ocurridos durante la sesión analítica.

W. R. Bion: Aprendiendo de la experiencia

Estudia los problemas vinculados con la experiencia del aprendizaje, en forma especial la relación entre el intento de conocimiento como sentimiento doloroso y la tolerancia a la frustración, y el proceso del pensar desde el encuadre de la práctica psicoanalítica con pacientes que presentan síntomas severos de trastornos del pensamiento. La edición es presentada por León Grinberg.

W. R. Bion: Volviendo a pensar

Expone el desarrollo del pensamiento de W. R. Bion en relación con su trabajo con psicóticos y con la parte psicótica de la personalidad. El autor establece aquí una teoría original del pensamiento que ha significado la apertura de un vasto horizonte a la investigación psicoanalítica. Ilumina aspectos comúnmente eludidos: las limitaciones del psicoanalista y la deformación que sufren ciertos conceptos psicoterapéuticos como "curación", "mejoría" y "tratamiento". Bion arriba a conclusiones que rompen la coraza protectora de las ideas familiares, exponiéndose él —e intenta que se expongan los lectores— a la fuerza desintegradora, pero curativa, de las nuevas ideas.

W. R. Bion: Experiencias en grupos

Proporciona las bases para integrar el enfoque psicoanalítico clásico —focalizado sobre el individuo— con los conceptos kleinianos de identificación proyectiva y con las técnicas y conceptos del enfoque de la dinámica de grupo. Las observaciones de Bion acerca de los contenidos y tono de los intercambios entre paciente y paciente y entre los pacientes y el terapeuta en el grupo terapéutico, el significado de lo que se dice y de lo que no se dice, de la mímica y de los silencios, le han permitido establecer un repertorio de conceptos que hacen comprensibles conductas aparentemente extrañas e indescifrables. Entre estos conceptos, se destaca el de *supuesto básico*, con el que designa una creencia emocional de la que participan todos los miembros del grupo y que lleva a sus miembros a vivir un determinado tipo de fantasías y deseos, esto es, designa una fantasía colectiva y Unitaria subyacente.

Otras obras conexas que el lector puede consultar, pertenecientes a nuestro fondo editorial: H. Guntrip: *Estructura de la personalidad e interacción humana*; J. Ruesch y G. Bateson: *Comunicación*; E. Rodríguez y G. T. de Rodríguez: *El contexto del proceso analítico*; J. Ruesch: *Comunicación terapéutica*.

biblioteca de psicología profunda

Título del original inglés
ATTENTION AND INTERPRETATION

First published in 1970
by Tavistock Publications Limited
11 New Fetter Lane, London E.C. 4
Set in Photon Times 12 on 13 pt. by
Richard Clay (The Chaucer Press) Ltd., Bungay, Suffolk
and printed in Great Britain by
Fletcher & Son Ltd., Norwich, Norfolk
© W. R. Bion, 1970

Versión *castellana de*
EMILIO MUÑIZ CASTRO

1ª edición, 1974

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina, por el sistema "Multigraph", mimeógrafo, impreso, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

©
Copyright de todas las ediciones en castellano by
EDITORIAL PAIDOS
S.A.I.C.F.

Defensa 599, 3er. piso

Buenos Aires

- I. *Introducción*, 9
- II. La medicina como modelo, 13
- III. Realidad psíquica y sensorial, 29
- IV. Opacidad de la memoria y del deseo, 43
- V. Teorías: instancia particular o configuración general, 55
- VI. El místico y el grupo, 61
- VII. Continente y contenido, 71
- VIII. Vértices: evolución, 81
- IX. Realidad última, 85
- X. Constantes e imágenes visuales, 91
- XI. Las mentiras y el pensador, 95
- XII. Continente y contenido transformados, 103
- XIII. Preludio o sustituto de la realización, 119
- Referencias bibliográficas, 123

LA TABLA

	Hipó-tesis defini- toria 1	Ψ 2	Nota- ción 3	Aten- ción 4	Inda- gación 5	Acción 6	... n
A Elementos β	A1	A2				A6	
B Elementos α	B1	B2	B3	B4	B5	B6	... Bn
C Pensamientos del sueño, sueños, mitos	C1	C2	C3	C4	C5	C6	... Cn
D Preconcepción	D1	D2	D3	D4	D5	D6	... Dn
E Concepción	E1	E2	E3	E4	E5	E6	... En
F Concepto	F1	F2	F3	F4	F5	F6	... Fn
G Sistema científico deductivo		G2					
H Cálculo algebraico							

Dudo de que quien no sea psicoanalista en ejercicio pueda entender este libro, pese a que me he esforzado por escribirlo con sencillez. Cualquier analista *en ejercicio* puede entender lo que he querido expresar porque, a diferencia de aquellos que sólo leen y oyen *sobre* psicoanálisis, tiene la oportunidad de experimentar por sí mismo lo que yo puedo representar únicamente por medio de palabras y formulaciones verbales, concebidas para una función diferente y desarrolladas a partir de la experiencia sensorial. La razón es esclava de la emoción y existe para racionalizar la experiencia emocional. Algunas veces la función de la palabra es comunicar a otro una experiencia; otras, impedir que sea comunicada fielmente. En ocasiones la finalidad es llegar hasta un espíritu bueno y permitir que éste llegue hasta nosotros; o, a la inversa, impedirlo a un espíritu malo. El vocabulario forjado con este material sirve, aunque inapropiadamente, cuando el objeto estudiado está presente, como ocurre en la práctica psicoanalítica. En matemática, los cálculos pueden hacerse sin que sea necesaria la presencia de los objetos acerca de los cuales hay que calcular; pero en la práctica psicoanalítica es esencial para el analista poder demostrar a medida que formula. Esto no es posible cuando las condiciones para el psicoanálisis, en sentido técnico estricto, no existen. Algunos de nosotros hemos tratado de desarrollar el método psicoanalítico de modo que pudiera emplearse en un contexto grupal. Este desarrollo, si fuera posible hacerlo sin la mutilación del carácter fundamental del método psicoanalítico, iniciaría el paso de la comunicación privada a la pública. El lenguaje cumple exactamente esta función en el dominio de la experiencia sensible. Las expresiones poéticas y religiosas han hecho posible un cierto grado de "publicación" en el que

existen formulaciones que han alcanzado perdurabilidad y extensión. Para decirlo de otra forma, el poder transmisor de las proposiciones se ha extendido en el tiempo y en el espacio. *Vixere fortes ante Agamemnona multi* y *Not marble, nor the gilded monuments / Of princes, shall outlive this powerful rhyme* son expresiones de esta creencia; son interpretaciones de la experiencia humana. La atención del psicoanalista es atraída en su esfera por una experiencia particular hacia la cual podría dirigir la atención del analizado. Para hacerlo debe emplear el Lenguaje de la Realización. Es decir, métodos que tengan la contrapartida de durabilidad o extensión en un dominio donde no existen ni el tiempo ni el espacio en el sentido en que esos términos se utilizan en el mundo sensorial.

Cuanto he dicho con respecto a este libro es aplicable también a la sesión psicoanalítica; a mi parecer se supone que la experiencia del psicoanálisis tiene un efecto perdurable o que eso es lo que se propone. A diferencia de este libro, la sesión nos proporciona a mí y a los otros la oportunidad de atraer la atención sobre el fenómeno real al que pienso que el analizado debe atender y esto podría reforzar el efecto de mi comunicación. Análoga ventaja puede hallarse, según creo, en un enfoque psicoanalítico de los grupos; es de esperar que la capacidad artística, aunque útil, no sea esencial para el psicoanalista. Es más, puede ser una desventaja, por cuanto esta capacidad le daría la oportunidad de proveer, como temía Platón, de un *sustituto* de la verdad.

En este libro hago un análisis tentativo de una cuestión que, según mi manera de ver, no ha recibido la atención debida en psicoanálisis: la mentira. La predisposición a mentir puede tomarse como síntoma de una personalidad gravemente perturbada. La mentira crea, por cierto, muchas dificultades en cualquier intento de aproximación psicoanalítica; pero, por otro lado, mi experiencia en el psicoanálisis me hace pensar que la aptitud para mentir, tan universal que sólo un mentiroso podría desconocer su naturaleza omnipresente, tiene su lugar propio como objeto de estudio y se la ignora, a un costo peligroso, tanto por parte del analista como del analizado. En resumen, estoy de acuerdo en que suele ser síntoma de una personalidad perturbada; pero, en mi opinión, no es necesariamente una contraindicación para el análisis. Por el momento, me limitaré a señalar uno o dos aspectos.

Demasiado a menudo se olvida que el don de la palabra, de empleo tan destacado, ha sido elaborado tanto con el propósito de encubrir el pensamiento, por medio de la simulación y la mentira, como con el fin de elucidarlo o comunicarlo. Por lo tanto, el Lenguaje de la Realización, si se va a utilizar para dilucidar la verdad, debe reconocerse como derivado no sólo de la experiencia sensorial sino también de los impulsos y disposi-

ciones alejados de los que de ordinario se asocian con la discusión científica. Freud, al igual que quienes lo antecedieron, sintió la necesidad de apartarse —¿aislarse?— del grupo para trabajar. Esto significaría aislarnos del mismo material que debemos estudiar. Por lo tanto, tenemos que reorientar nuestros puntos de vista sobre cuestiones tales como la racionalización y el empleo de la razón en general. El paciente dice: "De repente, cuando terminé de almorzar, me lanzó un vaso de cerveza a la cara sin previo aviso. Yo mantuve la sangre fría y no demostré ningún resentimiento, recordando lo que usted había dicho sobre el psicoanálisis. Así pasó sin que nadie se apercibiese de ello". ¿Está mintiendo? ¿Está verbalizando una alucinación presente? Cuestiones de esta naturaleza se presentan a lo largo de un tratamiento psicoanalítico y requieren una correcta evaluación por parte del psicoanalista. Sin embargo, no contamos con instrumentos refinados —yo traté de llenar ese vacío con mi tabla¹— para ese fin. Y no estoy hablando de hacer la *interpretación*, o de las numerosas teorías que la facilitan, pues la tabla pertenece a una categoría totalmente diferente; es análoga a un principio de la ciencia física y está formada, a partir de una matriz de teorías, para ayudar a la observación, no para ser un sustituto de ella. Dejo a otros el estudio detallado de la mentira y de su diagnóstico diferencial con respecto a los fenómenos que aparecen como similares. El psicoanalista debe emplear el Lenguaje de la Realización, pero tiene que recordar que fue elaborado tanto para el logro del engaño y la evasión como para el de la verdad. Este aspecto se presenta particularmente claro cuando el campo emocional que prevalece es el de la rivalidad y la hostilidad tal como yo lo he descrito, en situaciones grupales, como característico del supuesto básico de ataque-huida (Bion, 1961). El individuo recibe, de manera similar, la influencia de la situación emocional del *grupo*. Resulta, por lo tanto, imposible dar interpretaciones correctas, salvo por accidente, a menos que la *situación* sea señalada. Por ejemplo, la drogadicción se explota como encubrimiento de la psicosis; la mentira se suele justificar como un aspecto de la drogadicción y viceversa.

Los psicoanalistas deben determinar si están hablando de los medios de comunicación, incluidos los verbales, como cosas en sí, o bien de otras cosas en sí a las cuales representan estos elementos de comunicación —gestos, acciones, silencios y formulaciones verbales— que se están utilizando. El propósito de la tabla es recordar al psicoanalista la necesidad de discriminar un elemento de otro en su experiencia psicoanalítica y, en

¹ Véanse su reproducción en la pág. 8 y en mi obra *Elements of psychoanalysis* (1963) (Versión castellana: *Elementos de psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 1966), en la que he expuesto con más detalle el sistema de la tabla.

particular, reconocer que lo que causa problema es, a la vez, la comunicación y la utilización que se hace de ella. Debe observar si el rasgo presentado (o el rasgo hacia cuya obstrucción quiere atraer la atención) tiene por objeto apoyar el esclarecimiento o el engaño y a qué lugar del espectro genético pertenece (comunicación primitiva o refinada).

Aunque la tabla no es satisfactoria en su forma presente, espero que no confunda sino que conduzca a una versión mejorada. He usado los siguientes signos²:

T	—	Transformación
T α	—	Punto a partir del cual empieza la transformación
T β	—	Punto en el cual se presume que la transformación se completa
T _a	—	Transformación del psicoanalista
T _p	—	Transformación del analizado
O	—	La experiencia (la cosa en sí)

Con frecuencia se utilizan analogías. Las cosas usadas y lo que ellas representan son distintas. Se supone que un rifle y un pene son similares. Pero la que debe ser exacta es la *relación* entre los objetos particulares en la analogía particular y no los objetos mismos. Así: el pecho es a la boca del bebé como el bisturí del cirujano es a X. En cualquier caso particular la inexactitud de la *relación* merece ser criticada y evaluada. Los objetos son culpables y condenables si *son* similares. Por ejemplo, "el cuchillo es al tenedor como el cuchillo es al tenedor" es una "no-analogía". "Los ojos son a la mente como la boca es a la comida" es una analogía correcta y llama la atención sobre el asunto que se observa, es decir, la relación entre los dos.

² Aparecen empleados por primera vez en mi obra *Transformations* (1965).

II

LA MEDICINA COMO MODELO

La mayoría de las personas piensan del psicoanálisis, al igual que Freud, que es un método para el tratamiento de una enfermedad. Esta se miraba como si fuera similar a un sufrimiento físico que, cuando se conoce su naturaleza, tiene que tratarse de acuerdo con las normas de la medicina. El paralelo con ésta era y sigue siendo útil. Pero al desarrollarse el psicoanálisis se ha visto que difiere de la medicina física hasta tal punto que la brecha que los separa no es simplemente obvia, sino insalvable. Para muchos fines la analogía proporciona comparaciones aclaratorias y modelos que facilitan la exposición. Pero cuanto más nos adentramos en el psicoanálisis tanto más se vuelven inadecuados los modelos para definirlo, para informar acerca de él o para aplicarlo. La diferenciación ha significado que los modelos que eran esclarecedores se han vuelto opacos y con frecuencia desorientan incluso a los psicoanalistas. Veamos por qué. Podemos empezar por tratar las razones obvias y simples, aunque tampoco persistirán por mucho tiempo.

En la medicina física el paciente puede tener un dolor en el pecho que lo decide a visitar al médico. A él puede explicarle la naturaleza e historia del dolor y de él puede recibir las indicaciones para someterse a un examen posterior, digamos, a rayos X o a una microscopía o a ciertas formas de tratamiento. Por lo menos así parece; más adelante es posible que tengamos razones para cuestionar esta descripción. Por el momento nos servirá para señalar la divergencia entre la medicina física y el psicoanálisis.

Supongamos a un paciente que se queja no de un dolor físico sino mental; nadie pone en duda la existencia de la ansiedad ni ve como una incongruencia que se busque ayuda para curarla. Encontramos necesario diferenciar entre el dolor de una pierna rota y el que produce, pongamos por caso, una aflicción; a veces preferimos no hacerlo, sino cambiar el dolor

mental por el físico y viceversa. El médico y el psicoanalista coinciden en considerar que la enfermedad debe ser reconocida por el primero; en psicoanálisis este reconocimiento debe producirse también por parte del paciente. El médico considera el reconocimiento del dolor como subordinado a su curación; el punto de vista del psicoanalista lo expresa el doctor Johnson en una carta a Bennet Langton: "No sé si el hecho de ver la vida como es nos proporcionará mucho consuelo; pero el que proviene de la verdad, si lo hay, es sólido y duradero, al tiempo que el que se deriva del error debe ser, como su original, falaz y fugitivo".

El punto que demuestra la divergencia con mayor claridad es que el médico depende de la comprobación de la experiencia sensorial, en contraste con el psicoanalista, cuya dependencia existe en relación con una experiencia no sensorial. El médico puede ver, tocar y oler. Las comprobaciones con las que trata un psicoanalista no pueden verse o tocarse; la ansiedad no tiene forma ni color, sonido ni olor. Por conveniencia, propongo utilizar el término "intuir" como paralelo, en el dominio del psicoanalista, al uso de "ver", "tocar", "oler" y "oír", por parte del médico.

Daré ahora tres formulaciones diferentes del mismo episodio registrado en el psicoanálisis de una mujer. Podría servir fácilmente para demostrar el problema de comunicación y publicación que enfrenta el psicoanalista.

La paciente hizo una asociación para expresar, si bien de manera disfrazada, su hostilidad hacia los padres, cuyas relaciones entre sí representa como las que se dan entre un rufián y una prostituta. Aun intentó obtener una respuesta tal del analista que resultaría equivocada cualquiera que fuese la faceta de asociación multidimensional que éste eligiera para la interpretación. Podría "probarse" que el hecho de elegir la dimensión y la interpretación reflejaría más al analista que al analizado; aquél podría dudar con impotencia ante el caudal de alternativas que le presentan.

Una versión, empleando las más recónditas formulaciones intuitivas kleinianas desde el punto de vista psicoanalítico, sería: el paciente estaba dirigiendo un ataque contra la potencia psicoanalítica del analista; el "proyectil" era la asociación, que por eso debe ser considerada como un objeto de la categoría A6 de la tabla. Las características de la asociación consisten, o bien en someter la intuición del analista a una escisión a causa de su incapacidad para formular expresiones simultáneas de diversas y hasta incompatibles interpretaciones, o bien en tener capacidad para compulsarlo, por la necesidad de actuar, a adoptar un punto de vista moral para la interpretación a causa de que la posición científica implica "escindirse" entre interpretaciones alternativas. La estrecha relación entre las actitudes mo-

rales y la acción, en oposición con el pensamiento o la meditación, se investigará más adelante. El primer problema es elegir qué interpretación dar. Todos y cada uno de los muchos aspectos de la exposición del paciente deben tenerse en cuenta antes que nada. Puede considerarse como una afirmación o como una transformación; con dimensiones o aspectos múltiples, puede representarse por medio de una imagen visual de una figura en la cual se encuentran muchos planos o en la cual muchas líneas pasan por un punto común. Puedo representármelo mediante la imagen visual de un cuerpo geométrico con un número infinito de caras. Depende de una comprobación de la experiencia sensorial derivada del espacio. El intento de exteriorizar la imagen visual se restringe como si la representación por líneas y puntos fuera ella misma un "espacio" demasiado restringido para "contener" la imagen visual: por eso tiene longitud mientras que la imagen visual *mental* de una línea o de un punto no la tiene.

La identificación proyectiva ha sido formulada hasta ahora en términos derivados de una concepción de la idea ordinaria del hombre (o de la mujer) del espacio tridimensional. Las formulaciones kleinianas habituales dependen de una imagen visual de un espacio que contiene todo tipo de objetos. En ellos se supone que los pacientes proyectan partes de su personalidad que han escindido. Melanie Klein, que descubrió este mecanismo, considera que puede observarse en los pacientes psicóticos y en los que están al borde de la psicosis. Más tarde ella y sus colaboradores consideran que la teoría tenía una aplicación más amplia y que podían detectarse concepciones semejantes en personalidades neuróticas y normales. La investigadora destacó el grado de fragmentación y la distancia a la cual fueron proyectados los fragmentos como un factor determinante en el grado de alteración mental que el paciente desplegaba en su contacto con la realidad. Estoy de acuerdo con este punto de vista; al aumentar mi práctica con pacientes perturbados se hizo evidente que se necesita una formulación más rigurosa de la teoría si se quiere que la interpretación del analista salve la distancia entre representación y concepción. Las circunstancias bosquejadas en *Learning from experience* y en *Elements of psycho-analysis* me lo hicieron ver claro. Debo recapitular brevemente algo de lo que escribí entonces y volví a tratar más tarde en *Transformations*.

Hay pacientes cuyo contacto con la realidad presenta mayores dificultades cuando esa realidad es su propio estado mental. Por ejemplo, un niño descubre su mano; podría haber descubierto también su dolor de estómago, su sentimiento de miedo o de ansiedad, o su sufrimiento mental. En la mayoría de las personalidades comunes esto es cierto, pero existen personas que toleran tan poco el dolor o la frustración (o para las cuales el dolor y la frustración son tan intolerables) que sienten el

dolor pero no desean sufrirlo y por eso no puede decirse que lo descubren. *Qué* es lo que no quieren sufrir o descubrir tenemos que conjeturarlo a partir de lo que aprendemos de los pacientes que sí se lo permiten. El paciente que no quiere sufrir dolor deja de "sufrir" placer y esto le resta el estímulo que de otra forma podría recibir de un alivio accidental o intrínseco. Allí donde un paciente entendería que una palabra señala una conjunción constante, la experimenta como algo que no está allí, y lo que no está allí, como lo que *está* allí, es indistinguible de una alucinación. A causa de que el término "alucinación" tiene una penumbra de asociaciones que podría ser inadecuada, he llamado a estos objetos elementos beta.

Las descripciones de cómo estos objetos se le aparecen al paciente y de cómo se me aparecen a mí están pensadas para favorecer la comprensión del lector, pero no tienen rigor suficiente para que se las utilice en la práctica. Las formulaciones tienen el status de elementos en la categoría C de la tabla.

Supongamos que el paciente es capaz de tolerar la frustración y el dolor: su historia diferirá en importantes aspectos de la que hemos visto. Para él el nombre representa una "no-cosa", pero su capacidad de tolerancia le permite observar una conjunción constante, unirla con un nombre o utilizarla cuando ya ha sido nombrada. El paciente A, como ahora llamaré también al intolerante, tiene entonces a su disposición elementos beta u objetos fantásticos y su caso difiere en este aspecto del paciente B, como ahora llamo al segundo, que puede tolerar y por lo tanto nombrar (incluso si el nombre no es más que un gruñido o un aullido) una conjunción constante, y de ese modo investigar su significado. Tanto si el elemento beta o el objeto fantástico debe clasificarse o no como pensamiento, es una cuestión de utilidad científica que puede determinarse más adelante. Yo sugiero, con carácter provisorio, que todos los elementos beta se distinguan de los que están presentes en los procesos mentales del paciente B, considerando que los últimos son pensamientos y los primeros no. A los elementos más primitivos del pensamiento desde el punto de vista genético los agruparé como elementos alfa, distinguiéndolos de los elementos beta.

Usaré ahora los conceptos geométricos de líneas, puntos y espacios (como derivado originalmente no de la realización en un espacio tridimensional sino de las realizaciones de la vida mental emocional) como reintegrables a la región de la cual considero que han surgido. Es decir, si el concepto de espacio del geómetra deriva de una experiencia "del lugar donde estaba algo", se debe volver a iluminar la región donde, en mi experiencia, es significativo decir que "un sentimiento de depresión" es "el lugar donde estaba un pecho u otro objeto perdido" y

que el "espacio" está "dónde la depresión, o alguna otra emoción, solía estar".

Yo he señalado que este espacio, estos puntos y estas líneas difieren en una importante proporción, es decir, que en el dominio de las imágenes visuales mentales un número infinito de líneas puede pasar por un punto, pero si intento representar esta imagen visual por medio de un punto y líneas trazados en un papel, sólo habría posibilidad de trazar un número finito de ellas. Esta cualidad limitada es inherente a todas las realizaciones del espacio tridimensional que se asemejan a los puntos, a las líneas y al espacio del geómetra, pero no al espacio mental hasta que se intenta representar éste por medio del pensamiento verbal. En estos términos estoy postulando el espacio mental como una cosa-en-sí que es incognoscible, pero que puede representarse por medio de pensamientos. En el pensamiento incluyo todo lo que es primitivo, incluso elementos alfa tales como los he descrito hasta ahora. Excluyo, arbitrariamente por definición, los elementos beta. Los pensamientos pueden clasificarse con las realizaciones de todos los objetos que se aproximan a las representaciones del espacio tridimensional en este particular: son intolerables para el paciente A porque comparten la frustrante cualidad de todas las realizaciones. Sin embargo, para el "hombre común", los pensamientos no tienen este carácter restrictivo hasta que es necesario aplicarlos al material preverbal. El material puede ser preverbal a causa de que la persona que busca verbalizarlo no ha tenido suficiente experiencia de él para observar una conjunción constante. Se encuentra en un estado análogo al observado en un número de configuraciones similares tales como: tener dolor sin sufrirlo, la incomprensión del movimiento planetario porque el cálculo diferencial no ha sido inventado, no ser consciente de un fenómeno mental porque ha sido reprimido, no tener conocimiento de un suceso porque no ha ocurrido.

En estas situaciones los problemas asociados requieren que se los piense para dar con su solución. En todas el pensamiento es restrictivo y puede experimentarse directamente como tal tan pronto como una intuición requiere representación para la comunicación privada. Puesto que el pensamiento libera a la intuición, hay un conflicto entre el impulso a dejarla inexpressada y el impulso a expresarla. El elemento restrictivo de la representación, por lo tanto, interfiere en la transformación $T\alpha \rightarrow \beta$ del material preverbal. Un hombre logra la transformación; el otro, que no puede tolerar la restricción, no lo hace. Entonces está privado de la liberación que le daría el pensamiento si él fuera capaz de tolerarlo. La irrupción del principio de realidad se pone así en peligro. En mi definición del pensamiento, el segundo hombre no generará elementos alfa y no será capaz de pensar. Cualquier sustituto que encuentra

para el pensamiento no se puede clasificar como tal. Cuando trate la verbalización psicótica consideraré de nuevo este punto.

La falta de la función alfa, que debe producir elementos alfa, implica la ausencia de imágenes visuales mentales de puntos, líneas y espacios. Por eso el paciente A carece del equipamiento que lo podría ayudar a delinear la realización del espacio mental. Su posición es análoga a la del geómetra que tuvo que esperar la invención de las coordenadas para poder elaborar la geometría algebraica.

Consideremos ahora al paciente enfrentado a una experiencia en la cual el paciente B recurriría a una identificación proyectiva como la bosquejada por Melanie Klein. El carácter restrictivo de la realidad y la dependencia de la identificación proyectiva sobre el reconocimiento de objetos evita la proyección de partes de la personalidad porque no hay ninguna concepción de continentes en los cuales podría tener lugar la proyección. Por eso se siente que la proyección explosiva tiene lugar en lo que para el analista es la *realización* del espacio mental: un espacio mental que no tiene imágenes visuales que cumplan las funciones de un sistema coordinado, ya se trate del "cuerpo facetado" o de la figura multidimensional multilínea de líneas que se interceptan en un punto. Por lo tanto la realización mental del espacio se siente como una inmensidad tal que no puede representarse ni siquiera por medio del espacio astronómico, porque no hay ninguna posibilidad al respecto.

Paradójicamente esta explosión es tan violenta y trae aparejado un miedo tan inmenso -al que nos referimos de aquí en adelante como miedo o pánico psicótico- que el paciente puede expresarlo por un silencio total y repentino (como para alejarse cuanto sea posible de una explosión devastadora).

El estado siguiente puede expresarse con mayor facilidad tomando como modelo el shock quirúrgico en el cual la dilatación de los vasos capilares en todo el cuerpo aumenta de tal modo el espacio en el que la sangre puede circular que el paciente puede desangrarse en sus propios tejidos. El espacio mental es tan vasto en comparación con cualquier realización de espacio tridimensional que se siente como si se perdiera la capacidad emotiva del paciente porque la emoción en sí misma parece agotarse y perderse en la inmensidad. Entonces lo que puede aparecer ante el observador como pensamientos, imágenes visuales y verbalizaciones, debe tomarlo como restos remanentes o fragmentos de un discurso imitado y de una emoción histriónica sintética que flotan en un espacio tan vasto que sus confines, tanto temporales como espaciales, están sin delimitar. Los sucesos de un análisis, extendidos a lo largo de lo que para el analista son varios años, no son para A sino los fragmentos de un momento disperso en el espacio. La distancia temporal que separa una afirmación de la otra puede tomarse como me-

didada de la distancia espacial de un elemento del otro en la que todos son contemporáneos. Por eso A dice que no podía comprar helado (no *ice-cream*). Seis meses más tarde notifica que no puede todavía comprar helado (no *ice-cream*). Tres días después dice que llegó muy tarde para comprar helado (*ice-cream*): ya no quedaba. Dos años más tarde dice que supone que no hay helado (no *ice-cream*). Si hubiera yo sabido, cuando se mencionó por vez primera el asunto, lo que sé ahora, podría haber señalado el tiempo y el lugar de la referencia, pero no lo sabía y por consiguiente no pude prestar atención a esta afirmación o señalarla. Cuando lo hice fue a causa del tema intruso "yo grito" (*I scream*). Fue todavía más tarde cuando me di cuenta del significado de "no hay helado" (*no-I scream*). En este momento sólo podría hacer una muy vaga referencia a las presentaciones previas del material. Por la manera en que se produjo, esta dificultad parecía no tener importancia y yo hice mi interpretación. Con todo, me sentiría más feliz si pensara que mi aumento de experiencia podría conducir a una observación y uso del material más tempranos. Ahora sé que se desató un violento ataque contra una relación en la cual el nexo entre las dos personalidades había sido "yo grito" (*I scream*). Esto se había destruido y el lugar del nexo (*I scream*) había sido ocupado por un "no-yo grito" (*no-I scream*). El nexo "*I scream*" (yo grito) en sí había sido previamente comida, *ice-cream* (helado), un "pecho", hasta que la envidia y la destructividad hubieron transformado el pecho bueno en un "*I scream*" (yo grito). Hiriéndolo en forma narrativa: el paciente había estado ligado a su objeto por un pecho bueno (le gustaba el *ice-cream* [helado]). Es posible que él haya atacado al pecho, que lo haya mordido en realidad. El lugar del pecho como nexo fue tomado entonces por un "*I scream*" (yo grito). Ataques posteriores lo convirtieron en un "*no-I scream*" (no yo grito). La destrucción del nexo por explosión tuvo lugar ahora en el dominio de la realización mental. Debido a la infinitud del espacio mental, los fragmentos del nexo se dispersaron instantáneamente. La "distancia" entre un fragmento y otro se mide en tiempo.¹

Debe mostrársele al paciente la evidencia sobre la que se basa la interpretación; si la evidencia se halla dispersa a lo largo de varios años de actuación (*acting-out*), el problema de interpretación reviste serias proporciones, porque el medio en el cual efectúa el paciente su transformación no es predominantemente la lengua coloquial sino la actuación. El análisis puede

¹ Este relato es un ejemplo del empleo de $T\alpha\beta$ con mi $T\alpha O$ y del paso de $T\alpha\alpha$ a $T\alpha\beta$. $T\alpha\beta$ es mi intento de reconstruir $T\alpha O$, $T\alpha\alpha$ y $T\beta\beta$. Cuando se llega a este grado de comunicación privada, el problema consiste en hacerla pública: en formularla en lenguaje corriente, que el paciente pueda comprender (véase Bion. 1965).

considerarse como un momento en el tiempo, prolongado de modo que se convierte en una línea o una superficie extendida a lo largo de una cantidad de años: una membrana extremadamente delgada de un momento. Contemplado así, el análisis total puede verse como una transformación en la cual ha ocurrido una intensa y catastrófica explosión emocional O (elementos de personalidad, nexo y segunda personalidad han sido expelidos instantáneamente a vastas distancias de su punto de partida y unos de los otros). Este explosivo suceso O se transforma entonces en el medio de actuación, y, por virtud de los elementos beta, en $Tp\beta$, en el cual el espacio, que es restrictivo y no está sujeto a una formulación adecuada de distancia entre los elementos beta, se reemplaza por la realización correspondiente al tiempo. Aunque no hay ninguna representación del espacio mental a la disposición del paciente y la realización del espacio tridimensional es demasiado restrictiva para un temperamento que no tolere la frustración, la realización del espacio mental, en cuanto es ilimitado, permite una continua y constante expansión y separación de los elementos beta. Para la investigación de este estado mental el paciente no puede, pero sí el analista, emplear puntos, líneas y espacios. El geómetra los ha utilizado para la investigación del espacio tridimensional y, mediante la sustitución de la geometría algebraica por la figurativa de Euclides, ha sido capaz de extenderla al espacio multidimensional y deja el espacio euclidiano para que se lo utilice en la preparación psicológica para las geometrías no euclidianas de las que disponemos ahora. ¿Podemos nosotros del mismo modo utilizar los conceptos de la geometría euclidiana para volver a las realizaciones emocionales a partir de las cuales yo creo que surgió originalmente? Se necesita una formulación tan general que obvie una multiplicación de teorías para enfrentar una diversidad de realizaciones que muestran la misma configuración, pero tan precisa que no abarque otras cuya similitud es sólo aparente, o cuya apariencia de similitud se debe a una irrelevante fantasía visual de categoría C.

La imposibilidad de comunicarse sin frustraciones resulta tan familiar que se olvida la naturaleza de la frustración. La mayoría de las personas son conscientes de ello como de un fenómeno pasajero que se experimenta en relativamente pocas ocasiones. En la labor psicoanalítica los problemas interfieren con más frecuencia porque el sujeto es novel y sus dificultades son desconocidas; las dificultades se hacen todavía más notorias cuando el material a comunicar es preverbal o no verbal. El psicoanalista puede utilizar silencios; él, como el pintor o el músico, puede comunicar material no verbal. Del mismo modo, el pintor puede comunicar material no visual y el músico material no audible. El material preverbal que el psicoanalista debe tratar constituye, por cierto, una muestra de la dificultad de comunicar -

se que aquél experimenta. La posibilidad de usar puntos, líneas y espacios resulta importante para la comprensión del "espacio emocional", para la continuidad del trabajo y para evitar una situación en la cual dos personalidades desarticuladas se muestran incapaces de liberarse de la esclavitud de la desarticulación.

Esta relación estéril para ambas partes proporciona un modelo para algunas relaciones internas del sí mismo. Cuando el sí mismo establece relaciones de este tipo, tanto el continente, como el contenido deben destruirse. Por último, el individuo no puede contener impulsos apropiados para con un compañero, ni éste para con el grupo. El problema psicoanalítico es el problema del desarrollo y de su resolución armónica en la relación entre el continente y el contenido, repetida a nivel individual, de pares y, finalmente, de grupo (de un modo intra y extrapsíquico).

Cualquier hipótesis definitoria, ya sea que se trate de una exclamación, un nombre, un sistema teórico, o una exposición extensa, un libro, por ejemplo, tiene, y siempre se reconoció así, una función negativa. Siempre debe implicar que algo es y, al mismo tiempo, que algo no es. Por lo tanto, deja abierta al receptor la posibilidad de inferir uno u otro aspecto según su temperamento. Si la personalidad es incapaz de tolerar la frustración, no parece haber ningún motivo para que no llegue a la conclusión de que la hipótesis definitoria significa que algo es. Se permite, entonces, que la afirmación se convierta en una preconcepción y se deja abierta la posibilidad para que se sature el elemento no saturado. Pero supongamos que la incapacidad para tolerar la frustración sea "excesiva": la personalidad puede reaccionar contra la afirmación viendo tan sólo sus implicaciones negativas y, en un caso extremo, negándose a admitir que la afirmación que para él es una "nada" exista siquiera. Se trata entonces de anularla en su función de hipótesis definitoria. Puede servir como ejemplo el niño que no puede tolerar el destete porque lo domina la *pérdida* del pecho, y por consiguiente, no puede aceptar lo que podría tener a cambio de él. El paciente no puede tolerar la hipótesis definitoria y, por lo tanto, no lleva a cabo la preconcepción (D4).

El conocimiento de la pérdida, del aspecto negativo de la definición, del "pensamiento" como una "no-cosa", es inmediato; el conocimiento de la ganancia, si es que la hay, debe esperar los resultados de permitir que el pensamiento u otra afirmación se conviertan en una preconcepción (Ψ (ξ)). Es decir, que la incapacidad "excesiva" para tolerar la frustración puede llegar a impedir el desarrollo de la preconcepción (funciones D4). Es posible que la intolerancia "excesiva" impida tomar conciencia de las realizaciones. La "no-cosa" con su realización correspondiente (de algún objeto no presente) es pasible de destrucción, mientras que la "alucinación" resultará fa-

vorecida por su proximidad. Otra manera de formular esto consiste en decir que se siente que el dominio de las realizaciones y todo lo que podría representarlas no proporciona "espacio" suficiente para la libertad, mientras que el dominio de la alucinación sí lo hace. Al pasar, debo llamar la atención sobre el hecho de que tanto la pérdida en la hipótesis definitoria como el sentido de la gratificación en la alucinación dependen de un alcance mental restringido. En ambos casos podría decirse que la reacción, de intolerancia en uno, de gratificación en el otro, se asocia con una "visión" miope. En consecuencia, no se considera que el pensamiento ofrece libertad para el desarrollo, sino que se lo percibe como una restricción; por el contrario, el *acting-out* parece producir una sensación de libertad. A fortiori una alucinación está destinada por su cualidad de cosa en sí (no el pensamiento del pecho sino el pecho mismo) a ser indistinguible de la libertad. Puede entenderse, entonces, que el paciente enfrenta una elección: o bien permite que su incapacidad para soportar la frustración utilice lo que de otro modo podría ser una "no-cosa" como pensamiento y logra así la libertad que describe Freud (1911), o bien utiliza lo que podría ser una "no-cosa" como base de un sistema de alucinosis.

De este último surgirá el conjunto de transformaciones de la alucinosis que es necesario diferenciar de las transformaciones de la pintura, la música, la matemática y el dominio de la comunicación verbal. La importancia de esta última distinción aumenta por el hecho de que las palabras se utilizan tanto en la expresión de la comunicación verbal como en las transformaciones en alucinosis. Sin embargo, la consideración de la naturaleza de las distintas reacciones ante la "no-cosa" mostrará que la palabra que representa a un pensamiento no es igual a la palabra idéntica cuando representa a una alucinación. Puesto que puede existir una similitud muy estrecha entre las palabras empleadas en los dos sistemas y, a veces, en el método mediante el cual parecen combinarse, es importante descubrir en qué consiste la diferencia. La diferencia entre la filosofía (e incluso el psicoanálisis teórico) y la práctica del psicoanálisis puede observarse al considerar lo que el descubrimiento de esta diferencia significa para el filósofo o el teórico y lo que significa para el psicoanalista en ejercicio que se ve obligado a decidir en la propia situación emocional si las afirmaciones del paciente representan una alucinación o un hecho de la realidad exterior. Por este motivo el psicoanalista debe poseer experiencia relacionada con las realidades no-sensoriales y debe ser capaz de ignorar la experiencia sensorialmente derivada cuando se presenta formada en la memoria. La palabra "perro" representa realizaciones distintas en la investigación científica y en la alucinosis; pero la palabra "perro" en sí no es la misma cuando representa una realización en la investigación científica y un elemento

perteneciente al dominio de las transformaciones alucinatorias. A veces resulta útil considerarlo análogo al de la imagen visual en una perspectiva reversible. En la imagen visual los trazos de un dibujo sobre el papel permanecen inalterados pero "significan" ya dos caras, ya un florero; del mismo modo "dog" (perro) puede significar perro o Dios (*God*), por ejemplo. En las transformaciones no psicóticas lo invariable es insignificante: el parecido con el discurso ordinario, el hecho de que la palabra sea idéntica en la transformación psicótica como en la no psicótica es accidental.

Todas las modalidades de comunicación, verbales, musicales, artísticas, concuerdan sólo de una manera muy aproximada con las realizaciones a las que parecen representar. Por equivocación se puede considerar la alucinación como una representación y, por consiguiente, impropia para algunas actividades. Puesto que las transformaciones verbales, musicales y artísticas poseen valores compensatorios que surgen de su carácter de *transformaciones* de O, es natural considerar una posibilidad similar con la alucinosis. Pero las alucinaciones *no* son representaciones: son cosas en sí mismas nacidas de la intolerancia de la frustración y del deseo. Sus defectos no se deben a su incapacidad para representar sino a su incapacidad para *ser*. Por lo tanto resulta necesario que consideremos la diferencia entre la realidad psíquica y la realidad externa.

Como mi interés primordial consiste en la formulación de una teoría, los ejemplos que expondré a continuación van a modo de formulaciones C, no como registros de experiencia clínica. Mi intención es aproximarme a una presentación teórica más rigurosa, es decir, menos expuesta a malas interpretaciones debidas, ya a defectos lógicos, ya a un exceso de flexibilidad por tratar de representar configuraciones diferentes de las mismas estructuras y funciones fundamentales, ya a su incapacidad, debida a exceso de rigidez, para representar realizaciones en las cuales los elementos fundamentales son invariables pero los accidentales son diversos. Estos ejemplos son elementos de la categoría C empleados como preparación para formulaciones teóricas que pueden sustentarse por sí mismas: el lector debe considerar "estos ejemplos" como apoyos psicológicos para entender con propiedad las teorías. Desde este punto hasta el final del capítulo representaremos las experiencias emocionales mediante formulaciones C.

1. Los pacientes, para cuyo tratamiento deseo formular teorías, experimentan dolor, pero no sufrimiento. Puede que sufran a los ojos del analista porque éste puede, y realmente debe sufrir. El paciente puede decir que sufre, pero esto sólo se debe a que no sabe lo que es sufrir y confunde el hecho de sentir dolor con el sufrimiento del dolor. La teoría deberá necesariamente representar la realización en la cual esto es posible y mostrar cómo sucede.

La *intensidad* del dolor que experimenta el paciente acrecienta su temor a sufrirlo

2. El sufrimiento del dolor implica respeto por el motivo del dolor, sea propio o ajeno. Al carecer de este respeto no lo tiene tampoco por ningún procedimiento que, como el psicoanálisis, tenga que ver con la existencia del dolor.

3. La frustración y el dolor intenso se identifican.

4. El dolor se sexualiza; por lo tanto, se inflige o se acepta, pero no se sufre (excepto a los ojos del analista o de otro observador).

5. A los fines de esta exposición, la siguiente asociación se describe de una manera narrativa, los elementos componen una secuencia y se conectan en una cadena de causalidad. La realización de la conjunción constante no tiene ningún elemento que se aproxime a los elementos secuenciales o causales de la narración que los representa. Estos rasgos sólo pertenecen a la representación de la categoría C, no a la de realización que representan. El paciente siente el dolor que le causa la falta de cumplimiento de sus deseos. La falta de cumplimiento se experimenta como una "no-cosa". La emoción suscitada por la "no-cosa" se siente como indiferenciada de la "no-cosa". La "no-emoción" reemplaza a la emoción. En la práctica, esto no puede significar sentimiento alguno, o una emoción, tal como la ira, que pertenece al tipo de la columna 2, es decir, una emoción en la cual la función fundamental es la negación de otra emoción.

6. Como elemento de la columna 2, toda emoción sentida es una "no-emoción". En este aspecto es análogo al "pasado" o "futuro" como representación del "lugar donde el presente solía estar" antes de que el tiempo fuera anulado.

7. De una manera similar se anula el "lugar" donde existía el tiempo (o un sentimiento, o una "nada" de cualquier tipo). He ahí creado, entonces, un dominio de lo no-existente. Aunque no he llegado nunca a una comprobación que corresponda a un estado tal, puedo imaginar un estupor tan intenso que podría parecer que así ha ocurrido. Con todo resulta útil postularlo, en parte porque hay ocasiones en que conviene suponer que el paciente sustenta esa creencia, y en parte, porque es conveniente para el analista. Como se verá, los significados no elaborados se refugian en el estado relativamente falto de significado del término "no-existente" como categoría E1. Algunos de los pacientes con los que tengo cierta familiaridad logran un estado al que quiero aplicar el término "no-existencia", a lo sumo por

algunos momentos; a esto sigue una externalización o evacuación de "no-existencia". Esta se convierte de inmediato en un objeto inmensamente hostil y lleno de una envidia asesina por la calidad o función de existencia dondequiera que se halle. El "espacio", ya como una representación, ya como una realización de la que el término se deriva o a la que representa, se vuelve terrorífico o se convierte en el terror mismo: "Le silence de ces espaces infinis m'effraie". El espacio del hombre común, del astrónomo o del físico se confunde con el "espacio mental", y sus objetos con los objetos del "espacio mental".

8. La aproximación científica o elaborada tiende a confundirse con las realizaciones para cuya representación se aplican sus formulaciones. Se considera al punto (.) y a la línea (—) como si fueran análogos a las representaciones de una perspectiva reversible. Su significación varía, por lo tanto, de acuerdo con el punto de vista (o vértice) con el que se los asocia. Los vértices pueden tener como realizaciones aproximadas distintas disciplinas reconocidas, tales como religión, matemática, física, música, pintura y otras artes. Las formulaciones asociadas con un vértice particular pueden clasificarse según la tabla.

9. El ejemplo siguiente tiene como fin facilitar el acceso a una representación más rigurosa de "puntos de vista" o vértices. El paciente corresponde a la personalidad A; el analista, a la B. El intercambio analítico descrito se encuentra en una etapa avanzada en el análisis, en el sentido de que el paciente, que se encontraba perturbado en extremo, se ha ido adaptando a lo que el psicoanalista considera que es la realidad. Del mismo modo, el psicoanalista ha logrado adaptarse mejor a lo que el paciente considera que es la realidad. "En algún lugar" se halla presente un "superyó" que es cruel, desprovisto de todas las características que por lo general se asocian con él, y, por fin, de la "existencia" misma. Por lo tanto, posee las características de la "no-existencia" ya descrita en el apartado número 7. Empleo el término "superyó" como una teoría intuitiva psicoanalítica, ahora con el status de una realización, que yo deseo reformular en función de otra teoría intuitiva.

El paciente habla con libertad, pero sus comunicaciones consisten en oraciones inconexas que en cualquier ámbito ajeno al psicoanálisis serían descritas como "incoherentes". Un término semejante no resulta lo bastante esclarecedor como para conducir a una interpretación psicoanalítica; pero el "vértice" (el "punto de vista" resultante de la consideración del análisis como una conversación corriente) me proporciona un término descriptivo adecuado para el propósito inmediato. Por su falta de propiedad para continuar la discusión psicoanalítica, el término "incoherencia" debe ser considerado con una actitud más crítica.

A medida que pasa el tiempo —y a veces son necesarios muchos meses de observación— la "incoherencia" manifiesta características que cambian de una manera constante. En un ataque de impaciencia el analizado puede describirlas como insustanciales, y tal vez lo sean, ya que en realidad las oraciones pueden comunicarlo todo excepto la esencia. El paciente mutila algunas frases. Emplea pronombres personales de modo que no se conoce a qué personas éstos se refieren. Omite partes importantes del discurso, y así sucesivamente. Las mutilaciones difieren por su forma y efectos. No siempre privan de sentido a las frases, aunque a veces la "falta de sentido" es su "sentido". Este tipo de peculiaridad es sólo una manifestación de ataques a la articulación, siendo el vínculo la técnica del psicoanálisis, y también, el propio discurso articulado. Mi interés inmediato no son los ataques a la articulación sino un aspecto de la transformación (Bion, 1965). El paciente, que se ha provisto de una serie de afirmaciones, escucha la interpretación y luego continúa, según todas las apariencias, del mismo modo. Una observación más extensa revela que en realidad se ha producido un cambio. Si mi interpretación intentaba mostrarle que estaba hablando más para esconder que para revelar algo relacionado con su vida sexual, él se identificará con un "punto de vista" (un "vértice") tal que sólo se esclarezcan ciertos elementos de mi interpretación. De este modo imita al matemático cuya fórmula lleva a cabo una transformación en un espacio vertical. Representaré lo que sucede mediante un modelo de movimiento lento:

El paciente comprende la substancia de lo que digo. La totalidad de la afirmación, incluida la implicación de que soy el analista, es evacuada (el mecanismo representado por la teoría de identificación proyectiva). Se identifica con el analista y en virtud de su intuición puede "ver" el significado de mi interpretación. El significado que él "ve" entonces es que estoy enojado, celoso, envidioso, a causa de mi exclusión de participar en su vida sexual o de comprenderla. Entonces exclama: "¡Qué ruido terrible! "

Su observación, sin la historia interpolada, aparece como un *non sequitur*; si el relato dado se toma como representación de los hechos mentales no expresados en el intervalo entre la interpretación y la respuesta, la incoherencia desaparece. Se pueden hacer muchas suposiciones acerca del vínculo entre la interpretación y la respuesta. Una serie supone que debe ser compatible con el respeto por la verdad; otra, que debería conformarse de acuerdo con el respeto por la omnisciencia; una tercera, que debe ser compatible con ambos. En la preconcepción resulta determinante el rol del deseo.

En este episodio están presentes algunos de los rasgos no satisfactorios sobre los cuales desearía llamar la atención. No

hay evidencia para sustentar la suposición particular formulada. Lograrlo implicaría la ímproba tarea de explicar la historia de mi evolución mental, o al menos la parte limitada de ésta compartida con el paciente que ha llevado a sumar "deseos" a las creencias originales (categoría C1 de la tabla) de que mi analizado era mi paciente.

Además he empleado términos, "omnisciente" es uno de ellos, que representan evoluciones similares de significado para que el término se convirtiera en la premisa de posteriores desarrollos. "Omnisciente" es, por lo tanto, un elemento perteneciente a las categorías C3 y D4.

El paciente puede clasificar las mismas afirmaciones de un modo totalmente diferente, tal como se desprende de la descripción que yo hice de su interpretación de mi interpretación. Para enfrentar esta dificultad propongo construir una figura que sirva para representar los aspectos invariables de una situación siempre cambiante.

A modo de preparación psicológica para la recepción de un sistema independiente de las situaciones particulares para las que se pretende que sirva, haré uso de descripciones que carecen de rigor, pero tienen definición. Esto lleva a una falta de flexibilidad en la formulación final en la que se trata de combinar la flexibilidad y el rigor. Puede considerarse que el sistema está contenido en un espacio emocional que está dentro de él mismo: un "exoesqueleto" o un "endoesqueleto".

Para construir esto diferencio una conciencia de la realidad, de una negación, o de un ignorarla, o de una ignorancia de aquélla. A ignorará la realidad; B la aceptará. Con el vértice A, la realidad será restrictiva y frustrante; con el vértice B, será liberadora y conducirá al desarrollo.

Además, supongo una aproximación axiomática en todas las formulaciones teóricas; las afirmaciones axiomáticas no se diferencian de los postulados y de las premisas: están tratados como si fueran indiferenciables unos de otros y de las hipótesis definitorias. Las hipótesis definitorias son afirmaciones que dan el vínculo de una conjunción constante, cualquiera que sea el contenido de la formulación. Considero que cualquier teorema es apto para uno de los usos del eje horizontal. Pero cuando una columna 1 \rightarrow en columna 3 y 4, significa que la categoría ha cambiado a la fila D. Cualquier teorema puede esclarecer los hechos que no estaba destinado a mostrar, pero, a la inversa, cualquier sistema deductivo, tan pronto como se use, parecerá acumular significado de una manera análoga a la preconcepción y, al hacerlo, parecerá requerir axiomas que no fueron necesarios para completar el sistema.

Cualquier sistema deductivo puede parecer consistente en sí mismo siempre que se mantenga definitorio, es decir, con características que lo califiquen como perteneciente a la columna 1.

Las deducciones pueden parecer consistentes y lógicamente necesarias mientras no se pregunte "¿necesarias para qué?" o "¿para quién?". Pero, si se dice de ellas que son lógicamente necesarias, esto es en sí mismo una afirmación relativa al sistema y no se la puede refutar a menos que se la use. Pero si se permite *realmente* que se sature, es decir, si se la usa como una preconcepción, entonces la preconcepción se combina con la realización para producir una concepción (E) y una vez más para producir un concepto (F). La concepción (E) tiene como característica no sólo que registra por implicación (existe una realización que se aproxima a la preconcepción) sino también que existe una realización que se aproxima a la concepción, aunque su existencia no se conocía aún cuando se formuló la preconcepción. No bien el sistema deductivo demuestra su valor como instrumento de investigación, peligra la autocoherencia, que parecía existir cuando el dominio en el que se aplicaba el sistema era limitado, pues se hacen necesarios ciertos ajustes para adecuar el teorema a su dominio ampliado. Puesto que el sistema arroja luz sobre hechos cuya significación era desconocida (los elementos de la posición paranoica-esquizoide) y de ese modo hace peligrar su autocoherencia, se despoja de las limitaciones del dominio en el cual se aplica. Se aproxima a la ilimitación y a la universalidad. Puede expresarse el dilema de este modo: si el sistema tiene coherencia interna, es limitado; si no es limitado, entonces no se lo puede considerar autocoherente, puesto que su autocoherencia es contingente. Más aún, puede parecer que sus formulaciones dependen de una formulación axiomática cuya existencia ni siquiera se sospechaba, y mucho menos se la consideraba lógicamente necesaria, cuando se formuló el sistema y se hallaba en el mismo estado que todas las categorías de la columna 1.

Los ejemplos del capítulo anterior no son satisfactorios y lo que me propongo ahora es considerar algunas de las razones por las que ello es así.

Los hechos psicoanalíticos no pueden enunciarse de un modo directo, indudable e incorregible, análogamente a lo que sucede con aquellos que conciernen a otras búsquedas científicas. Utilizaré el signo O para denotar lo que es la realidad última, representada por términos tales como realidad última, verdad absoluta, la divinidad, el infinito, la cosa en sí. Salvo incidentalmente, O no cae dentro del dominio del conocimiento o del aprendizaje; es posible "devenir" O, pero no "conocerlo". Es oscuridad e informidad, pero entra dentro del dominio de K cuando ha evolucionado hasta un punto en el que puede ser conocido, mediante el conocimiento obtenido por vías de experiencia, y formulado en términos derivados de la experiencia sensorial; su existencia se conjetura fenomenológicamente.

Los hechos de la experiencia psicoanalítica son transformados y formulados. El valor de estas formulaciones puede determinarse de acuerdo con las condiciones en que se efectúan las transformaciones. Las formulaciones de los hechos del análisis elaboradas en el curso de una sesión deben poseer un valor diferente de las que se realizan fuera de ella. Desde el punto de vista terapéutico, su valor es mayor si conducen a transformaciones en O, y menor si llevan a transformaciones en K.

La experiencia de psicoanálisis proporciona material que no puede equipararse con el de ninguna otra fuente. De ello se desprende que tal material debería estar por completo a disposición del psicoanalista. El análisis por el que todo psicoanalista debe pasar obligatoriamente como parte de su entrenamiento es necesario porque remueve obstáculos que imposibilitan la participación en la experiencia psicoanalítica; tiene muchas fa-

cetas, pero para un psicoanalista ninguna es más importante; lo que tengo que decir está subordinado a ella.

Resulta imposible someterse a un análisis sin aprender cómo un psicoanalista determinado practica el psicoanálisis; esto es más un contratiempo que una ventaja. Más aún, las creencias y convenciones establecidas, los hábitos empedernidos de pensamiento, a menos que se los someta a vigilancia, se restablecen y sobrepasan los límites de la libertad que el psicoanalista ha ganado al psicoanalizarse y llevan a un deterioro de su eficiencia.

Es inevitable que en el curso del análisis el analizado proporcione una gran cantidad de información *sobre* sí mismo, del mismo modo que el analista imparte información *sobre* el análisis. En el mejor de los casos esta información carece de valor, y en el peor, es perjudicial, ya que todo análisis es único, cualidad de la que no participa la conversación acerca del análisis.

El analista debe centrar su atención en O, lo desconocido e incognoscible. El éxito del psicoanálisis depende del mantenimiento de un punto de vista psicoanalítico; éste es el vértice psicoanalítico, es decir O. El analista no puede identificarse con él: debe *ser* él.

Cualquier objeto conocido o cognoscible por el hombre, incluso él mismo, debe ser una evolución de O. Es O cuando ha evolucionado lo suficiente como para coincidir con las capacidades K del psicoanalista. Este no conoce la "realidad última" de una silla, de la ansiedad, del tiempo o del espacio, pero conoce una silla, la ansiedad, el tiempo y el espacio. En la medida en que el analista se convierta en O está capacitado para conocer los hechos que son *evoluciones* de O.

Vertiendo esto a términos de la experiencia psicoanalítica, el psicoanalista puede conocer lo que un paciente dice, hace y aparenta ser, pero no puede conocer el O del cual el paciente es una evolución: sólo puede "serlo". Conoce los fenómenos por virtud de sus sentidos, pero, como lo que le interesa es O, debe considerar los hechos como poseedores de los defectos de irrelevancia que obstruyen el proceso de "convertirse" en O, o los méritos de indicadores que inician dicho proceso. Sin embargo, las interpretaciones dependen de su "conversión" (ya que no puede conocer a O). La interpretación es un hecho real en una evolución de O que es común al analista y al analizado.

Una descripción en A que resulta útil aunque falaz es que el analista en ejercicio debe esperar a la sesión analítica para "evolucionar". No debe esperar que el analizado hable o permanezca en silencio o gesticule o cualquier otra ocurrencia que sea un hecho real, sino que tenga lugar una evolución tal que O se vuelva manifiesto en K mediante la emergencia de hechos reales. De un modo similar, el lector debe dejar a un lado lo que digo hasta que el O de los hechos de lectura se desenvuelva en

su interpretación de las experiencias. Un interés excesivo por lo que he escrito obstruye el proceso que represento mediante la expresión "se convierte en el O que es común a sí mismo y a mí mismo".

Las razones para esto son las siguientes: no puede haber un resultado genuino basado en la falsedad. Por lo tanto, este resultado depende de lo cerca que se encuentre de la verdad la apreciación interpretativa. Tanto el psicoanalista como su analizado dependen de los sentidos, pero las cualidades psíquicas con las que trata el psicoanálisis no se perciben por medio de los sentidos, sino, como lo dice Freud, mediante cierta contraparte mental de los órganos sensoriales, una función que él atribuyó a la conciencia. Sin ánimo de descartar esta posibilidad, prefiero considerarla una cuestión abierta y sustituirla por un postulado más general que represento por medio de O. Para expresarlo en un lenguaje más común, diría que cuanto más "real" sea el psicoanalista, tanto más podrá aunarse con la realidad del paciente. Por el contrario, cuanto más dependa de los hechos reales más debe fiarse del pensamiento que depende de un trasfondo de impresión sensorial.

En la fase primitiva que Freud considera dominada por el principio del placer y de la cual excluye la operación de la memoria, dependiendo esta última de un anterior desarrollo de una capacidad para el pensamiento, el prototipo de la memoria parece residir en uno de los aspectos de la identificación proyectiva. Este mecanismo, empleado para desempeñar los deberes del pensamiento hasta que éste entre en funciones, aparece como un intercambio primero entre la boca y el pecho, y después entre la boca y el pecho introyectados. Yo considero esto como una reacción entre continente ♀ y contenido ♂. ♀ parece ser el elemento que en esta fase se encuentra más cercano a la memoria. Los términos que utilizo deben considerarse como representaciones verbales de imágenes visuales; toda la descripción se hará en términos de esta categoría C porque los encuentro más fáciles de emplear y porque considero que es más probable entenderlos. Es posible que más adelante intente formulaciones más complejas.

♂ evacúa el desagrado para librarse de él, para transformarlo en algo que es o se siente como agradable por el placer de la evacuación, por el placer de ser contenido. ♀ interviene en las evacuaciones por los mismos motivos. La naturaleza de la relación requiere investigaciones. ♀, que puede tanto evacuar como retener, es el prototipo de una memoria olvidadiza o retentiva. El agrado puede ser retenido si el interés predominante es la posesión; lo mismo puede suceder con la ofensa si de lo que se trata es de hacer acopio de municiones. La evacuación puede resultar violenta, como si se tratara de convertir el objeto evacuado en un proyectil: de un modo semejante a la introyección

como satisfacción de la voracidad. Las evoluciones de la memoria que son inevitables para el psicoanalista son elementos de la categoría C, el dominio de ♀ ♂, la primacía de placer-dolor (en contraste con la realidad o la verdad), y la "posesión" con su correlativo, temor a la pérdida, todos fueron adquiridos en estrecha relación con los sentidos.

El impulso por liberarse de los estímulos dolorosos da al "contenido" de la memoria (♀) un carácter insatisfactorio cuando se está empeñado en la búsqueda del verdadero O. Cuanto más exitosa es la memoria en sus acumulaciones, tanto más se aproxima a un elemento saturado con elementos también saturados. Un analista con una mentalidad así es aquel que es incapaz de aprender porque está satisfecho. Además, a causa de su naturaleza primitiva se piensa que su memoria está llena sólo con objetos que dan origen a sentimientos de placer y que está vacía de componentes de desagrado, o viceversa. La actitud respecto de la "memoria" o del "inconsciente" depende de la idea de que es un continente para las "evacuaciones" de identificación proyectiva. Una memoria así no constituye un equipo adecuado para un analista cuyo objetivo sea O, tal como puede verse en una consideración de lo que este signo representa.

Representa la verdad absoluta contenida en cualquier objeto y propia de éste; se supone que no puede ser conocida por ningún ser humano; puede saberse acerca de ella, puede reconocerse y sentirse su presencia, pero no puede conocerse. Es posible ser uno con ella. El hecho de que existe es un postulado esencial de la ciencia, pero no se la puede descubrir científicamente. Ningún descubrimiento psicoanalítico es posible sin el reconocimiento de su existencia, la unificación con ella y la evolución. Los místicos religiosos son quienes tal vez se hayan aproximado más íntimamente a la expresión de la experiencia de ella. Su existencia es tan esencial para la ciencia como para la religión. A su vez, el enfoque científico es tan esencial para la religión como lo es para la misma ciencia y tan eficaz para una como para otra mientras no se realiza una transformación de $K \rightarrow O$.

Para llegar a conocer algo acerca del analizado, el analista puede recurrir a K. La memoria es una parte de K. La notación (Freud, 1911) en el sentido amplio del término, es su servidora. Pero la memoria depende de los sentidos. Está limitada por las limitaciones de éstos y por su subordinación al principio de placer-dolor; por consiguiente, los recuerdos son falaces y la memoria tiene los defectos de su origen en funciones de posesividad y evacuación.

Al psicoanalista le interesa O, que es incomunicable excepto a través de la actividad de K. O puede parecer accesible por medio de K a través de los fenómenos, pero en realidad no es así. K depende de la evolución de $O \rightarrow K$. La unificación con O

parecería posible a través de la transformación $K \rightarrow O$, pero no es así. La transformación $O \rightarrow K$ depende de la liberación de K de la memoria y del deseo. Por lo tanto paso a considerar el "deseo".

Puede que no parezca necesario postular el deseo al igual que la memoria: si pudimos hacer caso omiso de la memoria, el deseo desaparecería del mismo modo y viceversa. Pero esto implicaría una pérdida del significado que quiero retener. Por lo tanto, además de los recuerdos quiero considerar los pensamientos, que son formulaciones de deseo, y probablemente, aunque no es seguro, los objetos que representamos mediante el término "deseo". No se trata tan sólo de formulaciones verbales, ni siquiera de formulaciones verbales de elementos de la categoría C. Los deseos que pueden representarse verbalmente son bastante simples de tratar. Por ejemplo, se presenta el pensamiento de que a uno le gustaría viajar al extranjero en las vacaciones anuales; a continuación pueden venir ideas, elaboraciones más o menos detalladas del tema principal. Estos pensamientos son "deseos" típicos; son comunes en extremo y se les puede dar cabida de una manera casi inconsciente: pueden ser reminiscencias o anticipaciones.

Los "recuerdos" y "deseos" sobre los que quiero llamar la atención tienen en común los siguientes elementos: su formulación ya está lista y, por consiguiente, no es necesario formularlos; son derivados de la experiencia que se logra mediante los sentidos; son evocaciones de sentimientos de placer o dolor; son formulaciones "que contienen" placer o dolor. En la medida en que son afirmaciones de la columna 2 su función es evitar la transformación del orden $K \rightarrow O$.

Las mencionadas características no pueden ser pasadas por alto por el psicoanalista sin que se produzca un desequilibrio de su capacidad analítica. Para cualquiera que haya estado acostumbrado a recordar lo que dicen los pacientes y a desear su bien resultará muy difícil dar cabida al daño, a la intuición analítica que es inseparable de *cualquier* recuerdo y de *cualquier* deseo.

El primer paso es que el analista se imponga una disciplina positiva de evitar el recuerdo y el deseo. No quiero decir con esto que "olvidar" sea suficiente: lo que se requiere es una actitud positiva de contener ambos factores.

Puede que se presente la duda de cuál es el estado mental deseable si los deseos y la memoria no lo son. "Fe" es un término que expresaría de una manera aproximada lo que necesito decir —fe en que existan una realidad y una verdad últimas—: lo desconocido, lo incognoscible, "el infinito informe". Esto debe creerse de cualquier objeto del que la personalidad pueda tener conciencia: la evolución de la realidad última (representada por O) fluye en los objetos de los cuales el indi-

viduo puede tener conciencia. Los objetos de conciencia son aspectos de O "evolucionado" y son tales que las funciones mentales derivadas sensorialmente son adecuadas para aprehenderlas. Para ellas no se requiere fe, para O sí se requiere. Al analista no le interesan estos objetos aprehendidos por medio de los sentidos ni el conocimiento de todos ellos. Los recuerdos y los deseos no tienen valor; pero son rasgos inevitables que encuentra en sí mismo cuando trabaja. *Está* interesado en estos objetos presentes en su analizado porque le interesa el funcionamiento de la mente de éste. Su analizado expresará su conciencia de O en las personas y en las cosas por medio de formulaciones que representan la intersección de las evoluciones de O con la evolución de su conciencia.

No es posible decir que no deben interpretarse tales formulaciones por parte del analizado; no puede establecerse una regla así separadamente de la situación en la cual ha de ser aplicada, puesto que no existen los criterios para ello. Tampoco es posible establecer los criterios en la situación del análisis ya que forman parte de una experiencia inefable. No puede haber reglas acerca de la naturaleza de la experiencia emocional que demuestren que ésta está preparada para la interpretación. En su reemplazo puedo sólo sugerir reglas que ayudarán al analista a lograr el marco mental en el cual sea receptivo de O; podrá entonces sentirse impelido a tratar la intersección de la evolución de O con el dominio de los objetos sensoriales o de las formulaciones basadas en los sentidos. Que lo haga o no, no puede depender de *reglas* para O, u $O \rightarrow K$, sino tan sólo de su capacidad para estar de común acuerdo con O.

Mi última frase representa un "acto" de lo que he llamado "fe". Según mi punto de vista es una afirmación científica porque para mí la "fe" es un estado mental científico y se lo debería reconocer como tal. Pero debe tratarse de "fe" no impregnada por ningún elemento de la memoria o el deseo. Si revela un aspecto de O que debe ser formulado, entonces la *transformación* requerirá la operación de la memoria y el deseo; aun así la formulación requerirá las características negativas de los elementos de la columna 1, es decir, que las afirmaciones deben afirmar implícitamente que el objeto definido *no* es ninguno de los elementos cuyos nombres se usan en la hipótesis definitoria, sino una conjunción constante cuyo significado sólo se declarará cuando se hayan eliminado de todas las huellas de la memoria y del deseo los elementos invocados para producir la nueva formulación. El no observar la naturaleza de la transformación $O \rightarrow K$ (es decir, el uso de los objetos de memoria y deseo para marcar una nueva conjunción constante, y la necesidad de descartar las características evocativas de la memoria y el deseo de modo tal que la formulación que representa la nueva conjunción constante no esté saturada) ha oscurecido el

único sentido en el cual el término "abstracción" tiene un significado útil. Una formulación tiene la calidad de una abstracción sólo en la medida en que esté divorciada del trasfondo sensorial inherente y esencial para la memoria y el deseo. La afirmación abstracta no debe estimular la memoria y el deseo aunque éstos hayan aportado elementos a su formulación.

La memoria y el deseo son elementos primordiales para la composición de la nueva formulación, pero debe hacerse un distingo entre dos clases de sucesos mentales. Una es una evocación de la memoria y el deseo con impulsos de posesividad y de avidez sensorial: los impulsos generan la memoria y el deseo; la memoria y el deseo generan la avidez sensorial. La otra es la evocación de memorias y deseos porque la experiencia de unificación se *parece* a la posesión y a la satisfacción sensorial. Las clases difieren porque también difieren los modos de selección y, puesto que las clases son diferentes, la interpretación (la formulación hecha por el analista) también será diferente. La evolución de lo que proporcionó un continente para las posesiones y de las gratificaciones sensoriales con las cuales llenarlo diferirá de una evocación estimulada por la unificación. Los ejercicios de descartar la memoria y el deseo deben considerarse como preparatorios para un estado mental en el cual O puede evolucionar. La facilitación de la "constelación"¹ debe considerarse a su vez como un paso en el proceso de unificación (la transformación $O \rightarrow K$). En la práctica esto significa no que el analista recuerde algo importante, sino que durante el proceso de unificación con O, el proceso denotado por la transformación $O \rightarrow K$, se evocará una constelación relevante.

¿Para qué es entonces relevante la memoria del analista y por qué no puede haber una constelación que tenga una importancia ajena al análisis?

Es difícil concebir un análisis que tenga un resultado satisfactorio sin que el analizado se reconcilie o llegue a un acuerdo consigo mismo. Es tentador suponer que tal resultado o el deseo de él puede proporcionar un criterio para la relevancia. A la inversa, sería conveniente en caso de que los recuerdos del analista, como reminiscencias de la experiencia sensorial, pudieran dejarse a un lado como fenómenos de la columna 2 movilizados para mantener a raya la experiencia que es inseparable de las transformaciones en O. Si la objeción a la memoria puede sustentarse porque toda memoria es un caso especial de guardar (poseer) una teoría que se sabe (o se sospecha) falsa para evitar el trastorno psicológico que siempre acompaña al desarrollo mental, tendrá la ventaja de disminuir el número de teorías que se requieren para divulgar, tal como me propongo hacerlo, las

¹ Empleo el término "constelación" para representar el proceso que precipita una conjunción constante.

teorías de resistencia. Se suele decir que una interpretación particular es poco aconsejable porque aumenta las resistencias, pero cualquier enfoque produce sus resistencias propias y es tan posible identificar un enfoque por sus resistencias como lo es juzgar un árbol por su fruto. La resistencia al crecimiento es endopsíquica y endogregaria; está asociada con la turbulencia en el individuo y en el grupo al cual pertenece la persona que crece.

Los elementos de la categoría C, resultado de la experiencia obtenida por medio de los sentidos, todos tienen una calidad gratificadora asociada con el dominio del principio placer-dolor. Las objeciones que se hacen a los "recuerdos" y "deseos" son, por consiguiente, objeciones a las afirmaciones C3 y G3 (2). Más adelante, cuando hablemos de las alucinaciones será necesario distinguir entre los elementos C que tienen un trasfondo de sensación visual y los que lo tienen en relación con otros sentidos.

La disciplina que propongo para el análisis, es decir, evitar la memoria y el deseo en el sentido en que he usado estos términos, aumenta su capacidad para ejecutar "actos de fe". Un "acto de fe" es propio del procedimiento científico y debe distinguírsele del significado religioso con el cual se lo inviste en el uso conversacional; se vuelve aprehensible cuando puede ser representado en y por el pensamiento. Antes de poder ser aprehendido debe "evolucionar" y se aprehende cuando es un pensamiento, del mismo modo que el O del artista se aprehende cuando se ha transformado en una obra de arte.

Pero el "acto de fe" no es una afirmación, ni siquiera una afirmación de la columna 6, aunque tiene similitudes con los elementos de ésta. Todos los elementos de la tabla tienen un trasfondo de O a partir del cual han evolucionado y es sólo cuando O ha evolucionado lo suficiente como para ser aprehendido que puede representársele mediante un elemento de la tabla. Y sólo cuando ha evolucionado hasta el punto en que puede ser representado por uno de estos elementos, puede ser aprehendido. Cuando es aprehendido, el elemento puede ser representado por una categoría de la tabla.

El "acto de fe" no tiene nada que ver con la memoria, el deseo o la sensación. Con el pensamiento tiene una relación análoga a la que existe entre un conocimiento a priori y el conocimiento. No pertenece al sistema $\pm K$, sino al sistema O. No conduce por sí mismo al conocimiento "sobre" algo; pero este conocimiento puede ser el resultado de una defensa contra las consecuencias de un "acto de fe". Un pensamiento tiene como realización una no-cosa. Un "acto de fe" tiene como trasfondo algo que es inconsciente y desconocido porque no ha sucedido. Los pensamientos tienen como trasfondo realizaciones sensibles: sólo puede pensarse sobre la ansiedad, el miedo,

el sexo, cuando O ha evolucionado hasta un punto en el que es aprehensible sensorialmente y se ha vuelto pasible de transformaciones en K. La ansiedad se "conoce" por sus cualidades secundarias. Sin embargo, nadie tiene duda acerca de la ansiedad o de la "sensación" de realidad, aunque lo que se siente son sensaciones asociadas con la ansiedad y no la ansiedad misma. De un modo similar, nadie que se despoja de la memoria y el deseo y de todos aquellos elementos de impresión sensorial comúnmente presentes puede tener ninguna duda de la realidad de la experiencia psicoanalítica, que permanece inefable.

La receptividad lograda por el despojamiento de la memoria y el deseo, esencial para la operación de "actos de fe", es imprescindible para la operación del psicoanálisis y de otros procedimientos científicos. Es esencial para la experimentación de alucinaciones o del estado de alucinosis.

No considero este estado como una exageración de una condición patológica ni aun natural; más bien pienso que se trata de un estado siempre presente aunque cubierto por otros fenómenos que lo ocultan. Si se pueden moderar o suspender estos elementos, la alucinosis se torna demostrable; su profundidad total y su riqueza sólo son accesibles para los "actos de fe". Los elementos de la alucinosis a los cuales se puede ser sensible son las manifestaciones más burdas y de importancia secundaria; para apreciarlas el analista debe participar en el estado de alucinosis. Esto puede desprenderse claramente de lo que ya dije, ya que postulé que un vínculo K puede operar sólo sobre un trasfondo de los sentidos, es capaz de producir solamente conocimiento "sobre" algo y de diferenciarse del vínculo O, esencial para las transformaciones en O. Antes que sea posible dar interpretaciones de alucinación que sean ellas mismas transformaciones $O \rightarrow K$, es necesario que el analista sufra en su propia personalidad una transformación del tipo de las mencionadas. Evadiendo los recuerdos, los deseos y las operaciones de la memoria, puede aproximarse al dominio de la alucinosis y a los "actos de fe" que son los únicos medios con que cuenta para ponerse de común acuerdo con las alucinaciones de sus pacientes y efectuar entonces las transformaciones $O \rightarrow K$.

Un tipo de alucinación digno de estudio es el que, de una manera provisional, podemos describir como visual. Ya he mencionado a un paciente que parecía pensar que mis palabras volaban por encima de su cabeza y podían detectarse en lo que para mí eran los diseños de un almohadón. Más tarde descubrí que él veía que ese dibujo del almohadón viajaba, por así decirlo, en la dirección opuesta. Es decir, que en un estado de alucinosis él podía ver que los diseños eran realmente mis palabras que viajaban, a través de sus ojos, hacia él. Además, el "significado" que no podía asirse fuera de las condiciones de

alucinosis, era perfectamente claro en ese estado. Sin embargo, el "significado" de una afirmación en la alucinosis no es el mismo que el que tiene en el dominio del pensamiento racional. Por lo general, la constelación, la conjunción constante y la vinculación (por medio de la nominación) constituyen un prelude a la investigación del significado. En el dominio de la alucinosis el hecho mental se transforma en una impresión sensorial, y las impresiones sensoriales no tienen significado en este dominio; proporcionan placer o dolor. De este modo el fenómeno mental no perceptible por los sentidos se transforma en un elemento beta que puede ser evacuado y nuevamente introducido para que el acto produzca no un significado, sino placer o dolor.

En un estado de alucinosis el analizado experimenta alucinaciones visuales que tienden a autopropetarse. Producen placer y dolor, siendo valorados ambos, y no producen significado en el sentido en que ese término se entiende en el dominio del pensamiento racional. Por consiguiente, hay en él una tendencia a exigir y proporcionar más alucinación para compensar por la gratificación perdida. Siente que el placer y el dolor son inadecuados; del mismo modo, el "significado" es inadecuado. Cuanto menos gratificaciones recibe, su voracidad aumenta más; cuanto más aumenta ésta, tanto más alucinado se vuelve. Se espera que el elemento visual esté libre de las incapacidades inherentes a aquellos sentidos que para su eficiencia dependen de la proximidad del objeto de la gratificación. Se pierde el significado, se logran el dolor y el placer, a partir de un estado independiente de la proximidad de un objeto y de la frustración característica de los pensamientos y de su asociación genética con la no-cosa.²

Sospecho que lo dicho acerca de las alucinaciones visuales es válido para las alucinaciones con un trasfondo sensorial aunque no sea visual, pero otros sentidos carecen de la cualidad de independencia respecto del contacto íntimo con los objetos.

Un paciente que temía la culpa sustituyó el castigo. Lo logró por medio de la alucinosis. Sus circunstancias eran cómodas y él no manejaba los hechos mediante el *acting out*, como podría haberlo hecho, para aparentar una vida de penitencia. Es probable que pudiera haber obligado a la policía a intervenir cometiendo alguna clase de delito sexual —este tipo de delitos aparecía con frecuencia en sus manifestaciones—; en lugar de esto se quejaba con insistencia, aunque de una manera desarticulada, de lo que últimamente había reconocido como visiones

² Vale la pena contrastar este tipo de independencia de los objetos, conferida por la alucinosis y las ventajas de la impresión "visual", con la independencia de la presencia física de objetos característica de la "matemática" y el "pensamiento". Obsérvese también la distracción causada por la *presencia* de objetos.

sexuales y que admitió que estaban presentes durante las sesiones. Durante los meses en que yo había interpretado que estaba viendo visiones, él las negaba, pero se mantenían con tenacidad. Una vez que hubo admitido su presencia, aunque su dominio le resultaba penoso, tenía miedo de perderlas. El dolor le producía placer y, por lo tanto, había causas para que él se apegara al estado del cual se quejaba. Sus quejas, el fluir de sus afirmaciones, produjeron en el análisis un estado penoso y luego se transformaron en un vínculo sexual entre él y yo. En el período al que me refiero esto constituyó una gratificación y también una protección contra la conducta que podría producir placer de una manera más expansiva (comprometiéndose con la policía, por ejemplo). Pero el temor que le producía la perspectiva de cualquier cambio era tan agudo que resultaba imposible decir con alguna exactitud qué era lo que esperaba que reemplazara sus alucinaciones en caso de que éstas cesaran. Con el tiempo, sin embargo, fue posible discutir ciertos miedos. El *acting-out* limitó la cantidad de experiencias y su extensión porque el componente real significaba frustración y demora, y el dolor y el placer reales parecían no tener bastante poder para satisfacerlo.³ Esta era, sin embargo, su queja respecto de la gratificación alucinatoria. Las alucinaciones de sueños parecían deficientes en las asociaciones y poco apropiadas para cumplir las funciones de los sueños, y además se las sentía como carentes de recompensa. Con todo, comunicó lo que según él eran sueños.

En este período la alucinación le proporcionó castigo tal como en otras circunstancias le hubiera proporcionado placer sexual, comida o cualquier otra gratificación sensorial. Su análisis mostró en realidad que la utilidad de la alucinación estaba absolutamente limitada a elementos con un trasfondo de realizaciones perceptibles; ésta era su virtud y su defecto. Su valor moral parecía residir en el hecho de que lo castigaban proporcionándole un dolor mal merecido para compensar el haber sido usadas alguna vez como fuente de placer mal merecido. En la sesión analítica aparecían como una barrera que impedía cualquier apreciación de las realidades de la sesión. Sin embargo, a veces surgían algunas interpretaciones. Me resultó difícil establecer una regla que rigiera el tiempo en el cual las interpretaciones pudieran entenderse, pero observé que la interpretación tenía que ser exacta. No era posible que él corrigiera o adaptara una inexactitud tal como para llevar la interpreta-

³ En este aspecto, los objetos reales, el dolor y el placer reales, se sienten como distracción. Es conveniente comparar *este* tipo de distracción con la frustración experimentada por un calculista que debe resolver problemas matemáticos tan sólo en la presencia de objetos que sean la esencia de su cálculo.

ción a la línea de la realización que intentaba esclarecer. Debía quedar sin corregir y sin asimilar porque era incorrecta.

Las sesiones se ocupaban con la verbalización de sus imágenes visuales. Sus verbalizaciones estaban sazonadas con locuciones tales como "mañana", "ayer", "la semana pasada", cuyo significado podía entenderse como "no ahora". Había frecuentes fisuras en el tiempo y los objetos psicoanalíticos se esparcían a lo largo de una extensión temporal. Una negación del presente se correspondía con esto, lo que equivalía a una negación del paso del tiempo. Era como si un momento se hubiera estirado igual que un trozo de elástico cubriendo un campo enorme.

En una ocasión había sentido olor a café en el edificio donde yo estaba trabajando. Una vez me había visto cuando me sorprendió un chaparrón sin paraguas ni abrigo. Estos dos hechos aparecían fragmentados en una extensión de muchos años. Sería una exageración decir que eran expresados de una manera inconfundible. No tengo duda, o, para ser más exacto, por un "acto de fe" confío en que el hecho de que los fragmentos de oraciones y entonaciones, cuando se los reunía, eran signos de que había pasado por ambas experiencias tal como las he descrito. Si le fuera posible verme tomando café y sorprendido por la lluvia, "apoderarse" de esto y fragmentarlo luego, evacuar estos fragmentos y dejarlos diseminados a lo largo de un amplio espacio temporal, esto sería entonces lo que estaba haciendo. Los dos hechos aparecen en el análisis como si se hubieran encastrado en el momento elástico que se extendió para cubrir un espacio enorme. ¿En qué medida es seguro utilizar estas descripciones como una base válida para las conjeturas? Imagino que el modo en que este paciente se apodera de los hechos es tan ligero que no tiene material suficiente con que proveer a sus mecanismos psicóticos de una cubierta. Además puedo suponer que la intromisión de los mecanismos psicóticos es tal que la "piel" de la "salud" está estirada hasta el punto de ruptura. Cualquiera de las descripciones puede ser tan limitada como para llevar a una multiplicidad de teorías que sirven a una configuración única. Pero lo que para el psicoanalista constituye una iluminación no tiene por qué serlo necesariamente para alguien que no haya compartido la experiencia o para el paciente que comparte la experiencia pero la transforma bajo el efecto de la alucinosis.

Este problema sugiere una comparación de la interpretación con el asunto interpretado, o de la categoría de asociaciones con la categoría de la interpretación; la tabla es un instrumento por medio del cual esto puede realizarse. Sí pudiera establecerse alguna relación entre las categorías sería posible descubrir la naturaleza de la relación entre la asociación psicótica y la inter-

pretación apropiada. Esto implica una nueva consideración de la transformación proyectiva.

Los puntos de vista expuestos acerca de la memoria y el deseo y la necesidad de su regulación como preparación del psicoanalista para su trabajo proporcionan un punto de partida para reconsiderar la naturaleza de las transformaciones proyectivas. La alucinosis, que puede ser *observada* cuando uno se despoja de la memoria y el deseo, debe tener algún mecanismo correspondiente en los hechos que llevaron a su origen. Si el analista puede dar ciertos pasos que le permitan "ver" lo que el paciente ve, es razonable suponer que el paciente también "ha dado pasos", aunque no necesariamente los mismos, que le permitieron "ver" lo que ve.

OPACIDAD DE LA MEMORIA Y DEL DESEO

El "acto de fe" (F) depende de una negación disciplinada de la memoria y del deseo. No es suficiente una mala memoria: lo que comúnmente se llama olvido es tan malo como recordar. Es necesario evitar el quedarse en los recuerdos y deseos. Estas son dos facetas de una misma cosa: ambas se componen de elementos basados en impresiones sensoriales; ambas implican la ausencia de una satisfacción sensual inmediata; una supone un acopio de objetos sensoriales, siendo la memoria la que los contiene, y la otra una conjunción de objetos sensorialmente satisfactorios. Los aspectos que no varían son un adentro y un afuera compuestos de objetos perceptibles. Cuanto más se ocupa el psicoanalista de la memoria y del deseo, más aumenta su facilidad para darles cabida y más proclive se vuelve a minar su capacidad para F. Ya que si consideramos que si su mente está preocupada por lo que se dice o no se dice, o por lo que espera o no, veremos que esto significa que no puede permitir que la experiencia se inmiscuya, en especial aquel aspecto de ella que va más allá del sonido de la voz del paciente o de la vista de sus posturas. Los sonidos emitidos por el paciente o el espectáculo que representa se relacionan con O sólo en la medida en que O haya evolucionado dentro del dominio de K.

El ejercicio desinhibido de los recursos y de los deseos es algo análogo a imposibilitar la preconcepción por no dejar ningún elemento no saturado, y no puede distinguirse ni separarse de esta actitud (el deseo o la memoria impiden la preconcepción si ocupan el espacio que debería quedar sin saturar). Si la mente está preocupada por elementos perceptibles a los sentidos será, en la misma medida, menos capaz de percibir elementos que no pueden sentirse. Sin embargo, es obvio decir que, a menos que se emplee una analogía, la ansiedad no se puede oler, tocar ni sentir. Aun así, la ansiedad está más cerca de ser "sentida" que muchos aspectos más sutiles de la personalidad,

que sin embargo existen. Es importante que el analista evite la actividad mental, la memoria y el deseo, que es tan dañosa para su adecuación mental como algunas formas de actividad física lo son para la adecuación física.

El "pasado" y el "futuro" representan una realización relacionada con otra representada por los términos "interno" y "externo". El pasado es algo contenido "dentro" de la "memoria", y el "futuro" algo que no puede ser contenido del mismo modo. Los "recuerdos" pueden considerarse como posesiones; aunque se encuentran "en" la mente tanto como los recuerdos, y por lo tanto son igualmente "posesiones"; se hace referencia a los deseos como si ellos "poseyeran" la mente. Cierta clase de paciente se siente "poseído" por la mente del psicoanalista o aprisionado "en" ella si considera que el analista desea algo relacionado con él: su presencia, su cura o su bienestar. He dicho si el paciente "considera" que el analista desea algo, pero en realidad decir en este contexto que el paciente "considera" es usar una aproximación que puede llevar por mal camino ya que su penumbra de asociación esconde más de lo que revela respecto del estado mental del paciente. El paciente se encuentra en un estado mental para el cual no existe aparato verbal y el psicoanalista se encuentra constantemente con la necesidad de producir su propio aparato para la investigación mientras la lleva a cabo. Si el psicoanalista no se ha despojado de manera deliberada de la memoria y del deseo, el paciente puede "sentirlo" y ser dominado por el "sentimiento" de que es poseído por el estado mental del analista y contenido en él, es decir, el estado "representado por el término "deseo".

Se requiere un medio para representar sin palabras los fenómenos mentales (puesto que ellas no son adecuadas debido a su trasfondo de experiencia sensible). El paciente utiliza palabras que representan imágenes visuales, o puede permanecer mudo durante períodos prolongados, o usar palabras que sean evocación de emociones, a veces emociones muy poderosas, pero desafía al psicoanalista a detectar un contenido y a expresarlo en lenguaje común. Las evocaciones de enojo, ansiedad, miedo, piedad, ocio y lealtad para consigo mismo incluyen a menudo palabras que dan a la totalidad un tinte particular: corona, trastorno, cementerio, pueden ser palabras diseminadas en el discurso de tal modo que sugieren duelo; o abogados, daños, enfermedad, para sugerir procesos legales.

De este modo aparenta estar pasando por una experiencia que no puede representar en términos de una conversación común. Se lo podría describir, por lo tanto, como una persona que sufre un desorden verbal si no fuera porque la perturbación parecería inadecuada o excéntricamente descripta en esos términos; de un modo recíproco, para la concepción común resulta excéntrico decir que un tartamudo sufre una psicosis. Pero

en realidad, tanto las descripciones del paciente psicótico que afirman que tiene un desorden verbal como las del tartamudo en cuanto psicótico, tienen su fundamento, y en ambas la excéntrica depende del vértice. "Tartamudo" y "psicosis" son vértices que desarrollan la misma configuración de una manera que esclarece las características, del mismo modo que la visión binocular demuestra las cualidades que necesitan de la estereoscopia para volverse manifiestas.

En una carta a Lou Andreas-Salome, Freud sugirió su método para lograr un estado mental que le diera ventajas para compensar la oscuridad cuando el objeto investigado era peculiarmente oscuro. Habla de encegucerse de una manera artificial. Como método para lograr esta ceguera artificial he señalado ya la importancia de evitar la memoria y el deseo. Para continuar y extender el proceso incluyó la comprensión y la percepción sensorial entre las propiedades que deben evitarse. La suspensión de la memoria, el deseo, la comprensión y las impresiones sensoriales puede parecer imposible sin una negación completa de la realidad; pero el psicoanalista está buscando algo diferente de lo que normalmente se conoce como realidad; una actitud crítica aplicada a lo que ordinariamente se designa como realidad no indica que el propósito de tomar contacto con la realidad psíquica, es decir, las características evolucionadas de O, sea indeseable. Este procedimiento es válido en psicoanálisis y en otras ciencias; del mismo modo, F es un componente esencial del procedimiento científico, por riguroso que sea.

Existe la posibilidad de suprimir una o todas estas funciones de la memoria, el deseo, la comprensión y el sentido, ya sea juntas o una por vez. La práctica de la supresión de estas facultades puede llevar a la formación de una capacidad para suprimir una u otra según las necesidades, de un modo tal que la suspensión de una pueda realzar el efecto de dominación ejercido por la otra de una manera análoga a la que produce el uso alternado de los ojos.

Antes de considerar la distinción que debe hacerse entre la supresión total, el sueño u otros estados reconocidos, debemos considerar en mayor detalle lo que significa la comprensión de la memoria o del deseo. Acepto la concepción que Freud tiene de la memoria y de su relación con la notación {Freud, 1911}. Puesto que toda memoria tiene un trasfondo de impresiones sensoriales, la categoría apropiada es la de la hilera C. Como hay una cantidad de aspectos en los cuales la memoria y el deseo parecen tener una configuración similar, propongo considerar solamente la función C3 de la memoria. ¿Qué decir del "recuerdo" de una gratificación que *se perdió*? (Un deseo no realizado

debe clasificarse como un deseo)¹. Si la constelación de pensamiento a la que pertenece se asocia con sentimientos de pesar, pena o remordimiento, puede que ese deseo deba ser considerado por el psicoanalista como algo que domina o posee a la memoria. Un psicoanalista en ejercicio debe decidir si está observando psicoanalíticamente la operación de un objeto interno particular o no. ¿Lo siente el paciente así o hace lo que siente de una manera aproximada a las formulaciones de Melanie Klein? Me preocupa crear un modo de pensar que sirva para efectuar una observación clínica correcta, ya que si *eso* se logra siempre hay posibilidad de evolución de la teoría apropiada. Una observación defectuosa significa que una interpretación correcta será un accidente. La memoria puede ser poseída por un deseo; puede dejar de ser sentida como una posesión, pero ella misma se vuelve poseedora de la personalidad que le da cabida. La categoría no es ya C3. ¿Qué es entonces? La respuesta no demasiado grata es que nadie lo sabe mientras el progreso, el desarrollo, se está produciendo.

La probabilidad es que o bien un proceso de racionalización lleva a su conversión en categorías $D \rightarrow F$ y columnas 2, 4, 5, 6, $n - 1$, $n + 1$, o se fija en la hilera C y columna 2. La necesidad de resistir el impacto de circunstancias cambiantes requiere que la memoria C2 se vuelva cada vez más independiente del mundo de la realidad (perceptible) e impermeable a él. Hay evoluciones en la categoría C3 (2) y son, según la intensidad, recuerdos de impresiones sensoriales llamadas a actuar como barreras *contra* las impresiones sensoriales; parecería probable que condujeran a un desarrollo similar a las alucinaciones. La solución del problema es factible dando una dirección a la "identificación proyectiva" e incrementando en alto grado los vértices y las metas. No se presta suficiente atención al inconsciente como una meta en sí misma del objeto proyectado, ni aun a la evacuación del mundo mental hacia el mundo sensible y, por consiguiente, fuera del sistema mental.

El deseo y la memoria tienen en común que ambos tienen un trasfondo de impresiones sensoriales. Pero el deseo se relaciona con aquello que se siente que no se posee; está "no saturado". Hay, por lo tanto, una correspondencia entre el deseo como un término no saturado y la evolución de O que representa. El problema de la discusión de O es que ésta sólo puede hacerse sobre las características evolucionadas de O (K) mientras que F se relaciona con O mismo.

El problema de la diferenciación entre deseo y memoria reside en el hecho de que está "localizada" en un "lugar" que no puede determinarse, del mismo modo que no puede deter-

minarse el "lugar" donde las líneas paralelas de una vía de ferrocarril se encuentran. "Donde" es un término con un trasfondo de impresiones sensoriales. La diferencia entre deseo y memoria no tiene ningún trasfondo de este tipo y no puede discutirse de una manera adecuada en términos que lo posean. Sin embargo, en la práctica psicoanalítica es posible decidir cuándo lo que está experimentando el paciente es el recuerdo y cuándo el deseo. La decisión depende del hecho de que la experiencia que posee el analista de la experiencia del paciente es distinta de ésta. La investigación de los problemas que esto implica depende de F. Esto significa que la comprensión del paciente y la identificación con él, que hasta ahora han sido consideradas suficientes, deben reemplazarse por algo bastante diferente. La transformación en K debe reemplazarse por la transformación en O, y K debe ser reemplazada por F. Ahora en las transformaciones en K, el punto sobre el que se enfoca la atención está en la línea de intersección de la evolución de O con $T\alpha$ para producir $T\beta$. En la transformación en O la atención se centra más allá de la intersección y en O. $T\alpha$ y $T\beta$ son, por lo tanto, proyecciones de un punto de O (infinito) sobre una superficie; y aunque O (infinito) es inaccesible para K, es perfectamente accesible para T en O. El analista debe *volverse infinito* mediante la suspensión de la memoria, el deseo, la comprensión. El estado emocional de las transformaciones en O es similar al miedo tal como se lo representa en la siguiente formulación:

*Como alguien que en un sendero solitario .
camina temeroso y aterrado
y, habiéndose vuelto una vez sigue caminando
sin tornar nuevamente la cabeza,
porque sabe que un demonio espantoso
camina detrás, muy cerca.*

El "demonio espantoso" representa indistintamente la búsqueda de la verdad o las defensas activas que se le oponen; depende del vértice.

La amenaza a la "realidad" se siente como derivada de: 1) la supresión de la memoria, el deseo, la comprensión, ya que tal supresión hace vacilar la experiencia basada en los sentidos, que es la realidad con la que cada individuo está familiarizado; 2) el aumento del poder de F, que revela y hace posible experiencias que a menudo son penosas y difíciles de tolerar para el analista y el analizado individuales; 3) el tipo peculiar de relaciones entre un elemento y otro del dominio de O. Se incluye en esto una relación que se expresa indistintamente como espacial o como temporal. Así, en mi cita, el caminante es "vencido" por el terror; va por un "sendero solitario". Puede no

¹ Para ser deseo, una idea debe sentirse como no realizada.

parecer probable que el terror se asocie con el progreso analítico hacia una concepción más realista. Por consiguiente, discutiré el fenómeno con mayor detalle.

En primer lugar debe observarse que la sumersión de la memoria, el deseo y la comprensión no sólo parece producirse de un modo contrario al del procedimiento aceptado, sino también estar muy cerca de lo que ocurre espontáneamente en un paciente con serias regresiones.² El analista que emplee esta actividad disciplinaria se encontrará con que molesta a pesar de su propio análisis, por profundo y prolongado que pueda haber sido. Es necesario considerar por qué esto debería ser así.

El deseo, la memoria y la comprensión se basan en la experiencia sensorial expresada en términos cuyo trasfondo es precisamente esa misma experiencia y que fueron creados para un uso relacionado con ella. Están viciados por el mismo defecto que tienen las formulaciones basadas en un trasfondo de realidad inanimada cuando se las aplica a la realidad biológica. La ansiedad, la depresión, la persecución, no se *sienten* (aunque el uso común establece un empleo analógico del término "sentir" en un contexto en el que no es apropiado). Cuanto más cerca se halla el analista de lograr la supresión del deseo, la memoria y la comprensión, tanto más probable es que caiga en un sueño similar al estupor. Aunque distinta, la diferencia es difícil de definir. La agudización del contacto con O no puede separarse de un aumento de percepción, en particular de los elementos de K; esta agudización sensorial es dolorosa aunque parcial y mitigada por la obliteración de la percepción sensorial. La percepción sensorial restante, que a menudo es auditiva y restringida a clases peculiares de sonidos, es responsable de inducir una reacción aguda y dolorosa (similar a la reacción de alarma observada en los bebés).

Además, el sacrificio del placer y el dolor es una privación cuya perspectiva no se tolera con facilidad y que no gusta ni al analista ni al analizado cuando la siente en el analista. La privación corresponde a un desplazamiento del principio placer-dolor de su posición dominante. Esto no tendría importancia si no fuera por una aparente deposición simultánea del principio de realidad ya que aquella se basa en un trasfondo de realizaciones que la psique percibe por medio de los sentidos. El aumento disciplinado de F por supresión de K, o la subordinación de las transformaciones en K a las transformaciones en O, se siente, por consiguiente, como un ataque muy serio al yo hasta que F ha quedado establecido. Si se concibe con estrechez el método

² Existen verdaderos peligros asociados con la aparición; a causa de ello el procedimiento bosquejado aquí sólo se recomienda para el psicoanalista cuyo propio análisis se haya realizado por lo menos lo suficiente como para reconocer posiciones esquizo-paranoides y depresivas.

psicoanalítico como una acumulación de conocimiento (posesividad) en armonía con el principio de realidad y divorciado de los procesos de maduración y crecimiento (ya sea porque no se reconoce el crecimiento o porque se lo reconoce pero se lo considera inalcanzable y fuera del control del individuo), se convierte en un poderoso estimulante de la envidia. Una fuente más de distorsión es la tendencia a vincular F con lo sobrenatural por falta de experiencia de lo "natural" con que se relaciona. La tendencia consiste en introducir un dios o un demonio que F va a revelar (o que "evolucionará" de O). El elemento F, que debería quedar sin saturar, se satura y se vuelve inadecuado para su propósito. Los estadios progresivos en el ejercicio disciplinario propuesto para el analista, más que atraer, rechazan. Cuanto más experto se vuelve el psicoanalista en excluir la memoria, el deseo y la comprensión de su actividad mental, tanto más probable es, al menos en los estadios más tempranos, que experimente emociones dolorosas que por lo general el aparato de "memoria" de la sesión al igual que las teorías analíticas, los deseos o negaciones de ignorancia a menudo disfrazados y la "comprensión" (que, con la mayor frecuencia, consiste en elementos de la columna 2) excluyen u ocultan. Dejo a un lado la consideración de experiencias dolorosas en la medida en que permanecen dentro de conflictos no resueltos del analista, ya que éstos no difieren de experiencias similares en la práctica de métodos aceptados; no tengo nada que agregar a lo ya conocido sobre contratransferencia y las complicaciones a las que puede dar origen. Pero puede resultar útil echar una mirada a algunas de las experiencias más comunes aunque no sea más que a modo de advertencia para cualquiera que se disponga a intentar el enfoque que propugno.

En primer lugar, el analista descubrirá enseguida que parece ignorar el conocimiento que hasta ese momento consideró como garantía de escrupulosa responsabilidad médica. Es desconcertante encontrarse con que uno no tiene idea, por ejemplo, acerca de si el paciente está casado, si tiene hijos, o de ciertos hechos que el analizado señaló por haber tenido una significación muy grande. Si el paciente presenta tendencias paranoides y es afecto a litigar, puede parecer que se corre un riesgo injustificable si se dejan a un lado cuestiones que en una corte judicial podrían ser consideradas significativas y una prueba de la preocupación corriente del médico por el detalle. Sería así en realidad si no hubiera razones convincentes para *no* "recordar" ese detalle. Tal como están las cosas, pienso que, por muchos riesgos que se corran, la obligación del analista es conducir el caso según su entendimiento y no de acuerdo con los supuestos riesgos que él mismo corre. En este método la experiencia que adquiere el analista se parece muy poco a los ficheros y a las historias clínicas que son tan comunes en psiquiatría.

Puede que parezca diferente de lo que podría esperarse según el punto de vista de la teoría analítica aceptada. Según esto, un analista puede sentir, para tomar un ejemplo corriente, que su paciente casado no está casado; si así sucede, quiere decir que psicoanalíticamente su paciente no *está* casado: la realidad emocional y la realidad basada en la suposición del contrato matrimonial discrepan. Si esto parece sugerir que el analista debe preservar su capacidad de memoria, sostengo que siempre lo hace (tal como lo hace el paciente por regresivo que sea), pero el error es más probable a causa de la capacidad para *despojarse* de la memoria y a causa del olvido. Si el analista no recuerda que su paciente está casado, el hecho de que lo *esté* no tiene importancia hasta que el paciente dice algo que le recuerda este hecho al psicoanalista.

He hablado del "hecho" de que el paciente esté casado. Tarde o temprano será necesario dejar a un lado las locuciones que, aunque útiles cuando se las enuncia (es decir, cuando se las usa para unir una conjunción constante), se vuelven inútiles para cumplir la función buscada. Para tomar el presente caso como ejemplo: siempre que no se considere con demasiada profundidad lo que significa, no existe dificultad para usar la frase o la idea representada por la frase "el paciente está casado". Pero en psicoanálisis asuntos tales como el casamiento del paciente deben ser profundamente considerados. ¿Está casado un homosexual declarado, que tiene varios hijos y esposa, con la persona con quien ha establecido un contrato matrimonial? En psicoanálisis la respuesta no depende tan sólo de lo que se quiere decir por matrimonio, ya que el matrimonio no es sino un "elemento" entre muchos: por ejemplo, el "significado" de tener varios hijos, o mujer o marido con quien se ha efectuado un matrimonio legal. En un contexto tal se puede ver el valor de considerar tanto el término "matrimonio" (la expresión verbal) como el hecho de tener varios hijos, esposa o marido, como "afirmaciones" cuya categoría en la tabla puede determinarse. Si se considera el "hecho" del matrimonio pronto se hace necesario suponer una cantidad de clases diferentes de hechos, tales como un hecho de "realidad exterior" o de "realidad psíquica". Esos términos resultan útiles pero son afirmaciones en sí mismos; y la creencia de que un suceso corresponde a una categoría de "sucesos de la realidad externa" conduce a una confusión y contradicción. Es más simple considerar que las afirmaciones del paciente tienen una categoría en el vértice del analista y observar que, según el punto de vista de éste, no "significan" que el paciente esté casado (es decir, que no son elementos de la columna 3) sino que tienen una categoría particular y que es de la evaluación que el analista hace de la categoría de donde deriva el "significado". *Sus* elementos no saturados están saturados. Lo que el paciente *piensa* que quiere

decir es, en lo que respecta al psicoanalista, irrelevante, pero lo que en realidad *es* la afirmación y el uso que se le da, *es* relevante. Lo que interesa es que el paciente empiece a agregar a las afirmaciones de una categoría particular afirmaciones de una categoría diferente. El paciente cuyas manifestaciones en ningún momento le sugirieron al psicoanalista que está casado, ahora, en un momento particular del análisis introduce elementos que indican que lo *está*; es decir, actúa de una manera que hace que el análisis considere sus afirmaciones como pertenecientes a nuevas categorías incluyendo la columna 6 (está asegurando que realmente *ha hecho* algo, recurrió a una clase de afirmación que consiste en hacer algo realmente, por ejemplo, casarse).

Ahora está claro que si el psicoanalista se ha permitido el libre juego de la memoria, el deseo y la comprensión, sus pre-conceptos estarán habitualmente saturados y sus "hábitos" lo llevarán a recurrir a una saturación instantánea y bien practicada derivada del "significado" más que de O.

Cuando el psicoanalista prevé una crisis, y en especial si tiene o piensa que posee buenos motivos de ansiedad, su tendencia consiste en recurrir a la memoria y a la comprensión para satisfacer su deseo de seguridad (o recurrir a la "saturación" para evitar la "no saturación"). Si se abandona a su tendencia, está procediendo en una dirección calculada para cerrar cualquier posibilidad de unión con O. El paciente psicótico, que no recurre a resistencias, pero confía en poder evocar los elementos presentes en su analista en los que aquéllas proliferan, lo advierte; en otras palabras, trata de estimular los deseos (de una manera notoria para el resultado positivo del análisis), sus recuerdos y su comprensión intentando así que el estado mental del analista no se mantenga abierto a la experiencia de la que, de otro modo, él podría ser testigo.

Esta digresión nos lleva nuevamente a la cuestión de qué es lo que debe considerarse como un hecho. Parece significar que el análisis debe reforzar las dudas acerca de "hechos" que son parte de la "memoria". Debe oponerse resistencia a la tendencia a tratar de recordar alguna "causa" supuesta de la crisis y a desear una situación diferente y más agradable. En el mejor de los casos sólo puede evocar algún episodio que se supone es la "causa". El "recuerdo evocado" satura los preconceptos del psicoanalista y oscurece las impresiones en el punto donde la claridad del juicio y de la perspectiva para su ejercicio tienen posibilidades de coincidir: la sesión corriente.

Digámoslo una vez más: la capacidad para olvidar, la habilidad para evitar el deseo y la comprensión deben considerarse como una disciplina esencial para el psicoanalista. La falta de práctica de esta disciplina llevará a un firme deterioro de los poderes de observación cuyo mantenimiento es fundamental. El

sometimiento vigilante a esa disciplina fortalecerá gradualmente las capacidades mentales del analista en la misma proporción en que las interrupciones las debilitarán. Esta concepción proviene de la práctica comúnmente aceptada y, por lo tanto, puede también resultar muy conveniente considerar la base teórica implícita en ésta.

La idea de que el paciente A viene cinco veces a la semana y lo ha estado haciendo durante meses o años, se basa en un trasfondo de impresiones sensoriales y en una concepción primitiva y cruda de la continuidad de una persona como individuo. Es la emergencia del número primitivo como método para asegurar la "conjunción constante", de afirmar que el objeto es recurrente, que el "pecho" es algo que reaparece. No nos interesa la anatomía del paciente; una creencia de que ningún cambio celular se produce en veinticuatro horas sólo puede garantizarlo una visión crudamente macroscópica. El fenómeno mental con el que nos enfrentamos no puede haber permanecido inalterado ni aun en el caso de que no se haya efectuado ningún análisis. Los fenómenos mentales deberían revelar aspectos invariables y debería ser posible observarlos tal como aparecen en aquéllos, pero un aspecto invariable es una característica no de permanencia sino de transformación. Se lo debe buscar en la transformación. Un psicoanalista que recuerde que A es la misma persona que era ayer, da libre acceso a un elemento de la columna 2. Tampoco existe razón alguna para que el analizado crea que el analista es la misma persona día tras día. Tal creencia debe considerarse signo sospechoso de una relación confabulatoria para evitar el surgimiento de un vacío desconocido, incoherente, informe y de un sentido de persecución relacionado con él por parte de los elementos que conforman a O en evolución.

Es así como el deseo, la memoria, la comprensión tienen la función de la columna 2 de mantener a F a raya y evitar así que su transformación en K se convierta en una transformación en O. De un modo ostensible representan un compromiso, ya que no sólo perjudican a F y a las transformaciones en O, sino que sustituyen las transformaciones en K que tienen similitud con la transformación en O y hacen que el preconcepto (D) en K sirva más como saturación que como un medio para lograrla. " ¡Cómo desearía tener la oportunidad de nadar! " expresa la idea de que se ha llegado a un estado especial de completamiento (deseo de nadar) que impide la no saturación que se sentiría si el individuo estuviera aún por *desear* nadar. De todas las posibilidades odiosas, las que con más frecuencia se temen y detestan son la del crecimiento y la maduración. Esta hostilidad al principio de maduración se hace más notoria cuando ésta parece implicar la subordinación del principio de placer y el surgimiento del principio de realidad. El cambio no puede considerarse

indeseable porque implique pérdida del placer, ya que la actividad del principio de placer significa actividad de dolor. De una manera similar, la continuación del placer cuando el dominio de este principio se encuentra en inactividad no se ve perjudicada por el dominio del principio de realidad. Pero el cambio de un principio por otro no significa abandono del control ejercido sobre la proporción de dolor y placer y lo deja librado a fuerzas que están fuera de la personalidad. La unidad con O es atemorizante como perspectiva. No prevalece ninguna experiencia que desafíe a este preconcepto porque éste se corporiza en la memoria y el deseo, pertenece a K y no efectúa transformaciones en O, aunque marca su comienzo.

El punto más importante parece ser la penosa naturaleza del cambio tendiente a la maduración. Quizá sea ocioso preguntar por qué debería ser penoso, por qué la intensidad del dolor guarda tan poca relación con la intensidad del peligro identificable, y por qué se teme tanto el dolor. No hay ninguna duda acerca de que se teme el dolor mental en particular de una manera que sería apropiada si se correspondiera de un modo directo con el peligro mental. Con todo, la relación entre el dolor y el peligro es oscura. Esto no es una peculiaridad, ya que cualquier relación de un elemento de la personalidad con otro resulta difícil de determinar. Todavía es necesario crear una ciencia de las relaciones; se trataría de encontrar alguna disciplina análoga a la matemática para representar la relación de un elemento perteneciente a la estructura de la personalidad psíquica con otro. Es posible argumentar que las formulaciones matemáticas pueden apreciarse por completo debido a que siempre hay algún trasfondo más concreto con el cual puede verse que se relacionan, *aun cuando ese trasfondo pueda ser él mismo sólo matemático*. Algo similar es posible en la relación de los elementos de la estructura de la personalidad. La envidia es característica de otros elementos de la personalidad en lo que respecta a que todos estarían preparados para admitir su existencia. Sin embargo, no tiene olor; es invisible, inaudible, intangible. No tiene forma. Debe tener un aspecto invariable o no se la podría reconocer con tanta amplitud y seguridad, y si tiene algo invariable debe serlo con respecto a cierta clase de operación y, por consiguiente, debe haber un grupo subyacente de tales operaciones.

TEORÍAS: INSTANCIA PARTICULAR O CONFIGURACIÓN GENERAL

La discusión es el germen a partir del cual se produce el desarrollo, pero es condición inexcusable que sea una confrontación genuina y no un impotente bracear en el aire de personas en franca oposición cuyos diferentes puntos de vista no llegan nunca a encontrarse. Lo que sigue es una contribución para poner de acuerdo o en desacuerdo distintas concepciones psicoanalíticas.

Siguiendo paso a paso la controversia psicoanalítica comprobé que se estaba describiendo la misma configuración y que las diferencias aparentes eran con mayor frecuencia accidentales y no intrínsecas; las diferentes posiciones parecen indicar la pertenencia a un grupo más bien que significar una experiencia científica. Pero todo el mundo sabe que lo importante no es el supuesto uso de una teoría particular sino el hecho de si ésta ha sido adecuadamente comprendida y si su aplicación ha sido correcta.

Puede objetarse que el establecimiento de esta circunstancia implicaría la consideración de cada analista en particular y de las circunstancias de cada interpretación individual. Aun así, podrían obviarse muchas dificultades mediante una definición precisa del punto de vista empleado (vértice). Resulta admisible que un observador diga que para él la sexualidad infantil no sea algo evidente siempre y cuando agregue que él es ingeniero aeronáutico y como tal tiene de la infancia tan sólo una visión superficial. Lo que *no* es admisible es que afirme lo mismo sin mencionar su vértice. Espero que en algún momento se llegará a un método para designar el vértice con brevedad y precisión. La siguiente es una descripción libre a modo de preludio de algo más científico.

Para acceder al estado mental esencial para la práctica del psicoanálisis, evito ejercitar mi memoria; no tomo notas. Siem-

pre que me siento tentado de recordar los sucesos de una sesión en especial, me resisto a hacerlo. Si me sorprende a mí mismo vagando mentalmente por los dominios de la memoria, desisto de ello. En esto mi ejercicio del psicoanálisis difiere del punto de vista que afirma la necesidad de conservar las notas o de grabar mecánicamente las sesiones o de que el psicoanalista se ejercite para tener una buena memoria. Si me encuentro desprovisto de claves acerca de lo que el paciente está haciendo y siento la tentación de intuir que el secreto permanece oculto en algo que he olvidado, me opongo a los impulsos de recordar lo que pasó o cómo interpreté lo sucedido en alguna ocasión anterior. Si descubro que un recuerdo parcial comienza a entrometarse, me resisto a su llamado sin importarme lo apremiante o deseable que pueda parecerme.

Con respecto a los deseos sigo un procedimiento similar: evito alimentarlos y los alejo de mi mente. (No resulta suficiente tratar de hacer esto en la sesión, porque ya es demasiado tarde: no debe permitirse que el hábito del deseo se desarrolle). Por ejemplo, considero un serio defecto el hecho de permitirse desear el final de una sesión, de una semana o de un período; permitir que los deseos relativos a la cura del paciente, a su bienestar o a su futuro ingresen en la mente interfiere con el trabajo psicoanalítico. Esos deseos desgastan el poder del analista para analizar y llevan a un deterioro progresivo de su intuición. Una introspección demostrará cuán difundidos y frecuentes son los recuerdos y los deseos. Están constantemente presentes en la mente y resulta una difícil disciplina seguir mis consejos. Existen excepciones, todas de una clase muy simple y obvia.

Hay cosas que pueden registrarse con facilidad y no necesitan agobiar la mente, como, por ejemplo, los horarios de sesiones. Sería absurdo que el analista los olvidara, y además pueden registrarse fácilmente en un horario. Lo mismo puede aplicarse a la edad, a los miembros de la familia, a las enfermedades pasadas y a otros hechos por el estilo que puede sugerir la fantasía. Pero si éstos deben ser registrados, juntamente con las direcciones y los números de teléfono, es porque se los puede olvidar y porque se prestan para ello. Aunque puede afirmarse con precisión que el paciente es casado y tiene cuatro hijos, no es tan fácil afirmar que su estado anímico sea el de un hombre casado con cuatro hijos, porque tal estado anímico no existe. Además, un "recuerdo" de este tipo, y el recordatorio que significaría una nota semejante, oscurecerían en gran medida la observación del estado anímico del paciente, supuesto que tal estado se hallara más cerca del que uno puede esperar de un soltero.

Los asuntos que pueden registrarse con los medios de que disponemos al presente, incluyendo los medios mentales, son

las experiencias sensoriales y las transformaciones que sufren, resueltas en formulaciones que siempre tienen, incluyendo las formulaciones matemáticas, un trasfondo sensorial. Los fenómenos centrales del psicoanálisis no tienen un trasfondo en los datos de los sentidos. Aun las señales que acompañan la ansiedad, por ejemplo, una respiración acelerada, serían más útiles para oler el peligro, si ese peligro tuviera olor y nuestras facultades olfativas estuvieran bien desarrolladas, que para detectar un fenómeno endopsíquico. Un aparato que podría resultar útil en el caso de un peligro sensible, es inútil e incluso resulta un impedimento cuando el peligro proviene de un trasfondo mental y no sensorial. Por consiguiente, llevemos un registro de los sucesos que tienen un trasfondo sensorial, tal vez como la hora a la que debe venir un paciente, pero no de los fenómenos que constituyen la preocupación central del psicoanalista, ya que su trasfondo no es sensorial.

¿Cómo "observar" y "registrar", entonces, el estado mental de un paciente? Puesto que deseo discutir este aspecto, pero no poseo la respuesta, diré que "mediante F".

Freud dijo que tenía que "enceguecerme artificialmente para dirigir toda la luz sobre un punto oscuro".¹ Esta frase proporciona una formulación útil para describir el campo que quiero abarcar con F. Volviéndose "artificialmente ciego" mediante la exclusión de la memoria y el deseo, uno puede llegar a F; la aguda flecha de la oscuridad puede ser dirigida sobre los rasgos oscuros de la situación analítica. Por medio de F uno puede "ver", "oír" y "sentir" los fenómenos mentales acerca de cuya realidad no duda ningún psicoanalista en ejercicio, aunque no pueda representarlos con precisión por medio de las formulaciones existentes.

El vértice que he intentado representar hasta aquí en esta descripción puede definirse con mayor precisión más adelante. Incluso tal como está ahora, espero que mi descripción sirva para poner en claro ciertas ventajas. Por ejemplo, resulta más fácil para otro psicoanalista apreciar mi trabajo si conoce el vértice y puede entonces anticipar lo que para él son sus méritos y defectos. No necesita embarcarse en una discusión estéril acerca de las teorías que empleo (en un contexto del cual nada puede conocer) si se le da una idea del estado mental al que las aplico.

Puede verse que con un determinado vértice resultan útiles teorías que no lo serían con otro; que si se cambiara el vértice se requerirían otras teorías para iluminar los fenómenos discutidos. A la inversa, otro psicoanalista podrá entender que yo "vea" la situación edípica en un contexto donde él no la vería.

Las reglas son relativamente fáciles de observar para un psi-

¹ En su carta mencionada en el capítulo IV.

coanalista, y si se las obedece, personas diferentes, con pacientes diferentes, podrían incluso tener experiencias similares y de ese modo tender con menos frecuencia a tomar por leyes generales lo que en realidad son sólo instancias particulares de viejas leyes.

La experiencia a la que me refiero es el contacto con los aspectos evolucionados de O, la realización que he descrito de distintas maneras como la realidad última, la cosa en sí, o la verdad. Lógicamente, en la medida en que la lógica proporciona un modelo para el enfoque que estoy realizando, la ausencia de la memoria y del deseo deberían liberar al analista de aquellas peculiaridades que hacen de él una criatura de sus circunstancias y dejarle aquellas funciones que son invariables, las que hacen al hombre esencial, irreductible. En realidad, esto no puede ser. Sin embargo, de su capacidad para acercarse a este ideal depende su capacidad para llegar a esa "ceguera" que es un requisito previo para "ver" los elementos evolucionados de O.

A su vez, el hecho de liberarse de la "ceguera" que le producen las cualidades que pertenecen al dominio de los sentidos (o su percepción de ellas) deberá capacitar al analista para "ver" los aspectos evolucionados de O que son invariables en el analizado. Cuanto más progrese el análisis, tanto más podrán el psicoanalista y el analizado llegar a un estado en el que ambos puedan contemplar el mínimo irreductible que es el paciente. (Este mínimo irreductible es irremediable, porque lo que se ve es aquello sin lo cual el paciente no sería el paciente.)

Supongamos que el paciente relata historias interminables, coherentes, posibles y, en apariencia, verdaderas. Después de un tiempo de análisis, se hace evidente que algo no anda bien: las asociaciones varían, de relatos de episodios que se dice que sucedieron y que es bastante probable que así sea, a otros que suenan no menos convincentes pero que revelan fallas. De acuerdo con la evidencia interna resulta claro que el hecho no pudo haber sucedido. Pero de no ser por las incongruencias, el tono de seguridad de la narración aquietaría toda sospecha. Si la narración se ve amenazada, el paciente admite su falta y en seguida comienza a producir otras fábulas que invitan al analista a retirar sus comentarios y reconocer la verdad de las afirmaciones del paciente, o bien a decirle abiertamente que está mintiendo.

No es importante describir los detalles de este caso. Considerando las manifestaciones del paciente como transformaciones y clasificándolas por medio de la tabla, puede avanzarse algo hacia el entendimiento de lo que está sucediendo. En *Elementos de psicoanálisis* he recomendado ejercicios de este tipo, pero no debe suponerse que se requiere una comprensión de esta naturaleza. Por el contrario, puede advertirse que tal "com-

prensión" tiene como trasfondo la memoria y el deseo y, por lo tanto, debe evitarse. La importancia del ejercicio consiste en facilitar la capacidad del analista para conjeturar, no en entrometerse en una sesión psicoanalítica. Si el análisis se realiza como yo lo recomiendo, la "evolución de O" se hace manifiesta en las cadenas de fábulas tal como lo he descrito. Debería ser posible observar un amplio espectro de categorías de mentiras y lo que ellas representan. El fluir de las asociaciones demanda un alto grado de inventiva y de velocidad (especialmente para reparar cualquier falla en la producción), y una medida de facilidad verbal que puede dar una impresión de inteligencia, en especial si el recuerdo y el deseo distorsionan los juicios hechos sobre la categoría. Lo que me interesa aquí no es el diagnóstico, el pronóstico, el tratamiento o la cura, sino el O del psicoanálisis.

Desde un vértice determinado podría parecer que el analizado estaba "encegueciendo" al analista por cuanto éste fue inundado con iluminación: tantos hechos que el punto "oscuro" no podía "verse". ¿Es esta afirmación distinta del estado producido si el analista no puede liberarse de la memoria y del deseo? Sólo la sesión psicoanalítica puede dar la respuesta. La actividad extra analítica estimula en el analista la duda y la curiosidad. Un paciente así estimula la memoria y el deseo mediante su apariencia satisfactoria que no es tal; tácitamente se invita al psicoanalista a "recordar" todo lo que se le dice.

Esta conducta sugiere una cantidad de preguntas, de las cuales las siguientes son sólo unas pocas:

1. ¿Son mentiras las manifestaciones del paciente? ¿Es "mentira" el término más adecuado? En caso contrario, ¿cuál es la formulación correcta?
2. ¿Por qué motivo el paciente transforma en fábulas y qué es lo que transforma de ese modo?
3. ¿Hay alguna diferencia entre fábula y mito? A menudo constituye una narración posible y coherente, pero parece declarar que pertenece a la categoría 3 cuando en realidad parecería ser C2. ¿Cuáles son entonces las experiencias emocionales que deben ocultarse y a las que no se les permite emerger?
4. ¿En qué difieren las manifestaciones del paciente de otras manifestaciones falsas? El respeto por la verdad parece tener poco valor en comparación con otros vértices. ¿Cuál es, entonces el vértice? ¿—K? ¿Qué tiene que ver esto con las objeciones de Platón con respecto al poeta en la sociedad? En relación con otras manifestaciones falsas se supone generalmente que existe la idea equivocada de que la mentira es correcta, o una creencia de que hay alguna

recompensa asignada a la capacidad de despistar. Algunas manifestaciones parecen no tener recompensa para ninguna de las partes, pero tal vez haya placer en la creación aun cuando ésta pueda realizarse sólo mediante una mentira. ¿Es una *folie a deux*, una colaboración? Con F podría tratarse, por cierto, de una confabulación para "envenenar" o ser "envenenado".

A estas preguntas sólo puede responderse en contacto analítico con el paciente. La tabla o alguna otra versión de ella facilita la gimnasia mental que prepara para ello.

Parece absurdo que un psicoanalista deba ser incapaz de evaluar la calidad de su trabajo. Para intentar una evaluación cuenta con la opinión pública (notoriamente inconstante y poco segura, inadecuada además para usarla como fundamento de cualquier juicio), con la ansiedad, o con una sensación de satisfacción y bienestar relacionada con un trabajo que le parece bien hecho. Este último constituye un fundamento tan valioso como cualquier otro, pero está sujeto a dudas y a desconfianzas. La única persona, aparte de él, que se encuentra en condiciones de tener una opinión es el analizado. También su opinión debe ser examinada. Los sentimientos hostiles o amistosos que se revelan convergen en un punto donde debería producirse un juicio prudente y desapasionado. En cambio, lo que se produce es una intuición: "Es verdad, acéptelo". Formulaciones de este tipo no se consideran científicamente adecuadas y uno anhela algo mejor. El anhelo no puede satisfacerse a menos que se reconozca que puntos de vista tales como la religión, el arte y la ciencia, tal como los entendemos en la actualidad, son tan poco satisfactorios como las formulaciones: verdad, belleza, dios o vida futura.

La formulación constituye el producto final de una transformación; todas las transformaciones se asocian con un vértice particular. El psicoanalista se enfrenta en un momento temprano de su propia evolución y en una etapa temprana en la evolución del psicoanálisis mismo con problemas que surgen porque ninguno de los vértices hoy reconocidos es adecuado. Es tan absurdo criticar un trabajo psicoanalítico fundándose en que es "no científico" como criticarlo porque es "no religioso" o "no artístico". No es ninguna de estas cosas. El hecho de que no lo sea es una crítica, pero si "consigue" ser alguna de ellas, esto suscitaría reproches. La formulación crítica para la cual no hay sustituto es la de que "no es psicoanálisis".

Podría parecer que nos encontramos tan lejos como antes de un resultado positivo de la discusión; "psicoanálisis" debe ser considerado como un término que vincula una conjunción constante. Deberán pasar años antes de que comprendamos qué es lo que une y qué significa la conjunción. ¿Puede hacerse en términos verbales? ¿Existen otros términos?

Como crítica al psicoanálisis se ha dicho que no puede considerárselo ciencia porque no es posible matematizarlo. La matemática de que disponemos no proporciona al psicoanalista formulaciones adecuadas. Lo mismo puede decirse de las verbalizaciones disponibles, pero esto se ha oscurecido porque la conversación corriente ha servido bastante bien hasta ahora para los analizados que vienen al análisis. Esta situación cambió por la llegada de los llamados casos difíciles por un lado, y por las necesidades de comunicación entre colegas psicoanalistas, por otro. Está claro que se requiere una evolución que ayude al psicoanálisis tal como la matemática moderna ha favorecido el desarrollo de la física. Mientras tanto nos vemos obligados a volver a las formulaciones verbales, matemáticas y artísticas existentes y a recurrir a los individuos excepcionales capaces de emplearlos. Se ha dicho que el genio es semejante a la locura. Sería más acertado decir que los mecanismos psicóticos requieren que un genio los maneje de una manera adecuada para promover el crecimiento o la vida (que es un sinónimo de crecimiento).

El grupo necesita preservar su coherencia e identidad; los esfuerzos por lograrlo se manifiestan en las convenciones, las leyes, la cultura y el lenguaje. También necesita del individuo excepcional. Esto podría resultar simple si los individuos excepcionales se manifestaran en términos no objetables y si la naturaleza de su impacto en el grupo, sus leyes y convenciones pudieran juzgarse como vivificadoras o lo contrario. La posibilidad de una discriminación de esta clase es dudosa y, siglos después, puede continuarse debatiendo si un individuo de este tipo ejerció un efecto benéfico o destructivo. Lo mismo puede aplicarse a las ideas; además, los grupos son hostiles o amistosos, favorables o desfavorables con respecto a la evolución de una persona o idea nueva.

El "individuo excepcional" puede describirse de distintas formas como un genio, un mesías, un místico y su seguimiento puede ser breve o prolongado. El grupo negativo se declara enemigo de la promesa de un modo que no es discernible para los individuos comunes, pero que es aparentemente claro para la persona dotada que busca una atmósfera más propicia al ejercicio de sus dotes. Por conveniencia utilizaré el término "místico" para describir a estos individuos excepcionales. Incluso entre ellos a los científicos, y Newton constituye el ejemplo más sobresaliente de este tipo de hombre: se han rechazado sus

preocupaciones místicas y religiosas como una aberración cuando en realidad deberían considerarse como la matriz a partir de la cual evolucionaron sus formulaciones matemáticas.

El místico puede proclamarse revolucionario o puede declarar que su función es cumplir las leyes, las convenciones y el destino de su grupo. Sería sorprendente que algún verdadero místico no hubiera sido considerado como un militante místico en algún momento de su carrera por algún sector más o menos numeroso del grupo. Sería igualmente sorprendente que en realidad no fuera nihilista para algún grupo, aunque más no fuera que porque la naturaleza de su contribución seguramente será destructiva para las leyes, convenciones, cultura y, por consiguiente, para la coherencia de un grupo dentro del grupo, si no de la totalidad del mismo. En esto resulta evidente que el carácter del grupo, cosa que no discuto, no puede quedar al margen de los hechos de la evolución de un místico en un grupo. La fuerza destructora del nihilista místico, o del místico cuyo impacto en un grupo resulta destructor o nihilista, se extiende hasta el Lenguaje de la Realización y depende de él, sea éste expresado mediante la acción, la palabra, la escritura o la estética. Por lo general, el alcance de la fuerza destructora está limitado por el vehículo de comunicación. Los fenómenos de destrucción permanecen iguales, pero la recepción de su mensaje varía, estando a menudo restringida a un número relativamente escaso.

Melanie Klein se refiere a la formación del símbolo como si se tratara de una función particular que pudiera desintegrarse o desordenarse y dar origen a una perturbación profunda en una personalidad; existen realizaciones que corresponden a esta teoría, pero pienso que el campo de perturbación debería considerarse mayor de lo que implica su teoría. Por ejemplo, el paciente psicótico no siempre actúa como si fuera incapaz de formar símbolos. En realidad, a menudo habla o actúa como si estuviera convencido de que determinadas acciones, que para mí están desprovistas de toda significación simbólica, son obviamente simbólicas. Significan, en apariencia de un modo evidente, algún mensaje que para él tiene un valor personal y particular. Este "significado" es bastante diferente del que uno supone que reside detrás de una conjunción constante que es de naturaleza pública y no privativa de un individuo. El primero es (y parece pertenecer a) una comunicación privada realizada por Dios (o el Demonio o el Destino); cuando el símbolo psicótico se enfrenta en la práctica, su significación parece consistir menos en que simboliza algo y más en que indica que el paciente se encuentra en una concordancia privada con una deidad o con un demonio. El símbolo, tal como se lo entiende comúnmente, representa una conjunción que el grupo reconoce como constante; tal como lo encontramos en la psicosis, representa

una conjunción entre un paciente y su deidad que el paciente siente como constante.

El "símbolo" puede ser un intento de la personalidad para utilizar su experiencia en la formulación de una teoría, que puede usarse en el momento en que una realización apropiada se presenta, o un intento para utilizar un hecho externo, por ejemplo, un encuentro con un conocido, para producir una interpretación *como si fuera* un símbolo. Es así como una circunstancia adversa puede usarse como un "símbolo" (no signo) de la ira de Dios, o experiencias del pasado pueden representarse por medio de símbolos cuya base genética está en su trasfondo *sensorial*. Al simbolizarla, la experiencia emocional se vuelve gobernable, sea que en su origen se la sienta como una respuesta a dolorosos estímulos externos, sea que la experiencia externa se sienta como la confirmación de una penosa experiencia psíquica interna.

La inevitable bestialidad del animal humano es la cualidad de la cual surgen nuestras características más admiradas y apreciadas. "El hombre es un animal político" significa que posee la contraparte mental de las características físicas de un animal que vive en rebaño. Como psicoanalistas nos interesa la contraparte mental de dichas características físicas tal como se las puede discernir en el individuo cuando se halla parcialmente aislado de su grupo pero estrechamente comprometido en una situación que es probable que estimule sus características "de par". El nacimiento, la dependencia, el emparejamiento y la guerra son las situaciones básicas a las cuales corresponden las direcciones emocionales básicas.

Este resumen de la condición humana no añade nada nuevo a lo ya conocido, en mayor detalle, por todo psicoanalista. Tiene como objetivo recordar que la situación analítica misma, y, por consiguiente, la ocupación o tarea psicoanalítica, inevitablemente estimularán el sentimiento básico y primitivo tanto en el analista como en el analizado. Por lo tanto, si la técnica que propongo para asegurarse una apreciación vivida de los hechos emocionales es tan sensata como pienso, estas características fundamentales, el amor, el odio, el miedo, se agudizan hasta un punto tal que la pareja participante puede sentir las casi como intolerables: éste es el precio que hay que pagar para la transformación de una actividad que es *casi* psicoanálisis, en una actividad que *es* psicoanálisis. La actividad que es psicoanálisis evoca deseos de conocer la forma en que el grupo reacciona a la relación de par; este deseo se disfraza a menudo como un deseo de validación, opinión pública o aprobación.

Regresamos así al problema original y al impulso a repudiar el enfoque que he bosquejado. Cuanto más se deja uno dominar por la reminiscencia, tanto más se aleja de una forma de ansiedad: se afirma la propia identidad histórica, uno era tal y

tal cosa y tenía ciertos asociados reconocidos y recordados; uno ha actuado tan bien como o menos bien que, o más o menos como. No es seguro que estas reminiscencias "históricas" puedan corroborarse por medio de las características que figuran en nuestra propia historia, pero sirven para negar lo penoso de los conflictos reales que son el origen de la perturbación. Es difícil, con excepción de la alucinación, hacer algo respecto de este conflicto: la reminiscencia se convierte en una orgía de la categoría C2 para mantener lejos los penosos enfoques que siguen en la misma dirección que la negación de la experiencia sensorial.

Hay una forma de negación de la experiencia sensorial que se ha convertido en un lugar común desde que Freud señaló que el análisis debe conducirse dentro de una atmósfera de carencia.¹ No se ha reconocido que para lograr esto no es suficiente esperar que sirvan el análisis del analista y la negación de los deseos del paciente. Nadie que considere posible lograr un marco mental adecuado mediante un ordenamiento psíquico de unos pocos minutos antes de empezar a trabajar puede haber aprehendido la naturaleza de la disciplina necesaria para ser un analista o la naturaleza de las penetraciones de que dispone el analista analizado si produce la "ceguera artificial" para referirse a sus puntos oscuros. Puede muy bien suceder que los analistas que intentan el enfoque aconsejado en el capítulo IV sobre "Memoria y deseo" se encuentren con que las intuiciones logradas por ese medio les hacen sentir la necesidad de un análisis más amplio. Es posible que la prueba de carencia sensorial implicada en la huida de la memoria y del deseo saque a la luz una necesidad de análisis que existe porque la experiencia analítica no ha sido suficiente, o puede suceder que indique una exigencia *adicional* que no se hubiese presentado si el analista hubiera permanecido contento con la "atmósfera de carencia" tal como se la ha entendido hasta ahora. Este aspecto es importante porque, si el abandono de la memoria y del deseo produce una necesidad de mayor vigor, puede que los analistas tengan que aceptar que los adelantos en la comprensión deben ser complementados por un análisis más amplio. Esta contingencia impone una revisión del entrenamiento y el mantenimiento de la capacidad para una carrera psicoanalítica.

Aunque es fácil hacer frente a la necesidad de un análisis más amplio, no es seguro que éste deba ser similar al análisis tal como lo experimentamos y comprendimos cuando nos sometimos a él por primera vez. La importancia del inconsciente no debe encegernos respecto del hecho de que además de nuestros recuerdos y deseos inconscientes, tratados psicoanalítica-

¹ Este aspecto se encuentra discutido en detalle en un trabajo del doctor Samuel Futterman, de Los Angeles.

mente, hay un problema a resolver en el manejo de nuestros recuerdos y deseos conscientes. ¿Cuál es el tipo de psicoanálisis que se requiere para lo consciente?

El psicótico *es* consciente de lo que nosotros sentimos que requiere análisis; para encarar este problema será necesario discutir la memoria y el deseo en relación con la pérdida de contacto con la realidad. Se ha supuesto que el psicótico rompe los vínculos con la realidad como un paso hacia una vida sexual en la fantasía, pero también se intenta establecer una libertad con respecto a los estímulos sexuales y a los que se relacionan con ellos. Parece obtener un resultado similar al contacto del paciente neurótico con el inconsciente tal como se lo conoce en el análisis clásico. El psicótico parece tener hacia lo que *no* ha sido capaz de reprimir, y que por consiguiente permanece consciente, la misma relación y la misma actitud que otros pacientes tienen hacia el inconsciente. Al paciente neurótico le preocupa mostrar que los elementos neuróticos presentes en su conducta son racionales y hace todo lo que puede para racionalizarlos. El psicótico puede "ver" que cualquier acción tiene un significado simbólico y que la conjunción de los elementos no es fortuita sino que tiene un significado claro *para él*. Esto es posible siempre y cuando haya roto todos los vínculos con cualquier cosa que muestre que la conjunción es fortuita y vacía de significado, es decir, según mi terminología, no saturada: un elemento de la categoría D. La saturación prematura implicada en esto tiene como efecto paradójico que todos los actos son simbólicos y sin embargo el paciente es incapaz de formar símbolos en el modo accesible a la personalidad normal que puede permitir que sus elementos permanezcan no saturados. El contacto con la realidad es mal recibido porque tiende no sólo a mostrar que un elemento está no saturado sino también a saturarlo de modos que resultan dolorosos a la personalidad. Como todos sus "símbolos" tienen un significado obvio, apenas pueden ser considerados como símbolos y no queda nada que pueda cumplir la función que los símbolos llenan para la personalidad no psicótica.

¿En qué difiere esto del estado producido por la eliminación de la memoria y del deseo?

Primero, estoy aconsejando sólo un rompimiento parcial con la realidad. Segundo, se trata de un acto de disciplina deliberado, consciente. Tercero, tiene un propósito que parecería diferente del que mueve a la maniobra del psicótico. Este quiere destruir el contacto; yo deseo establecerlo. Además, su principal preocupación es la destrucción del contacto sensorial y de la saturación que lo acompaña mientras que yo estoy ansioso disminuir el contacto sensorial para centrar la atención sobre la realidad psíquica. El psicótico teme y odia ese resultado; es una extensión de la realidad.

El dominio de la personalidad es tan extenso que no se lo puede investigar con profundidad. El poder del psicoanálisis demuestra a cualquier psicoanalista en ejercicio que adjetivos tales como "completo" o "lleno" no tienen cabida en una calificación del "análisis". Cuanto más profunda sea la investigación tanto más claro se vuelve que por prolongado que sea un psicoanálisis tal vez represente sólo el comienzo de una investigación. Estimula el crecimiento del dominio que investiga. Me propongo aprovechar esta dificultad del siguiente modo: si es verdad que la proporción de lo conocido es tan pequeña con respecto a lo desconocido al *final* del análisis, debe ser todavía más pequeña *durante* éste. Por lo tanto, pasar el tiempo con lo que se descubrió es concentrarse en una irrelevancia. Lo que importa es lo desconocido y sobre ello debe enfocar su atención el psicoanalista. Por consiguiente, la "memoria" es un demorarse en lo no importante dejando a un lado lo importante. De un modo similar el "deseo" es una intrusión en el estado mental del analista que oculta y disfraza el punto en discusión y que engeceste al analista respecto de éste, es decir, del aspecto de O que generalmente está presentando lo desconocido y lo desconocible aunque se manifiesta a las dos personas presentes en su carácter evolucionado. Este es el "punto oscuro" que la "ceguera" debe iluminar. La memoria y el deseo son "iluminaciones" que destruyen el valor de la capacidad de observación del analista del mismo modo que una filtración de luz en una cámara podría destruir el valor del filme que está expuesto.

Para considerar las objeciones que pueden hacerse con respecto a la eliminación de la memoria, puede parecer imposible tener un vínculo con el paciente sin recordar quién es; sin embargo, ese reconocimiento no depende de la memoria ni del psicoanálisis. Depende de un trasfondo de experiencias cuya peculiaridad indicaré mediante una serie de aproximaciones. Nos resulta familiar la experiencia de *recordar* un sueño; esto debe contrastarse con los sueños que se introducen en la mente flotando, sin que se los desee ni se los busque, y que del mismo modo misterioso salen de ella. El tono emocional de esta experiencia no es exclusivo de los sueños: también los pensamientos llegan sin que se los desee, de golpe, de una manera clara, con lo que parece ser una claridad inolvidable, y luego desaparecen sin dejar rastros por medio de los cuales podamos volver a apoderarnos de ellos. Quiero reservar el término "memoria" para la experiencia relacionada con los intentos conscientes de evocar. Estas son expresiones de miedo a que algún elemento, "incertidumbres, misterios, dudas",² se interpongan.

² John Keats, "Carta a George y Thomas Keats", 21 de diciembre de 1817.

El recuerdo con apariencia de sueño es el recuerdo de la realidad psíquica y es el objeto del análisis. Aquello que se relaciona con un trasfondo de experiencia sensorial no es adecuado para los fenómenos de la vida mental que son amorfos, intangibles, invisibles, inodoros e insípidos. Estos elementos psíquicamente reales (en el sentido de que pertenecen a la realidad psíquica) son aquellos con los que tiene que trabajar el analista.

Puede parecer que esto contradice la teoría psicoanalítica de los sueños a menos que se tenga presente que el sueño es una *evolución* de O en la que O ha evolucionado lo suficiente como para ser representado mediante la experiencia sensorial. Los elementos sensoriales de un sueño psicótico no representan nada, *son* una experiencia sensorial.³

Cualquiera que haya tomado notas cuidadosas de lo que considera los hechos de una sesión debe estar familiarizado con la experiencia de que esas notas parecerán, en ocasiones, despojadas de toda realidad: podría tratarse de notas sobre sueños tomadas para asegurarse de no olvidarlos al despertar. A mí me sugiere que la experiencia de la sesión se relaciona con un material semejante al sueño, no en el sentido de que los sueños podrían formar parte de la preocupación de la sesión, sino por cuanto el sueño y el material de trabajo del psicoanalista comparten la característica de tener apariencia de sueño.

La *realidad* de la experiencia psíquica —O en la personalidad humana— es tal que cuanto más en contacto esté el psicoanalista tanto más real será la parte de ella que haya sido capaz de interpretar. Tendrá en claro que está formulando sólo un aspecto de una experiencia multidimensional. Una vez que la ha interpretado, la faceta que ha interpretado pierde actualidad. El psicoanalista lee sus notas con una sensación de experiencia emocional poderosamente presente en su mente, pero se trata de una experiencia aún no conocida. Sobre el fondo de esta poderosa sensación lee el apunte de un hecho que ha dejado de ser importante una vez formulado. El intento de recordar o registrar destruye la capacidad de observación de los hechos psicoanalíticos significativos e interrumpe el ejercicio de esa capacidad.

A la inversa, el sacrificio de la memoria y del deseo conduce al desarrollo de un "recuerdo" con apariencia de sueño que forma parte de la experiencia de la realidad psicoanalítica. La transformación de la experiencia emocional en crecimiento mental tanto del analista como del analizado contribuye a la dificultad de ambos para "recordar" lo que sucedió; en la medi-

da en que la experiencia contribuye al crecimiento, deja de ser reconocible; si no se asimila, se agrega a los elementos que son recordados y olvidados. El deseo obstaculiza la transformación de conocer y comprender a ser, $K \rightarrow O$.

³ El uso de la experiencia sensorial para representar una realidad psíquica diferencia el sueño neurótico y su calidad simbólica, del sueño psicótico.

VII

CONTINENTE Y CONTENIDO

Una ventaja de creer que las observaciones son el fundamento del método científico es que pueden establecerse y luego presentarse las condiciones en las que se realizan. La simplicidad de este hecho tiene su atractivo para el psicoanalista: se supone que existe una situación analítica y luego se comunican las interpretaciones de lo observado en esa situación. Es posible creer que el análisis tiene una ubicación en el tiempo y en el espacio: por ejemplo, las horas acordadas para las sesiones y las cuatro paredes del consultorio; que en esas ocasiones y en ese lugar el analista puede hacer observaciones que no puede realizar si el dominio carece de esas limitaciones o si las "observaciones psicoanalíticas" no están de acuerdo con el criterio convencional de una observación. Si yo visualizo la afirmación "el criterio convencional de una observación" como un continente, algo así como una esfera, y la "observación psicoanalítica" como algo que no puede estar contenido en su interior, obtengo un modelo que será muy útil no sólo para el "criterio convencional", para representar mis sensaciones en cuanto a la "situación psicoanalítica", sino también para el "psicoanálisis que no puede contener". También servirá como modelo para mis sensaciones acerca de algunos pacientes: no puedo observar al señor X porque no está dispuesto a permanecer "dentro" de la situación analítica ni aun "dentro" de sí mismo. He encontrado teorías esclarecedoras de la representación, pero no suficientemente esclarecedoras; ninguna de las teorías que conozco "contiene" los "hechos" por medio de los cuales busco claridad. Mis "hechos" se ciñen contra el sistema de definición y teoría que trato de erigir a su alrededor. El paciente que está representando no puede estar "contenido" dentro de las formulaciones existentes.

Esta es una característica del dominio mental: no puede ser contenido dentro del sistema de la teoría psicoanalítica. ¿Es

esto una señal de que la teoría es deficiente o de que los psicoanalistas no comprenden que el psicoanálisis no puede estar permanentemente contenido dentro de las definiciones que ellos emplean? Sería una observación válida afirmar que el psicoanálisis no puede "contener" el dominio mental porque no es un "continente" sino un "ensayo"; la formulación que he tratado de ampliar mediante el uso de los símbolos ♀ y ♂ reduce al mínimo esta dificultad dejando a ♀ y ♂ como incógnitas cuyo valor debe determinarse.

Me atrevería a llevar más allá este tren de pensamiento discutiendo algo más práctico y específico. Es un asunto en el que parece llamarse a la acción,¹ es decir, a la institucionalización del psicoanálisis, que comprende publicación, selección, entrenamiento y capacitación.

En los últimos años se ha extendido el uso del término *establishment*; parece referirse al cuerpo de personas del Estado que por lo general puede esperarse que ejerzan el poder y la responsabilidad en virtud de su posición social, fortuna y dotes intelectuales y emocionales. (Esta lista no constituye un orden de prioridades con respecto a los logros.) Me propongo tomar prestado este término para denotar todo lo que va desde la penumbra de las asociaciones que generalmente se evocan hasta las características predominantes y decisivas de un individuo y las características de una "clase" imperante dentro de un grupo (tal como un instituto psicoanalítico, una nación o un grupo de ellas). A causa del tema que he elegido se usará por lo general para referirse a la "clase" imperante en los institutos psicoanalíticos.

El *establishment* debe encontrar y proporcionar un sustituto del genio. Una de sus actividades más controvertidas es la promulgación de reglas (conocidas como dogmas en las actividades religiosas, como "leyes" en los grupos científicos, por ejemplo, de naturaleza o perspectiva) para beneficio de aquellos que por naturaleza no tienen posibilidad de obtener la experiencia directa de *ser* psicoanalítico (o religioso, o científico o artístico) de modo que puedan, como si fuera por poder, tener e impartir el conocimiento del psicoanálisis. No por incapacidad se les negará a los miembros de un grupo una sensación de participación a causa de la cual podrían, de otro modo, sentirse excluidos para siempre. Al mismo tiempo estas reglas (o dogmas) deben ser tales que atraigan en vez de rechazar, que ayuden en vez de obstaculizar la participación del genio que es esencial para la existencia continuada y la vitalidad del grupo. Un Freud puede descubrir y sentar las bases para el psicoanálisis,

pero un aporte continuo de "genio" es necesario para mantenerlo. Esto no puede ordenarse, pero si llega, el *establishment* debe ser capaz de soportar el golpe. Faltando el genio, y es claro que no puede materializarse por un período muy prolongado, el grupo debe disponer de reglas y de una estructura que lo preserven. Hay entonces un medio dispuesto, tal como lo afirmó Nietzsche acerca de la nación, para cumplir la función que le es propia, es decir, la de producir un genio. De un modo similar puede decirse del individuo que debe estar preparado para producir una "llamarada de genio". Consideremos entonces este fenómeno.

Puesto que el término "genio" no es portador de las asociaciones que quiero, propongo usar en cambio la palabra "místico", dando por supuesto que el místico tiene características relacionadas por lo general con el genio y que la persona representada por cualquiera de ambos términos podría también llamarse "mesías".

El místico es a la vez creativo y destructivo. Hago una distinción entre los dos extremos que coexisten en una misma persona. Las formulaciones extremas representan dos tipos: el místico "creativo" que proclama formalmente cumplir las convenciones de la clase dirigente que gobierna a su grupo o someterse a ellas; y el místico nihilista que parece destruir sus propias creaciones. Intento utilizar los términos sólo en casos de notoria creatividad o destructividad y deseo dejar bien claro que los términos "místico", "mesías" y "genio" son intercambiables.

El problema planteado por la relación entre el místico y la institución cuenta con un patrón emocional que se repite en la historia y toma una variedad de formas. Dicho patrón puede aparecer en la relación de un nuevo fenómeno con la formulación que lo representa. Aparece en la relación de grupos muy disímiles con sus místicos; se revela en la historia de las herejías cristianas, de las teorías heliocéntricas, en la relación del directorio rabínico de la cábala con místicos revolucionarios como Isaac Luria, o del reformista político con el *establishment*.

Mi propósito es mostrar que ciertos elementos presentes en la evolución del psicoanálisis no son nuevos ni peculiares de éste, sino que en realidad tienen una historia que sugiere que ellos trascienden las barreras de la raza, del tiempo y de la disciplina y son inherentes a la relación del místico con el grupo. No se puede prescindir del *establishment* (aunque pareciera que el sufismo y la teoría marxista lo hubieran casi logrado) porque el grupo institucionalizado, el grupo de trabajo (véase Bion, 1961), es tan esencial al desarrollo del individuo, incluido el místico, como éste lo es para él. La psicología homérica indica un estadio del desarrollo mental en el cual la distinción entre hombre y dios se encuentra mal definida; en la

¹ Incluiré el psicoanálisis mismo en la categoría de "acción" por las razones indicadas bajo el encabezamiento de Lenguaje de la Realización en el capítulo XIII.

psique individual puede reconocerse poca distinción entre el yo y el superyó. El grupo de trabajo, bajo el vértice religioso debe distinguir entre hombre y dios. La religión institucionalizada debe hacer que el hombre tome conciencia de este abismo dentro de sí mismo y en sus imágenes dentro del grupo del que es miembro.

La institucionalización del psicoanálisis necesita de un grupo psicoanalítico que tenga al "sistema" como una de sus funciones. En sí mismo es una réplica en el mundo exterior de un objeto en el cual se ha efectuado la separación deseada. Pero su función consiste entonces en efectuar ésta en las personalidades de sus miembros. Se trata, pues, tanto de un modelo de un estado deseado como de una institución cuya función es hacer consciente al individuo del vacío existente entre él mismo (su sí mismo idealizado, superegoizado) y él mismo (su sí mismo no regenerado, no psicoanalizado).

Una consecuencia de la separación es una falta de acceso directo del individuo hacia el dios con el cual mantenía antes relaciones familiares. Pero el dios ha sufrido un cambio como parte del proceso de discriminación. El dios que él conocía era finito; el dios del que ahora está separado es trascendente e infinito.

Para reafirmar lo dicho en términos adecuados a un trasfondo de experiencia humana: Freud y sus asociados se unen en términos de igualdad similares a los que existen entre colegas en una aventura común. Freud, por el simple hecho de poseer una estatura prominente estimula las tensiones y los impulsos emocionales propios de un grupo primitivo y lo hace aún más por su trabajo. Los estadios primitivos del grupo analítico contribuyen a la intrusión de tensiones e impulsos emocionales propios del grupo primitivo, como lo observara Freud en su estudio del individuo. Dudo de que él haya apreciado la fuerza de las esperanzas mesiánicas que despertó. El estadio primitivo prepara el camino al estadio de discriminación descrito en el grupo religioso: se hace una distinción; de otro modo no habría reconocimiento de la distinción real que existe entre un místico (en el sentido que yo le doy al término) y los seres humanos comunes).

Esta distinción no puede realizarse adecuadamente por el hecho de decir que es inseparable de la idealización. La idealización es en el grupo una actividad basada en la realidad esencial para el desarrollo de la discriminación dentro del individuo. El mismo individuo debe ser capaz de distinguir entre sí mismo como una persona común y su creencia de que es omnisciente y omnipotente. Es un paso hacia el reconocimiento de una distinción entre el grupo tal como es en realidad y su idealización como corporización de la omnipotencia de los individuos que lo componen. A veces, la separación fracasa y el grupo no

sólo se percibe como idealmente omnipotente y omnisciente sino que también se cree que lo es en realidad. La toma de conciencia por parte del individuo del abismo que existe entre su visión de sí mismo como omnipotente y la de sí mismo como un ser humano común debe ser el resultado de una tarea del grupo mismo y, al mismo tiempo, de un análisis individual. De otro modo existe el peligro de que (por identificación proyectiva) se transfiera al grupo un estado mental y de que se lo *actúe* allí, no que se lo cambie. Es necesario describir algunos detalles de esta situación.

En el primer estadio no hay confrontación real entre el dios y el hombre porque en realidad no existe esa distinción. En el segundo estadio el dios infinito y trascendente se enfrenta con el hombre finito. Mientras que la función del grupo es *establecer* la separación, no hay demanda de reunión. En el tercer estadio, el individuo, o por lo menos un individuo particular, el místico, necesita reafirmar una experiencia directa de dios de la cual ha sido y es privado por el grupo institucionalizado. Antes de referirse a esto es necesario echar una mirada a algunas peculiaridades del grupo que ha sido institucionalizado y a la vida dentro de él.

Los individuos muestran señales de su origen divino (del mismo modo que los dioses del estadio anterior muestran señales de su origen humano). Puede considerarse a los individuos como encarnaciones de la deidad; cada uno conserva un elemento inalienable que es parte de la deidad misma que reside en el individuo. Puede considerarse que está tratando constantemente de lograr la unión con la deidad, o también se lo puede considerar divino en un grado algo menor. Esto último evidencia una relación genética con el estadio en el cual no existe distinción real entre los seres humanos semejantes a dioses por un lado y los dioses muy humanos por otro. Por último, el individuo hace lo posible por reunirse con el dios del cual se siente conscientemente separado. Esto se refleja en las realidades de la relación humana y contribuye al odio del grupo hacia un estado al cual los individuos no pueden tener acceso directo, ni incluso una sensación de acceso directo, al gran hombre (como podrían haberlo tenido a Freud alguna vez). Los individuos no pueden conformarse con una discriminación que significa una separación consciente de sí mismos con respecto a la creencia en sus cualidades semejante a Freud y al reconocimiento de que Freud, un genio (místico), ya no existe. No es posible crear otro Freud por esencial que pueda resultar.

El grupo y el místico son esenciales el uno para el otro; por lo tanto es importante considerar cómo o por qué el grupo puede destruir al místico del cual depende su futuro y cómo o por qué el místico puede destruir al grupo. Indicaré la naturaleza de las preguntas enumeradas ya que es de suma importancia

que se vea que el problema existe. Es inherente tanto a la naturaleza del hombre como animal político, como a la del psicoanálisis como fuerza explosiva.

La relación entre grupo y místico puede pertenecer a una de tres categorías. Puede ser asociada, simbiótica o parasitaria. Es posible aplicar la misma caracterización a la relación de un grupo con otro. No me ocuparé de la relación asociada; las dos partes coexisten y la existencia de cada una puede considerarse inofensiva para la otra. En la relación simbiótica hay una confrontación y el resultado es productor de desarrollo aunque no es posible, sin alguna dificultad, discernir ese desarrollo. En la relación parasitaria lo que se produce, como resultado de la asociación, es algo que destruye a las dos partes de aquélla. La realización que más se aproxima a mi formulación es el grupo: marco individual dominado por la envidia. La envidia engendra envidia y esta emoción autopropagadora destruye finalmente tanto al huésped como al parásito. La envidia no puede adjudicarse de manera satisfactoria a una u otra parte; en realidad es una función de la relación.

En una relación simbiótica el grupo es capaz de manifestar hostilidad y benevolencia y la contribución del místico está sujeta a un minucioso escrutinio. Como resultado de este escrutinio el grupo crece en estatura y lo mismo pasa con el místico. En la asociación parasitaria hasta la amistad es mortífera. Un ejemplo fácil de comprender es la promoción que el grupo realiza del individuo a una posición dentro del *establishment* donde sus energías se desvían de su rol creativo-destructivo y son absorbidas por las funciones administrativas. Su epitafio podría ser: "Lo abrumaron con honores y se hundió sin dejar rastro". Eissler (1965), sin mencionar el principio general implicado, muestra los peligros de la invitación hecha a un grupo o a un individuo para que se vuelva respetable, para que sea médicamente capacitado, en suma, para que sea cualquier cosa *menos* explosivo. La actitud recíproca en el místico es que el grupo debe adelantar o desintegrarse, pero *no* debe ser indiferente. Las actitudes no son conscientes y deliberadas; son esenciales. Sin ellas ni el grupo es un grupo ni el "místico" un místico. Una analogía analítica la constituye la interpretación psicoanalítica que está muerta para el estado mental existente, el estado mental que está siendo interpretado. Mucho peor que ser correcta o incorrecta es la falta de significación de una interpretación, aunque no es suficiente con que sea significante; eso sólo sirve para asegurar que existe. También debe ser verdadera. La preocupación primaria del grupo parasitario puede ser destruir al místico o las ideas místicas (mesiánicas), pero si fracasa en esto debe "establecer" su verdad o la de él.

Eissler discute el psicoanálisis "aplicado". Sospecho que éste, aun cuando "aplicado" a curar a las personas, es un método de hacer controlable el psicoanálisis y de volverlo inofensivo

para el *establishment*. Ya lo he expresado en otro texto y en un enfoque diferente mediante una regla que consistía en que el analista no debe permitirse albergar deseos, ni siquiera el de curar, puesto que hacerlo sería ir en contra de la evolución psicoanalítica. La evolución misma no es un objeto que pueda "desearse". La penosa naturaleza del dilema es esencial.

La configuración recurrente es la de una fuerza explosiva con un marco de referencia restrictivo. Por ejemplo, el místico en conflicto con el *establishment*; la idea nueva constreñida dentro de una formulación cuya intención no era expresarla; la forma artística superada por nuevas fuerzas que requieren representación.

Es esencial preservar el lenguaje y con este fin se crean reglas que determinan el uso de palabras y definiciones. El Diccionario oxoniense, la filosofía lingüística y la lógica matemática son contribuciones al trabajo que se realiza incesantemente con este propósito. De este trabajo dependen hombres y mujeres comunes con una capacidad común para realizar estudios que de otro modo sólo podrían realizar las personas excepcionales. Gracias a Faraday y a otros científicos la gente común puede iluminar un cuarto presionando un interruptor; gracias a Freud y a sus colaboradores la gente común tiene la esperanza de iluminar su mente por medio del psicoanálisis. El hecho de que sea la gente común la que realiza el trabajo del mundo hace imprescindible este trabajo de científicización (o vulgarización o simplificación o comunicación o todo esto junto). No hay místicos suficientes y es necesario no desperdiciar a los que existen.

Cuanto mejor puedan "establecerse" la palabra y su uso, tanto más su precisión se convertirá en una rigidez obstaculizante; cuanto más imprecisa sea, tanto más bloqueará la comprensión. La nueva idea "desbarata" la formulación creada para expresarla. A veces la emoción es fuerte, pero la idea débil. Si la formulación sobrevive, puede repetirse. Si puede repetirse bajo severas condiciones, cobra fuerza hasta comunicar significado sin desintegración. A la inversa, la formulación puede destruir su contenido. En su obra *Major Barbara*, George Bernard Shaw describe la apoteosis del dicho "Ningún hombre es suficientemente bueno como para ser amo de otro hombre" como un método para restar eficacia al contenido emocional.

Puede ser que la distinción entre místico creativo y nihilista no sea más que un recurso temporario que depende de la necesidad de expresar una concepción del místico y no la otra. La explosión emocional más vigorosa conocida hasta ahora, que se extendió a muchas culturas por espacio de muchos siglos, fue la producida por las formulaciones de Jesús. Los efectos se perciben aún y presentan todavía graves problemas de represión a pesar de que se ha establecido cierto control. Al principio Jesús

repudió expresamente cualquier meta que no fuera el cumplimiento de las leyes de su grupo. El directorio rabínico no encontró solución al problema de la represión, lo cual trajo aparejadas consecuencias desastrosas para el grupo judío. El desastre atribuido a las enseñanzas cristianas no terminó en un punto finito como podría ser la crucifixión; cuando, cuatrocientos años después, Alarico saqueó Roma, San Agustín sintió que los reproches dirigidos a los cristianos eran lo bastante serios como para hacer necesaria una refutación en su *Ciudad de Dios*.

Persisten los problemas de la revelación mística que se centran en tener o reclamar una relación directa con la deidad. Pronto se hizo evidente la necesidad de que el *establishment* hiciera lo que el directorio rabínico no había podido hacer. Las quejas de los discípulos acerca de que gentes desautorizadas, o lo que podríamos llamar "legos", estaban haciendo milagros, sugieren una conciencia que esperamos encontrar asociada con un *establishment*. Esto, y la evidencia de una necesidad de establecer una estructura jerárquica (lo "que se sentará a la diestra"), es demasiado sutil como para representar algo más que un punto de partida para la conjetura. Algo tiene que haber contribuido a la eflorescencia de la estructura, la jerarquía y la institución. La institución es una evidencia de la necesidad de la función que el directorio rabínico no había podido proporcionar. Aunque en muchos aspectos la Iglesia tuvo mucho más éxito, la larga historia de la herejía (véase Knox, 1950) muestra que la estructura necesaria para contener la doctrina de Jesús estuvo y todavía está sujeta a una gran tensión. Sin embargo, no le faltaron exitosos resultados y todavía hoy pueden oírse las quejas, que en realidad son un tributo al triunfo del proceso de institucionalización, acerca de la falta de entusiasmo, impulso y "espiritualidad" de la Iglesia.

Aunque podamos comparar favorablemente el contraste del éxito de la Iglesia con respecto al fracaso del directorio rabínico, aún no se ha gastado la fuerza de la revelación mística. Hay evidencia de que tanto el mito de Edipo como los elementos que en la religión cristiana tocan el punto de la paternidad y de los hijos tienen una configuración que sugiere la existencia de un grupo básico del cual son representativos estos elementos. He usado el signo O para denotar esta "realidad última". Cualquier formulación que se perciba como aproximación a la iluminación de O producirá por cierto una reacción institucionalizadora. La institución puede prosperar a expensas del místico o de la idea o puede ser tan débil que no pueda contener la revelación mística.

Una formulación puede aproximarse a la "iluminación" de O. Muchos místicos expresan su experiencia de acceso directo a la deidad en términos de luminosidad, pero la luminosidad no

es el único modelo empleado. Los místicos judíos en especial consideran la voz como una representación notable de la experiencia. San Pablo se encontró con que la luz y la voz eran necesarios para representar la experiencia. Resulta significativo que el psicoanálisis en su búsqueda de acceso directo a un aspecto de O, aunque no sólo de aquella parte de O que informa acerca de las características de semejanza con dios, lleve a cabo sus realizaciones por medio del lenguaje. Es demasiado restrictivo estar confinado a un solo medio de comunicación aunque éste tenga la flexibilidad y capacidad de evolución que posee el lenguaje. La observación psicoanalítica no puede, por cierto, permitirse el lujo de estar confinada tan sólo a la percepción de lo que se verbaliza: ¿qué decir de los usos más primitivos de la lengua?

La suspensión de la memoria y del deseo promueve el ejercicio de aspectos de la psique que no tienen un trasfondo de experiencia sensorial. Paradójicamente la liberación de estos aspectos de la psique les hace posible la revelación de elementos tales como los movimientos musculares no verbales de la lengua, por ejemplo el tartamudeo. El predominio de la experiencia sensorial promueve expresiones tales como "ver" u "oír"; la falsedad introducida por esta formulación contribuye a esas diferencias que parecen tan significativas pero que en realidad carecen de importancia. El poder intuitivo no puede desarrollarse porque está obstaculizado por esas intromisiones del "sentido". La institucionalización de palabras, religiones, psicoanálisis, son todas instancias especiales de la institucionalización de la memoria para que pueda "contener" la revelación mística y al mismo tiempo su fuerza creativa y destructiva. La función del grupo es producir un genio; la del *establishment* es aceptar y absorber las consecuencias para que el grupo no sea destruido.

Si usamos como modelo el impacto del pensamiento de Jesús sobre el grupo judío y sobre las instituciones religiosas posteriores, aparecen de un modo más simple y menos disfrazado algunas tensiones psicoanalíticas. El acento puesto sobre los milagros de curación representaba una incitación a "medicalizar" la institución creada para servir a la doctrina de Jesús. La curación conserva su predominio en la Ciencia Cristiana, Lourdes, curaciones por la fe. Un ejemplo de problema de institucionalización en el primitivo grupo cristiano es la duda presentada a Jesús por sus discípulos que querían un fallo para el reconocimiento de aquellos que expulsan a los demonios en nombre de Jesús. Su actitud parece haber sido contraria a una restricción para la pertenencia al grupo: "los que no están contra mí, están conmigo". Aunque ahora esta respuesta no puede interpretarse con seguridad y puede haberse referido al efecto favorable (para el Cristianismo) de la torpeza de los que se oponían a su doctrina, muestra la configuración recurrente del problema de selección (legos contra profesionales, o lo exterior al grupo contra lo que pertenece a él). Estas conjeturas ilustran la configuración sobre la que quiero llamar la atención.

El psicoanálisis no puede escapar a las ideas de curación, tratamiento, enfermedad, tanto en los psicoanalistas como en los pacientes. Eissler nos previene contra una estructura demasiado rígida y limitada como para permitir la evolución. En el extremo opuesto los mahometanos carecen de institución rígida y, sin embargo, han perdurado; su solución abriría el camino para un "universo de expansión" del psicoanálisis pero no pasaría mucho tiempo antes de que a los miembros del movimiento psicoanalítico les resultara imposible entenderse.

La importancia de la motivación inconsciente ha tendido a ocultar la importancia de la motivación consciente. Un analista o un grupo particular de ellos puede poner el acento sobre una

concepción médica que posea, de acuerdo con mi terminología, un vértice común; un observador esperaría encontrar que el vértice se reconociera por ciertos elementos invariables tales como ideas acerca de la enfermedad, tratamiento, pronosis, patología y curación. En el psicoanálisis de los individuos se habrán desnudado los equivalentes inconscientes de ese vértice, pero esto no debe impedirnos ver sus aspectos conscientes.

Supongamos el caso de un grupo en el cual la necesidad o el deseo de hacer dinero constituye un obstáculo. La contraparte inconsciente de este deseo ha quedado al descubierto en el análisis de los individuos. Cuanto mayor sea la necesidad o el "deseo", tanto más fácil resultará detectar una aplicación especial de la teoría psicoanalítica (lo que Eissler denomina psicoanálisis "aplicado" oponiéndolo al "antrópico").

Otros grupos pueden exponer vértices igualmente obstaculizantes: deseo de poder, influencia, propaganda, educación, investigación o pobreza. Es evidente que en nuestro grado de evolución actual, si logramos un psicoanálisis "psicoanalítico", el vértice del grupo establecerá diferencias con respecto a los descubrimientos del grupo. Hasta aquí parece que los analistas han actuado basándose en el supuesto de que los motivos deben ser analizados y, por lo tanto, pueden ser abandonados sin más consideración. Esta concepción ignora las variedades de evolución descubiertas por la experiencia analítica.

La situación edípica, o sus raíces aún más primitivas, tendría una configuración distinta según que el vértice del grupo fuera psicoanalítico, religioso, financiero, legal, o cualquier otro. Esto mismo aumenta la variedad de experiencias descubiertas incluso dentro de los límites del psicoanálisis estricto. La expectativa mesiánica, formulada e institucionalizada en la religión cristiana, puede representar el aspecto evolucionado de un elemento que el mito de Edipo representa también en su estado evolucionado.

Las similitudes en las configuraciones sugieren un origen común y desórdenes también comunes asociados con el problema de contener al místico e institucionalizar su trabajo. El impacto emocional de ♀ ♂ será tanto mayor cuanto más estrechamente se relacione con las fuerzas representadas por la esperanza mesiánica, el mito de Edipo, el mito de Babel y el del Edén; cuanto mayor es el impulso emocional, mayor es el problema. Esos mitos son estados evolucionados de O y *representan* su evolución. Representan el estado mental alcanzado por el ser humano en su intersección con O que evoluciona.

Donde Eissler habla de psicoanálisis aplicado yo me referiré a psicoanálisis conducido desde un vértice particular. Si un analista o un grupo de ellos considera como parte esencial de la práctica psicoanalítica hacer dinero, es decir, que lo consideran una parte esencial de la práctica que es igualmente una parte

esencial de la curación, entonces pienso que el vértice debería describirse como hacer dinero y los descubrimientos realizados en un análisis tal llevarán el rótulo de vértice financiero.

Si el vértice fuera religioso esperaría que los descubrimientos hechos llevaran este rótulo. Con el tiempo, las configuraciones asociadas con los distintos vértices evolucionarían hasta un punto en el que pudieran ser formuladas. Esperaría entonces que la rigidez conferida por la formulación se encontrara con la resistencia de la fluidez del O representado por la formulación. Del mismo modo que en la actualidad existe un abismo insalvable entre lo animado y lo inanimado, lo cual hace imposible la transformación de lo inanimado en animado, existe también un abismo entre la formulación de la configuración y la realización subyacente que se aproxima a ella. La configuración que representa la relación entre el místico y la institución puede reconocerse en la relación entre la experiencia emocional y la formulación representativa (palabras, música, pintura, etc.) que intenta contenerla, y también puede ser la representación de ella. Puede advertirse la misma configuración entre la experiencia emocional dionisiaca y la representación apolínea. El acceso directo al O del místico y de la orgía dionisiaca están al mismo tiempo contenidos y restringidos por los dogmas religiosos por los que han sido substituidos en las mentes de las personas "comunes".

La mayoría de los analistas han sentido alguna vez que el "universo de discusión" en psicoanálisis se está expandiendo con tal rapidez que ya no es posible mantener lo que un soldado llama "comunicación lateral". Para tomar un ejemplo acerca del cual estoy en condiciones de dar mi opinión: el abismo entre lo que algunos consideran como análisis y lo que yo, como kleiniano, considero como tal, es muy vasto y tiende a serlo más. Esto se atribuye a las diferencias en las teorías. Yo no creo que lo que separe a los científicos sean sus diferencias de teoría. No siempre me he sentido "separado" de alguien que sostiene teorías diferentes de las mías; no me parece que esto proporcione una pauta de medición por la cual pueda medirse el abismo. Por lo contrario, me he sentido muy separado de algunos que, aparentemente, sustentaban las mismas teorías. Por consiguiente, si debemos "medir" el "abismo", deberemos hacerlo dentro de un dominio que no sea el de la teoría. Las diferencias teóricas son síntomas de diferencias de vértice y no una medida de las diferencias.

IX

REALIDAD ULTIMA

Hasta aquí este libro se ha ocupado de la formulación de una teoría, siendo los pocos "hechos" mencionados modelos ilustrativos cuya intención es corporizar lo que de otra manera sería un ejercicio de trabajo con abstracciones. Lleva a la formulación de una teoría que tiene como realización un trasfondo de práctica psicoanalítica. La teoría formula una pauta recurrente de experiencia emocional de vasta distribución. No reemplaza a ninguna teoría psicoanalítica ya existente, sino que intenta mostrar relaciones que no han sido señaladas.

Por profundo que sea un análisis, la persona que se somete a él será sólo parcialmente revelada; en cualquier punto del análisis la proporción de lo conocido es pequeña en relación con lo desconocido. Por lo tanto, el rasgo dominante de una sesión es la personalidad desconocida y no lo que el analizado o el analista piensan que conocen.

Todo progreso psicoanalítico manifiesta una necesidad de seguir investigando. Hay una "cosa en sí" que nunca puede conocerse: por contraste; el místico religioso reclama un acceso directo a la deidad con la que espera convertirse en uno. Puesto que esta experiencia a menudo se expresa en términos que me parece útil pedir prestados, lo haré, pero con una diferencia que los acerca más a mi propósito. Lo que se busca es que la penumbra de asociaciones ayude a aquellos que buscan mi intención.

En cualquier objeto, material o inmaterial, reside la incognoscible realidad última, la "cosa en sí". Los objetos tienen emanaciones o cualidades emergentes o características en evolución que chocan contra la personalidad humana como fenómenos. De estas cualidades la personalidad humana puede darse cuenta consciente o inconscientemente; son diferentes de la realidad última.

"Realidad última" es un término portador de una penumbra de asociaciones que lo hacen psicológicamente útil, pero este hecho hace inadecuado representar algo que es incognoscible por definición. La misma objeción es aplicable al término "divinidad". Meister Eckhart expresa su impresión de que la divinidad evoluciona hasta un punto en que se vuelve aprehensible por el hombre como la Trinidad.

Por contraste, la divinidad no tiene forma y es infinita. Milton expresa una idea similar en la descripción del mundo de las aguas oscuro y profundo que ha sido "ganado al vacío y al infinito informe", aunque aquí el acento se pone menos sobre la evolución característica de la divinidad y más en la capacidad del objeto aprehendido para aprehender.

El enfoque religioso postula una emanación de la deidad y una encarnación de ella. Ambas formulaciones son necesarias para representar estados mentales en los cuales hay una interacción entre estados de un objeto que a veces es completo, otras veces está fragmentado en trozos dispersos dentro de una multiplicidad de objetos. Para el analista, la doctrina de la encarnación proporciona un modelo recompensatorio; de modo que me concentraré en ella en primer lugar.

El psicoanalista observa la conducta de un ser que por lo general, no siempre, está tendido en un diván y habla. El analista puede recibir la escena en su totalidad o cualquier parte de ella. "Totalidad" o "parte" son aspectos de una realidad última que ha evolucionado hasta que intercepta la personalidad del observador (véase capítulo III, al comienzo).

El enfoque científico, asociado con un trasfondo de impresiones sensoriales, por ejemplo, la presencia del psicoanalista y su paciente en el mismo cuarto, puede considerarse como provisto de una base. En la medida en que está asociado con la realidad última de la personalidad, O, carece de base. Esto no quiere decir que el método psicoanalítico no sea científico, sino que el término "ciencia", tal como en general se lo ha empleado hasta ahora para describir una actitud hacia los objetos de los sentidos, no es adecuado para representar un enfoque de aquellas realidades con las cuales tiene que vérselas la "ciencia psicoanalítica". Tampoco es adecuado para representar ese aspecto de la personalidad humana que se preocupa por lo desconocido e incognoscible en su esencia: por O.

La crítica se aplica a todo vértice, sea musical, religioso, estético, político; todos son inadecuados cuando se trata de O porque, con la posible excepción de la religión del místico, estos vértices y otros similares no se adaptan a lo que carece de base sensorial. Las realidades con las que se enfrenta el psicoanálisis, por ejemplo, el miedo, el pánico, el amor, la ansiedad, la pasión, carecen del trasfondo sensorial (ritmo respiratorio, dolor, tacto, etc.) que a menudo se identifica con ellos y que

se trata entonces de una manera supuestamente científica. Lo que se necesita no es una fundamentación para el psicoanálisis y sus teorías sino una ciencia que no esté restringida por generarse en el conocimiento y en el trasfondo sensorial. Debe ser una ciencia de la unificación. Debe contar con una matemática de la unificación, no de la identificación. No puede haber ninguna geometría de lo "similar", de lo "idéntico", de lo "igual"; sólo de la analogía.

La teoría platónica de las Formas y el dogma cristiano de la Encarnación implican la esencia absoluta que deseo postular como una cualidad universal de fenómenos tales como el "pánico", la "ansiedad", el "miedo", el "amor". En resumen, uso O para representar este rasgo central de toda situación que debe enfrentar el psicoanalista. Con él debe "ser uno"; con su *evolución* debe identificarse de manera tal que pueda formularla en una interpretación. Ciertos estados mentales son un obstáculo para esto y a ellos me referiré más adelante.

Un aspecto de O que evoluciona es representado por el número. Participando en la evolución pueden encontrarse el objeto, que puede multiplicarse o disminuir, y el observador; que percibe que el objeto se multiplica o disminuye. Ignorando el objeto de modo que se discuta sólo al observador, se podría decir que éste *percibe* que el objeto aumenta o disminuye. La conjunción constante representada por el número excita la curiosidad por saber cuál, qué, cuándo, por qué o cómo. "La necesidad de conocer" (si el cambio [\pm] está en los objetos observados o en la "percepción") puede activarse. Se supone que el "número" se relaciona con un aspecto del objeto observado, pero también puede considerárselo con propiedad relacionado con la percepción. Hablaré más que nada del "número" como nombre de la percepción, pero para evitar confusiones haré la distinción entre, digamos, R3 (realidad externa) y ψ 3 (realidad psíquica), siendo este último el signo para una sensación de "ternariedad" que puede o no coexistir con la "ternariedad" como un aspecto del objeto observado.

Cuando me refiero al "número" en el contexto de las sensaciones, el término tiene demasiadas asociaciones que no necesito. Por lo tanto utilizaré (ξ) para denotar el nombre de un "objeto matemático"¹ que estoy usando como nombre de una "sensación".

Los siguientes ejemplos tomados de la religión, la política, el intercambio conversacional, etc., pueden cumplir la función de introducción a la matemática "psíquica":

"La mayor parte de las personas. . ."

"Miles (millones) en todo el mundo. . ."

"La Trinidad"

¹ Tomado de Frege (1950).

"Cuatro o cinco personas. . ."

"Esperaron durante semanas (meses, años). . ."

En estos ejemplos, los números, utilizados para representar una sensación del observador, pueden clasificarse de acuerdo con los principios de la tabla, como intentos de suscitar curiosidad (categoría 4) o como una barrera contra las afirmaciones que podrían evocar una perturbación psicológica (categoría 2).

Estos "números" se han transformado de $\psi(\xi)$ en $R(\xi)$ de modo que representan realizaciones que se les aproximan. Estas realizaciones pueden volverse complejas en extremo. Es así que la geometría euclidiana ha sido considerada como una representación de la cual el espacio, tal como lo conoce el común de la gente, es la realización aproximada. De este modo la geometría euclidiana se ha convertido en la realización contextual que se aproxima al álgebra axiomática que *la* representa.

El álgebra axiomática parece ser totalmente independiente de su contexto y de acuerdo con esto puede evolucionar; en la teoría aquí desarrollada, el ejemplo que he tomado, aunque puede empezar por representar sensaciones que el contexto, el álgebra axiomática, proporciona, se vuelve totalmente independiente de ese contexto de sensaciones. Las formulaciones H (categoría de la tabla) empiezan a carecer de "cuerpo". ¿Qué quiere decir que estas formulaciones pierden "cuerpo", dejan de representar una "sensación"? Los números "tres" o "diez" pueden representar con facilidad una "sensación" de que hay tres o diez objetos presentes. Los nombres tres o diez no parecen representar conjunciones constantes del mismo modo que lo hace "gato". "Gato" tiene un trasfondo sensorial; también lo tiene $R(\xi)$; pero $\psi(\xi)$ no lo tiene, a menos que invirtamos un proceso de transformación por medio de la geometría euclidiana volviendo al espacio común.

Los fenómenos no sensoriales forman la totalidad de lo que se considera comúnmente como experiencia mental o espiritual. $\psi(\xi)$, que representa realizaciones no sensoriales parece ser adaptado con bastante facilidad a los manejos para representar las realizaciones *sensoriales*. Si "tres representa una realización no sensorial de ternariedad, ¿por qué no puede hacerse que en combinación con "diez", "cinco", etc., represente la ansiedad, o el amor, o el odio?

La matemática puede ocuparse de ciertos problemas, de otros se encarga la economía, de otros, la religión. Debería ser posible transferir un problema, que no cede a la disciplina a la que aparenta pertenecer, a una disciplina que pueda manejarlo. Si la geometría euclidiana no puede tratar problemas multidimensionales, éstos pueden ser transferidos a la geometría algebraica que sí puede hacerlo. De esta manera hay ciertos problemas que pueden transferirse dentro de su propia disciplina para que se intente su solución. La matemática desarrollada median-

te el manipuleo de "número" ha probado hasta ahora su eficiencia para equiparar la formulación con la realización que representa. Pero los números que representan sensaciones no han evolucionado de modo que puedan manejar las realizaciones del dominio del cual parecen haber surgido.

Antes de considerar la transferencia de problemas de una disciplina a otra o de los procedimientos propios de una disciplina a los que son propios de otra, examinaremos las peculiaridades del cambio catastrófico.

Partiendo del material comentado debiera ser posible ahora detectar una pauta que permanezca inalterada en contextos que aparentemente son muy diferentes. Resultaría útil aislar y formular las constantes de aquélla de modo tal que pudiera ser comunicada.

Eso es precisamente lo que hacen las formulaciones de Freud. El pensamiento, desarrollado mediante el psicoanálisis, ha conducido a descubrimientos que no fueron hechos por Freud pero que revelan configuraciones semejantes a las de los descubrimientos que *sí* hizo. ¿Es posible reemplazar sus formulaciones por otras que revelan con la mayor aproximación posible *todas* las configuraciones que son semejantes y no sólo aquellas instancias que intentó esclarecer con sus formulaciones?

Si su teoría de Edipo se usa conjuntamente con el mito del Edén, el mito de Babel y una versión de la expectativa mesiánica, puede seguir echando luz sobre el funcionamiento de la mente tal como lo hace ahora y mostrar además elementos de una configuración básica que amplíe en un grado significativo el campo iluminado. La hostilidad de la deidad hacia la curiosidad señalada por el Satán de Milton (libro IV de *El paraíso perdido*) puede compararse con el ataque al lenguaje (la imposición de la confusión de lenguas) en Babel; en Edipo, con Tiresias y su advertencia; en la historia mesiánica con el ataque del padre al hijo. El mismo patrón se refleja en los castigos que la Esfinge y Edipo se imponen a sí mismos. Cada versión destaca una faceta distinta; juntas sugieren una configuración común. El intento de diferenciar los elementos emocionales resulta curiosamente infructuoso. Es así que "el bien omnipotente", "el mal", "la búsqueda del conocimiento por medio de la curiosidad", "el impedir un desastre", "la arrogancia", etc., cada intento parece debilitar el impacto que tienen los elementos

cuando son parte del todo narrativo; sufren una transformación similar a la que sufre el sueño cuando se lo evoca conscientemente, o una obra de arte cuando es reemplazada por una reproducción. La transformación depende de un cambio de vértice. El vértice del creador de mitos no es mío en el momento en que intento esta nueva formulación; el de la persona que sueña no es el mismo que el de la persona despierta; el del artista no es el vértice del que interpreta la obra de arte. De un modo similar, el vértice del psicoanalista, y los cambios de vértice que corresponden a cambios constantes en una sesión, efectúan las transformaciones que se ponen de manifiesto en las asociaciones e interpretaciones.

En primer lugar debe haber una diferencia de vértice para que sea posible la correlación. Finalmente debe tener lugar en el individuo. (Por el momento supongo que la correlación es una parte necesaria de la confrontación y que ésta es una parte necesaria del análisis.) Contra la confrontación se movilizan las defensas esquizofrénicas; la violencia la hace imposible al aniquilar las dos caras de una confrontación.

Segundo, el vértice no debe ser ni demasiado distante ni demasiado próximo; de otro modo, la correlación se hace imposible. ¿Cómo se mide la "distancia" entre el vértice del analizado y el del analista? Si al analista le interesa ganarse la vida y al analizado "curarse", ¿cómo debe "medirse" la "distancia" entre estos vértices? Puede que un hombre y una mujer tengan perspectivas tan diferentes que se diga que sus temperamentos son incompatibles; o puntos de vista tan similares que no puedan estimularse el uno al otro. ¿Hay algún sentido en el cual sus puntos de vista estén tan "apartados" que pueda "medirse" la distancia, que una frase usada metafóricamente pueda tratarse de tal modo que el sentido metafórico sea reemplazado por un sentido literal?

Desde este vértice las perspectivas del paciente y del analista están separadas; el "vacío" que los separa está salvado por algo que yo llamo lineal o plano, o una línea o membrana. Muy diferente es el vacío salvado por una relación entre continente y contenido. Lo que expongo a continuación servirá como modelo para una formulación teórica de este tipo de vínculo: un hombre que se encontraba hablando de una experiencia emocional en la que estaba estrechamente implicado, empezó a tartamudear de una manera penosa a medida que el recuerdo se le volvía cada vez más vivido. Los aspectos significativos del modelo son éstos: el hombre estaba tratando de contener su experiencia dentro de una figura de palabras; estaba tratando de contenerse a sí mismo, tal como se dice a veces con respecto a alguien que está a punto de perder el control; estaba tratando de "contener" sus emociones dentro de una figura de palabras

del mismo modo que un general intenta "contener" a las fuerzas enemigas dentro de una zona determinada.

Las palabras que deberían haber representado el significado que quería expresar estaban fragmentadas por la acción de las fuerzas emocionales a las que sólo quería dar expresión verbal; la formulación verbal no podía "contener" sus emociones que se abrieron paso y la dispersaron del mismo modo que fuerzas enemigas que se abrieran paso por entre un ejército que intentara contenerlas.

El tartamudo, en su intento de evitar la contingencia que he descrito, recurrió a expresiones tan aburridas que no pudieron expresar el significado que él quería transmitir; no se había acercado para nada a su objetivo. Su formulación verbal podría describirse como las fuerzas militares desgastadas por el roce al que se ven sometidas por las fuerzas contenidas. El significado que se esforzaba por expresar quedó desnudo de significado. Su intento de usar su lengua para expresar verbalmente no pudo "contener" su deseo de usarla para un movimiento masturbatorio dentro de su boca.

A veces el tartamudo podría verse reducido a silencio. Esta situación podría representarse mediante una imagen visual de alguien que hablaba tanto que cualquiera que fuere el significado que intentara expresar quedaba ahogado por una inundación de palabras.

Espero que las transformaciones de imágenes visuales que he utilizado hayan servido para llevar mi significado hasta el lector. Sin embargo, la comunicación no es tan satisfactoria. Las imágenes visuales son demasiado concretas como para poder expresar la relación del místico con el grupo. Evocan en demasía una penumbra de asociaciones de la que de por sí son portadoras. En resumen, la situación es similar a la del tartamudo cuyas palabras, o la ausencia de ellas, más que comunicar su significado, lo contienen. Otras veces, el significado es demasiado poderoso para la formulación verbal; la expresión se pierde en una "explosión" en la cual se destruye la formulación verbal.

Para considerar los aspectos esenciales: la comunicación se refiere a una relación entre el significado y su expresión, entre la emoción y su expresión. Pero yo soy consciente de que no es una relación entre cosas; es un modelo de relaciones del mismo modo en que los matemáticos hablan de la matemática como de una expresión de relaciones. Ya he usado antes los símbolos φ ζ para expresar una relación entre continente y contenido y seguiré haciéndolo ahora.

La teoría consiste en que un objeto está ubicado dentro de un continente de tal modo que tanto el continente como el objeto contenido son destruidos. En términos gráficos el continente es representado por una boca o vagina, el contenido por

un pecho o pene. La relación entre estos objetos, que representaré mediante los signos ♂ y ♀ de macho y hembra puede ser asociada, simbiótica o parasitaria.

Por "asociada" entiendo una relación en la cual dos objetos comparten un tercero para provecho de los tres. Por "simbiótica", una relación en la que uno depende de otro para provecho mutuo. Por "parasitaria" quiero representar una relación en la cual uno depende de otro para producir un tercero que es destructivo para los tres.

Tomemos otro sencillo modelo visual: un hombre quiere comunicar su enojo y está tan abrumado por la emoción que tartamudea y se vuelve incoherente. Las constantes según la teoría que quiero formular son las formas de habla que usa para conducir su significado; las considero movidas por la intención de "contener" lo que tiene que decir y, por consiguiente, correspondientes al signo ♀. Pienso que el enojo que trata de comunicar es lo que debería estar contenido en su discurso y por lo tanto resulta apropiado representarlo mediante el signo ♂. Si el hombre conservara la coherencia, esto podría corresponder a una dominación del contenido por parte del continente: en este caso, su discurso estaría tan restringido que no podría expresar sus sentimientos. Pero supongamos que se expresara "perfectamente": uno podría imaginar que sus emociones sirvieron para desarrollar su capacidad para un discurso bien elegido y que su capacidad para hablar favoreció su evolución emocional. Esto contrasta con el desarrollo que lleva a la incoherencia. Un fracaso tal es el producto de una relación "parasitaria" entre el material contenido (o más bien, *no* contenido) y el discurso proyectado para contenerlo: "continente" y "contenido" produjeron un tercer "objeto", la incoherencia, que hace imposible la expresión y los medios de expresión. En la medida en que el episodio imaginario llevara a un desarrollo de los poderes de expresión y de la personalidad que se esforzó por expresarse, la relación podría describirse como simbiótica. La relación "asociada" puede ejemplificarse situando el episodio en una época y en una sociedad (como la Inglaterra isabelina) en las que el lenguaje había llegado a un punto de desarrollo tal que el hombre común se sentía inspirado a hablarlo bien: tanto lo expresado como el vehículo de la expresión se beneficiaban con la cultura a la que pertenecían.

XI

LAS MENTIRAS Y EL PENSADOR

La distinción entre verdad y mentira es algo que el psicoanalista debe enfrentar constantemente, ya que tiene que aplicar en la práctica, con prontitud y eficacia, ideas que han sido el centro de discusiones durante siglos. La aplicación pronta y eficaz puede resultar demasiado imperfecta para el trabajo que se requiere de ella. El psicoanalista busca ideas que sean lo suficientemente precisas y fuertes como para sobrevivir a las tormentas emocionales sobre las que se debe arrojar luz.

En cuanto a los problemas de comprensión he dicho que el psicoanalista puede aportar algo que es desconocido para el filósofo de la ciencia porque posee experiencia relacionada con la dinámica de la *equivocación*; el psicoanalista se ocupa *en la práctica* de un problema que el filósofo enfoca *teóricamente*. Las investigaciones acerca de la comprensión y el error tropiezan con los problemas asociados con la verdad y la mentira. La realidad del problema toma apariencia cuando el psicoanalista debe preguntarse: ¿es posible psicoanalizar a un mentiroso?

Se puede formular el problema en función de la tabla sin resonancias morales. Provisionalmente parecería que la categoría 2 (reservada para formulaciones conocidas como falsas por el iniciador, pero mantenidas como una barrera contra las afirmaciones que producen un trastorno psicológico) albergara la mentira. Dicha categorización supone que se ha permitido que una experiencia llegara hasta un punto en que el paciente cree saber que su formulación es una mentira; pero ¿es verdad que la mantiene porque el hecho de no hacerlo resultaría perturbador para su evolución? Podría pronunciarse la mentira porque, desde el punto de vista del mentiroso, fuera provechosa para él y perjudicial para otro: en esas circunstancias ¿sería correcto afirmar que es verdad, y en tal caso que tiene significado, que su incapacidad para sacar provecho o para herir a otro le causarían un trastorno psicológico?

Como yo pienso que sería verdad, debo indicar por qué y de qué modo es razonable categorizar la mentira en 2. En primer lugar me ocupo de pacientes que se acercan al análisis y no de los que no lo hacen. Para tales pacientes resulta evidente que se exponen al descubrimiento de la mentira. Deben tener una gran confianza en su capacidad (o falta de confianza en el analista) o no sentirse del todo satisfechos con la mentira. Estas son, sin embargo, conjeturas fortuitas, y demandan una discusión, a las que debe contestarse en el curso de un análisis cuya misma practicabilidad es lo que se discute. El caso extremo parecería ofrecer la mejor oportunidad para la observación de las características esenciales o, como yo prefiero llamarlas, las constantes del mentiroso. Las consideraciones presentes hacen improbable que el psicoanalista trate un caso de este tipo por elección. La sola idea de curar a un paciente así lo haría dudar de aceptarlo. Por consiguiente, lo más probable es que el mentiroso se halle tan bien oculto que el analista caiga en esa colaboración sin quererlo. Esto hace posible que lo mismo también sea verdad con respecto al paciente; de modo que al principio uno debe estar preparado para descubrir que no se trata de suponer que el paciente cree que se arriesga a ser descubierto o que esto le importa.

La necesidad de una categoría para las manifestaciones que el paciente sabe que no son verdad surge cuando un paciente, por ejemplo, a quien en el curso del análisis se le ha demostrado que hay una cantidad de explicaciones para el hecho de que llegue tarde, sigue repitiendo sus disculpas. El analista se ve desafiado a aceptarlas, a riesgo de mostrar que no le interesa la verdad, o a rechazarlas y asumir el rol de conciencia del paciente. Puede hacerse una afirmación no para desviar, sino para llenar la función de evocación. Es así como un informe mentiroso puede ser evocativo o provocativo, acusatorio o defensivo para nombrar tan sólo unos pocos de sus usos obvios. En tal caso no es la categoría 2 la correcta, ya que la manifestación se hace con la intención de causar un trastorno emocional. En suma, una manifestación no veraz no corresponde a la categoría 2 sino a la 6. Su naturaleza debe indicarse mediante alguna denominación tal como menos L (—L) o menos K (—K).

El término "mentira" tiene, pues, un valor limitado de uso en el curso del psicoanálisis. Centra la atención sobre algo que no es constante; por otro lado, —L o —K, junto con la categoría apropiada del cuadro, lo dejan expuesto a la saturación por parte de "significados" correctos en el caso de que las realizaciones que se aproximan se presentaran tanto al analista como al analizado.

Si suponemos ahora que el trastorno emocional contra el cual se moviliza la mentira es idéntico al cambio catastrófico, resultará más fácil entender por qué la investigación descubre

una posición ambigua que es capaz de despertar fuertes sentimientos. Estos sentimientos se relacionan con un sistema moral violado; su fuerza proviene del riesgo de un cambio en la psique. Como el episodio que describo ocurre con frecuencia y puede resolverse sólo de un modo que parece establecer la pauta para la resolución de subsiguientes repeticiones, es necesario detenerse en ciertos rasgos que tienen una importancia que puede pasar inadvertida.

Puede observarse que el paciente toma una decisión entre la mentira y la verdad. La frecuencia con que esta "decisión" se toma de una manera automática en favor de la manifestación que se sabe no cierta determinará la naturaleza del caso. Prestaré atención a la posición que surge en este momento para el analista.

Por definición y por tradición de toda disciplina científica, el movimiento psicoanalítico tiene como finalidad central la verdad. Si el paciente formula constantemente manifestaciones del tipo —L y —K, por lo menos en teoría el analista y él están en conflicto. En la práctica, sin embargo, la situación no se presenta tan simple. El paciente, en especial si es inteligente y refinado, trata de persuadir al analista por todos los medios de que haga interpretaciones que mantengan intacta la defensa y, finalmente, de que acepte la mentira como un principio fundamental de eficacia superior. Como último recurso hará progresos significativos con miras a una "curación" que resulte halagadora tanto para el analista como para él. La alternativa que ofrece es desoladora: deterioro progresivo, pérdida de la estima mutua, tanto privada como pública, hostilidad y, en casos extremos, amenazas de acción legal. El analista tiene que contrarrestar esto con una esperanza de mantener su integridad.

Algunas formas de mentira parecen estar estrechamente relacionadas con la experimentación del deseo. Se tejen largas historias improvisadas que tienen toda la apariencia de ser verdaderas, como si el virtuosismo del ejercicio produjera placer. Uno esperaría que tales creaciones fueran idealizaciones, y algunas lo son, pero el estado mental del mentiroso no es común y sus diferencias con respecto a lo usual están ocultas por la verosimilitud de sus mentiras. Pertenecen, por lo general, a las formulaciones de categoría C y pueden presentar al analista cuya mente se basa en la experiencia sensorial una dificultad mayor que a otro que está habituado a dejar a un lado el recuerdo. Como los problemas que presenta el psicoanálisis del mentiroso son muy diferentes de los que se pueden suscitar en el de alguien cuya perspectiva es científica, vale la pena considerar brevemente qué se entiende por enfoque científico. En el lenguaje común representa la suposición de que la verdad es lo más importante y de que es necesario poner la razón al servicio de su elucidación. Antes de intentar una formulación más com-

pleja del punto de vista opuesto, éste puede representarse en forma de fábula del siguiente modo:

Los mentirosos dieron muestras de coraje y resolución en su oposición a los científicos, quienes con sus perniciosas doctrinas prometieron despojar a los incautos de todo rastro de autodecepción dejándolos desprovistos de la protección natural necesaria para la preservación de su salud mental defendiéndola del impacto de la verdad. Algunos, conociendo a la perfección los riesgos que corrían, dedicaron, sin embargo, sus vidas a la afirmación de mentiras de modo tal que los débiles y los vacilantes resultaran convencidos hasta de las manifestaciones más absurdas. No es exagerado decir que la raza humana debe su salvación a esa pequeña banda de mentirosos geniales que, aun frente a hechos indudables, estaban preparados para mantener la veracidad de sus falsedades. Hasta la misma muerte fue negada y se echó mano de los más ingeniosos argumentos para sustentar las afirmaciones obviamente ridículas de que los muertos viven en eterna bienaventuranza. Estos mártires de la mentira eran a menudo de tan humilde origen que hasta sus mismos nombres se han perdido. Pero de no haber sido por ellos y por el testimonio dado por su evidente sinceridad, la cordura de la raza hubiera perecido bajo el peso puesto sobre ella. Habiendo expuesto sus vidas, llevan sobre sus hombros la moralidad del mundo. Sus vidas y las de sus seguidores fueron dedicadas a la elaboración de sistemas de gran complejidad y belleza en los cuales la estructura lógica estaba protegida por el ejercicio de un intelecto poderoso y de un razonamiento perfecto. Por el contrario, los endebles procesos por medio de los cuales los científicos intentaban una y otra vez sustentar sus hipótesis, ayudaban a los mentirosos a demostrar la vacuidad de las pretensiones de los advenedizos y a demorar de ese modo, si no a evitar, la difusión de doctrinas cuyo efecto sólo podría haber sido la creación de una sensación de desamparo y de prescindencia para los mentirosos y sus beneficiarios.

No es necesario ir más allá en la elaboración de esta fantasía; este ejemplo debe indicar el vértice que quiero establecer, pero en la medida en que lo hace presenta dificultades. Es fácil imaginar que existen tales cosas como hechos independientes de la mente. Una creencia que indujera a un hombre a arrojarse desde un farallón confiando en que su capacidad para volar lo preservaría de hacerse daño, contribuiría a su daño ya que la realidad de su creencia, el O de su creencia, es, según el vértice de supervivencia, de menor importancia que el O de arrojarse desde un farallón. Pero O, dejando a un lado este vértice, es un absoluto presente en ("encarnado" en) todas las cosas e incog-

noscible para el hombre. La convicción de que volaría sin herirse puede compararse con la convicción de que se rompería la crisma. Según el vértice que se considere, las dos creencias pueden considerarse estimables y es posible otorgar preeminencia a una de ellas, pero ¿con qué escala de valores se relaciona el valor de la creencia? Ruskin definió lo "valioso" como otorgador de vida. Esto puede servir en lo referente a que la teoría edípica y la escena principal proporcionan un vínculo (tal como lo hace el teorema de Pitágoras, mediante el uso de las coordenadas cartesianas, para la conversión de la geometría a una formulación algebraica) entre los instintos de vida y los de muerte y lo que tienen de valioso tanto lo que otorga vida como su contrario.

Si se toma al valor como criterio, la dificultad surge porque no hay un valor *absoluto*: el individuo no cree necesariamente que sea mejor crear que destruir; un paciente suicida parece adherir al punto de vista opuesto.

El paciente a menudo confunde la determinación de un sistema de creencias, los vértices, propósitos, quejas, y "curas" con un intento de establecer un sistema correcto. La investigación de la categoría 2 consiste en ver en qué aspecto sus dolencias son semejantes a las de otros sistemas y de qué modo difieren las relaciones. Tales conocimientos puestos a disposición del paciente parecen darle la oportunidad de corregir errores. La contemplación de sistemas distintos permite al analista reconsiderar y corregir su propio sistema. La categoría 2 implica un conflicto con las impresiones de la realidad; a veces puede ocurrir que éstas no tengan importancia, pero después de un punto determinado el conflicto entre la necesidad de saber y la necesidad de negar se agudiza y puede conducir a ataques sobre los vínculos para impedir la estimulación que lleva al conflicto. Pero esto presupone un propósito por parte del mentiroso, y, por lo tanto, una pauta que puede detectarse. Este no es el caso con algunos mentirosos; de ahí que no sea posible confiar en encontrar un síntoma, tal como un deseo de complacer al analista, que deje la pauta al descubierto.

Para su satisfacción, el mentiroso necesita de una audiencia; esto lo hace vulnerable ya que su audiencia debe asignar un valor a sus creaciones. Es, por lo tanto, importante que el analista-víctima conceda importancia a las manifestaciones del paciente como si se tratara de formulaciones de una verdad. Debe ser posible observar los elementos incoherentes y detectar una pauta que una los elementos discordes mostrando una congruencia y un significado del que carecerían sin ella. Hasta aquí esta descripción no presenta diferencias con respecto a la de la transformación de la posición paranoide-esquizoide en depresiva. Es superior a una formulación narrativa que traiciona el elemento falso de la historia sólo por la debilidad de los víncu-

los casuales. La reacción $Ps \leftrightarrow D$ revela la totalidad de una situación que parece pertenecer a una realidad que preexiste al individuo que la ha descubierto. El descubrimiento falso carece de la frialdad espontánea del genuino $Ps \leftrightarrow D$. La mentira requiere que un pensador la piense. La verdad, o el pensamiento verdadero, no requiere un pensador, no resulta lógicamente necesario.

Podemos considerar, de una manera provisional, que la diferencia entre un pensamiento verdadero y una mentira consiste en el hecho de que para la mentira resulta lógicamente necesaria la existencia de un pensador pero no para el pensamiento verdadero. Nadie necesita pensar el pensamiento verdadero: espera la llegada del pensador que adquiere significación por medio de él. La mentira y su pensador son inseparables. El pensador carece de consecuencias para la verdad, pero la verdad es lógicamente necesaria para él. Su significación depende de que alimente o no el pensamiento, pero éste permanece inalterado.

Por el contrario, la mentira adquiere existencia en virtud de la existencia previa, desde el punto de vista epistemológico, del mentiroso. Los únicos pensamientos para los cuales el pensador es absolutamente esencial son las mentiras. El supuesto tácito de Descartes acerca de que los pensamientos presuponen un pensador, sólo es válido para la mentira.

El estado paranoide-esquizoide puede considerarse, pues, como peculiar del pensador que se encuentra perseguido por pensamientos que pertenecen a un sistema no-humano, el dominio de O. El dominio de O puede decirse que está, *vis-à-vis* con el pensador, en estado de evolución. El sistema en evolución intersecta la personalidad del pensador individual. El impacto del dominio de O en evolución sobre el dominio del pensador está señalado por sentimientos persecutorios pertenecientes a la posición paranoide-esquizoide. El hecho de que se dé o no cabida a los pensamientos tiene significado para el pensador pero no para la verdad. Si se les da cabida, conducen a la salud mental; si no, provocan perturbaciones. La mentira depende del pensador y adquiere significación por medio de él. El vínculo que los liga es el que existe entre huésped y parásito en la relación parasitaria.

La relación entre la mentira, el pensamiento, el pensador y el grupo es compleja. El pensador puede expresar la verdad en un grupo mentiroso; puede que el grupo no quiera que perturben sus ideas y sea dominado por mecanismos y formulaciones de la categoría 2. La relación que se establecerá entre dichos grupos y pensador será de envidia y odio. Si el pensador está diciendo mentiras, la relación del pensador con sus mentiras será parasitaria y ambos se destruirán mutuamente. Si la mentira pertenece al tipo "el sol sale en el ocaso", la relación entre éstas y el pensador es asociada: un pensamiento tal *requiere* un

pensador y éste es esencial. Pero la relación, al menos en nuestra época, es asociada. El pensamiento de que el mundo perderá puede ser una mentira, pero puede ser esencial para mantener a raya ideas acerca de que el mundo está a punto de llegar a su fin. Una relación tal entre mentira y pensador es simbiótica.

El vínculo entre una mente y otra que conduzca a la destrucción de ambas es la mentira. El término "vínculo" da una idea inadecuada de la realización que se quiere representar. La mentira no está restringida, como lo implicaría la palabra "mentira" comúnmente, al dominio del pensamiento, sino que tiene su equivalente en el dominio del ser; es posible ser una mentira y el hecho de serlo impide la unificación con O.

En psicoanálisis el mentiroso es un hecho significativo y adquiere significado de la naturaleza falsa de lo que dice. La relación parasitaria entre el mentiroso y su medio, correspondiente a la relación parasitaria entre el pensador y la mentira, despoja al medio de significación. El analista que acepta tales mentiras está actuando como huésped; si no lo hace contribuye a los sentimientos de persecución "siendo" un pensamiento no pensado, un pensamiento sin pensador. El pensamiento para el cual el pensador no es necesario es también un pensamiento que el pensador no consideraría con probabilidades de contribuir a *su* significado. Por el contrario, una vez que ha expresado una verdad el pensador es redundante.

Para sintetizar he aquí la formulación de dos definiciones:

1. El pensamiento verdadero no requiere ni formulación ni pensador.
2. La mentira es un pensamiento para el cual son esenciales una formulación y un pensador.

La mentira es característica de una relación entre la mente huésped y la mente parasitaria y destruye a ambas. El pensador puede albergar pensamientos si no necesita pensamientos que contribuyan a su significación y puede tolerar pensamientos que no lo hagan. En cuanto esencial al pensamiento, el pensador está en conflicto con otros pensadores que también se sienten esenciales respecto de aquél. La envidia, los celos y la posesividad que surgen son los equivalentes mentales de los elementos tóxicos en el parasitismo físico. Contribuyen a la naturaleza destructiva de la cultura que evoluciona a causa del desarrollo de la mentira. La necesidad de cada individuo de reclamar su contribución al pensamiento como original y esencial diferencia el clima emocional de aquel en el cual la inevitabilidad del pensamiento y la falta de importancia del individuo que lo alberga no gratifican el narcisismo de la persona y, por lo tanto, carecen de atractivo emocional. El trabajo que corrobora los descubrimientos realizados por otros adolece de falta de atracti-

CONTINENTE Y CONTENIDO TRANSFORMADOS

vo. Incluso en el caso de que requiera un pensador, no requiere uno *en particular* y en eso se parece a las verdades, pensamientos que no requieren un pensador.

Puesto que el analista está interesado en los elementos evolucionados de O y su formulación, las formulaciones pueden juzgarse considerando la medida en que su existencia es necesaria para los pensamientos que expresan. Cuanto mayor sea la posibilidad de considerar que sus interpretaciones muestran lo necesario que *su* conocimiento, *su* experiencia y *su* carácter son para el pensamiento tal como es formulado, tanta más razón existe para suponer que la interpretación, desde el punto de vista psicoanalítico, carece de valor, es decir, es ajena al dominio O.

En este capítulo repito la configuración en formulaciones que parecen ser descripciones de hechos que tienen lugar en el psicoanálisis o en la historia pero no tienen el carácter de narrativa histórica. Se trata de elementos de la categoría C, imágenes derivadas de un trasfondo de experiencia o de experiencia transmitida, reorganizados según su propósito.

Descripción 1: Llamo a los signos ♂ y ♀ contenido y continente. El uso de los símbolos de macho y hembra es deliberado, pero no debe considerarse que excluyen otras implicaciones que no sean las sexuales. Esos signos designan una relación entre ♀ y ♂. El vínculo puede ser asociado, simbiótico o parasitario.

Descripción 2: Una palabra contiene un significado; a su vez, un significado puede contener una palabra, la cual puede o no ser descubierta. La relación se establece por la naturaleza del vínculo. Una conjunción constante de elementos en un psicoanálisis puede "vincularse" mediante la atribución de una palabra, una teoría u otra formulación. Puede ser que la palabra mediante la cual se la vincula tenga una penumbra de asociaciones preexistentes tan poderosa que expulse el significado de la conjunción constante que se supone debe señalar. Por su parte, la conjunción constante puede destruir la palabra, la teoría u otra formulación que no sea aquella que esta destinada a "contener". Por ejemplo, un hombre está tratando de expresar sentimientos tan vigorosos que su capacidad de expresión verbal se desintegra transformándose en un tartamudeo o en un balbuceo incoherente, sin significado, de palabras.

Descripción 3: El continente (♀) extrae tanto del contenido (♂) que éste queda sin sustancia. Un psicoanálisis continúa du-

rante tanto tiempo que el paciente no puede sacar de él más significado. Un ejemplo inverso lo constituiría la continuación hasta que el paciente perdiera la paciencia, la tolerancia, el ánimo, o no tuviera más dinero. El continente puede sacar todo "fuera del" contenido; o puede que el contenido ejerza "presión" para que el continente se desintegre. Podríamos tomar como ejemplo la palabra usada como metáfora hasta que se pierda el contexto y la palabra queda despojada de su significado.¹

Descripción 4: El matrimonio en el cual la relación sexual ♀ ♂ juega un papel tal que *no deja lugar* a ninguna de las demás actividades en las cuales puede comprometerse la pareja. Por su parte, las otras actividades (es decir "las que no sean sexuales") juegan un papel tal que *no dejan lugar* al desempeño sexual. (Las metáforas utilizadas en esta descripción ejemplifican lo externo-interno, continente-contenido, modelo ♀ ♂.)

♀ o ♂ pueden representar la memoria. El continente ♀ se llena de "recuerdos" derivados de la experiencia sensorial. Predomina el trasfondo sensorial y los "recuerdos" que lo poseen son tenaces. La memoria ♀ se satura de acuerdo con esto. El analista que llega a una sesión con una memoria activa no está, por lo tanto, en condiciones de hacer "observaciones" de los fenómenos mentales desconocidos porque éstos no se aprehenden sensorialmente. Hay algo que a menudo se ha llamado "rememoración" y que es esencial para el trabajo psicoanalítico; se lo debe distinguir rigurosamente de lo que yo he llamado memoria. Deseo hacer una distinción entre: 1) rememorar un sueño o tener un recuerdo de un sueño y 2) la experiencia del sueño que parece enlazarse como si fuera un todo, ausente en un momento, presente en otro. A menudo se llama memoria a esta experiencia que yo considero esencial para la evolución de la realidad emocional de la sesión, pero se la debe distinguir de la experiencia de rememorar. En la memoria, el tiempo forma parte de la esencia. A menudo se ha considerado el tiempo como perteneciente a la esencia del psicoanálisis; en el proceso de crecimiento no interviene. La evolución, o crecimiento, mental es catastrófica y atemporal. Usaré la palabra "recuerdo" con su significado conversacional corriente; representa algo que está fuera de lugar en la conducción que un psicoanalista hace de psicoanálisis. Los parientes más cercanos de un paciente están cargados de recuerdos que los convierten en jueces poco confiables de su personalidad e inadecuados para ser sus analistas.

Hasta aquí he examinado la configuración tal como se presenta dentro de los límites de las palabras mismas; su aparición

¹ Véase: Fowler, H. W.: *Dictionary of modern English usage*. Segunda edición, "metáfora" 2D.

en una formulación más compleja indica el grado de su persistencia. La situación psicoanalítica proporciona y evoca ejemplos de la configuración; penetra en las dificultades que tanto analista como analizado encuentran en la comunicación. Hay experiencias emocionales que deben transmitirse o representarse, algunas de gran intensidad. Por lo tanto, encontramos instancias de la configuración en el asunto de que se trata y en el procedimiento psicoanalítico señalado para tratarlo.

Descripción 5: El paciente se encontrará sin saber qué hacer para transmitir su significado, o el significado que quiere transmitir será demasiado intenso para que pueda expresarlo con propiedad, o la formulación será tan rígida que sienta que el significado transmitido está desprovisto de interés o de vitalidad. De un modo similar, las interpretaciones proporcionadas por el analista, ♂, se encontrarán con la respuesta aparentemente colaboradora que consiste en repetir las para que sean confirmadas, lo cual priva a ♂ de significado ya sea por condensación o por despojo. La falta de observación y demostración de este aspecto puede producir un análisis progresivo en apariencia, pero en realidad estéril. La pista está en la observación de las fluctuaciones que realizan el analista y el analizado que en un momento son ♀ y ♂, respectivamente, y que al momento siguiente cambian de roles. Cuando se observa este modelo, los vínculos (asociado, simbiótico y parasitario) que están dentro del modelo también deben ser observados.

Cuanto más se familiariza el analista con la configuración ♀ y ♂, y con los hechos que tienen lugar en la sesión y que se aproximan a estas dos representaciones, tanto mejor. La experiencia esencial no consiste en leer este libro sino en la equiparación del hecho real que se presenta en el psicoanálisis y que se aproxima a estas formulaciones. Las referencias frecuentes a hechos que ocurren "en el análisis" o "en el pasado" deben ayudar al reconocimiento de las realizaciones con las cuales se relacionan estos signos. Lo que puede resultar más difícil es el reconocimiento de la categoría de vínculo que opera a menos que se pueda acceder a él mediante la consideración de la clase de hecho que ocupa el lugar de ♀ o ♂. Es así que un paciente codicioso en extremo puede querer obtener todo lo que pueda de su análisis dando lo menos posible; deberíamos esperar que esto se manifestara por los hechos frecuentes en los cuales el continente despojara al objeto contenido y viceversa. Puede que el paciente muestre que exigió mucho a su familia, pero que experimente resentimiento por no haber hecho nada por ella. Muchos pacientes pueden mostrar una conducta de este tipo en ocasiones relativamente escasas, pero algunos pueden manifestarla en muchas actividades y en un grado sorprendente como, por ejemplo, mediante una habitual incoherencia, mientras que

al analista se le exige una gran precisión en sus interpretaciones. Este tipo de paciente no puede ser bien descrito mediante un registro narrativo de sus hechos reales; en primer lugar, porque cualquier formulación de este tipo es sospechosa por las razones que ya he mencionado al hablar de la memoria, y, en segundo lugar, porque es imposible predecir qué forma tomará su codicia. Por lo tanto, el psicoanalista que pueda tener un paciente así, o un paciente que en ocasiones manifiesta tales pautas de conducta, o cualquiera que se encuentre entre estos extremos, necesita de las formulaciones de una teoría que le posibilite tener un espectro de observación lo más amplio posible para que esas configuraciones no pasen inadvertidas. Si esas formulaciones son demasiado abstractas, carecen de consistencia. Por consiguiente, les daré consistencia mediante el uso de descripciones pertenecientes a la categoría C, aunque éstas están expuestas a producir una penumbra de asociaciones tan grande que las formulaciones resulten saturadas o que disminuya la perspicacia del analista.

Las descripciones del 1 al 5 incluyen claustrofobia, agorafobia y actuación (*acting-out*) como ejemplos de la configuración. La actuación, tal como se la entiende comúnmente, tiene lugar "en" el análisis, y el análisis mismo es, entonces, parte de la actuación. Los pacientes claustrofóbicos-agorafóbicos se identifican con un objeto que está dentro o fuera de un continente. Una capacidad para ver la configuración revela relaciones dentro de la personalidad del paciente que de otro modo permanecerían desconocidas. Cuando se puede decir que un paciente está representando, el análisis se encuentra en una situación cuyos límites son desconocidos. Si la conducta caracterizada como "actuación" se presenta en el análisis, puede estar acompañada por síntomas claustrofóbicos en el paciente. No puede detectarse la coherencia de estos síntomas si no se realiza la configuración básica. Como este último punto concierne a la conducta de grupo haré que mi próxima descripción sea una formulación en función de la historia. La descripción parecerá compleja porque intento ampliar el alcance de la configuración, pero su complejidad será menor si se tiene presente que la descripción tiene la misma configuración fundamental aun cuando a primera vista parezca lo contrario. Puede resultar útil explicar que puede parecer que se presentan nuevas ideas en esta descripción; su novedad o la falta de ella es una función de la personalidad del lector y no debe suponerse que es inherente a la comunicación.

Descripción 6: Esta sección es, en su mayor parte, una recapitulación y expansión del modelo del místico y el grupo. Algunos místicos llaman la atención, pero otros no, porque las condiciones no son propicias. Lo mismo puede aplicarse a las

ideas. Llamaré a la idea que considero como equivalente del místico o del genio "idea mesiánica". Una idea de este tipo puede confundirse con la persona; esa persona puede creer que es el mesías. Llamo a la persona "el místico"; a la idea, "idea mesiánica". Los términos "místico" y "genio" son intercambiables. Los místicos pueden aparecer en cualquier religión, ciencia, tiempo o espacio. Esas personas "contienen" a la "idea mesiánica", o la "idea mesiánica" puede "contener" a la persona a la que se ve encarnar, representar o manifestar al mesías de una manera análoga al significado que se siente que la palabra que debe representarlo "contiene".

Nietzsche describió a la sociedad en la cual aparece el místico como un cuerpo cuya función es producir un genio. También es una función de la sociedad hacer que el místico o la idea mesiánica estén al alcance de los miembros del grupo. Esto se lleva a cabo mediante leyes (en la sociedad), el dogma (en la religión), reglas o leyes (en la matemática o la ciencia). Llamo *establishment* al cuerpo que gobierna a la sociedad; su equivalente en el dominio del pensamiento sería la disposición preexistente o la preconcepción.

El místico establece contacto directo con Dios o "es uno" con él. Esta capacidad no se le atribuye a un miembro ordinario del grupo. El *establishment* debe pronunciarse dogmáticamente, establecer leyes o reglas, para que las ventajas de la comunión del místico con Dios o con la verdad o realidad última puedan ser compartidas, a cierta distancia, por los miembros ordinarios. Puede que el *establishment* fracase en esto por una falta de discriminación que lleva al mantenimiento de perspectivas falsas o por una adhesión rígida a una estructura existente, lo que hace que se establezca un vínculo parasitario entre el místico y el grupo, ♂ y ♀. Entonces, o bien se deja sin vida al místico o a la idea mesiánica, o bien se desorganiza la sociedad.

Descripción 7: Donde se muestra el conflicto del místico y su grupo en su forma más extrema y, por consiguiente, más fácil de estudiar, es en el relato de Jesús y su relación con el grupo. El mismo proclamó a la manera característica de muchos místicos que sus enseñanzas guardaban conformidad con el *establishment* existente: "No penséis que he venido a destruir la ley o los profetas; no he venido para destruir sino para cumplir" (Mateo: 5, 17, versión autorizada). Este alegato se asocia con frecuencia a una conciencia de la fuerza desorganizadora que se trae para dominar al grupo desde adentro. No siempre el místico proclama su conformidad con el grupo. Puede aparecer como un destructor desde dentro o desde fuera. No proclama intenciones o métodos pacíficos. A veces se hace una distinción entre el místico nihilista, que desbarata la comunidad, y el místico creativo, que niega los métodos violentos, en particular

contra su propio grupo. Quiero destacar el carácter destructor del místico ya sea que se proclame o no como tal, ya que es esa cualidad destructiva la que se relaciona con las hostilidades del grupo hacia él y de él hacia el grupo. Es, además, la cualidad que deseo destacar en esta descripción.

La reacción del *establishment* consiste en evitar la destrucción y lo hace incorporando al místico dentro de sí. Esto lo expresa el ejemplo bíblico mediante la tentación en el desierto donde se establecen claramente las compensaciones del conformismo. El conformismo puede consistir en el renunciamiento a la idea mesiánica o en la aceptación del rol de mesías. También es posible que se destruya al místico y que se tomen medidas para asegurarse de que sus ideas corran la misma suerte.

Las funciones de contención —uso la palabra con su implicación militar de una fuerza que contiene a otra— debían asumir las facciones divididas del grupo, una de ellas ostensiblemente en contra de Jesús, la otra en favor de él. Poco a poco se formó un nuevo grupo y también un nuevo *establishment* para contener al místico o, más bien, a la idea mesiánica. El grupo judío aprendió a manejar al místico con consecuencias menos desastrosas para sí. El grupo cristiano, aunque encontró una solución distinta del problema, llegó a un resultado satisfactorio muy similar. Ninguno de los dos sistemas estaba libre de que el problema se repitiera. Un *establishment* cristiano restauró la estructura desorganizada y aseguró su continuidad apropiándose de los festivales paganos y suavizando así la hostilidad que podría haber sobrevenido como consecuencia de la pérdida de las festividades y festejos tan apreciados y valorados. Podría consignarse el tema como un paganismo mayor y más brillante, con dioses restaurados y rejuvenecidos bajo el nombre de santos y demonios. (Milton expresa esto con mucha claridad en su representación del Pandemonio en los libros I y III de *El paraíso perdido*.)

Los problemas del *establishment* cristiano evolucionaron durante la vida de Jesús. Ellos fueron: el delineamiento de los límites del grupo, la selección y el entrenamiento y la estabilización de la jerarquía.

Para comenzar por el último punto: en el relato del Evangelio de San Marcos (10: 35 a 45), Santiago y Juan plantearon el problema con claridad en su petición de status. En su respuesta Jesús parece sugerir una especie de iniciación o de prueba, pero la presteza con que los dos aceptan las condiciones hace difícil saber en qué consistía la iniciación, aunque es evidente que Jesús consideraba que su realización era exterior a ellos. También anuncia un cambio en la función del *establishment* tal como existía en esa época entre los gentiles. Parece que la petición presentada por Santiago y Juan fuera una petición de status y éste aparece como un sustituto de la capacidad. Sus

deseos consistían en que los satisficieran, por así decirlo, *ex officio*. La respuesta dada por Jesús parece indicar que la "posición" alcanzada *ex officio* fuera la alternativa preferida por el par antes que sufrir la experiencia del místico mismo. En este aspecto la solución rechazada enfrenta a uno de los requerimientos de la sociedad: hacer que los frutos del trabajo del místico sean accesibles a los miembros comunes que no tienen la capacidad de aquél para unirse con la deidad.

También surgió pronto el problema de pertenencia al grupo y de cómo decidir si un hombre debía o no ser llamado cristiano². Por lo común dependía de la cuestión de la eficiencia terapéutica del cristiano y su sello de Cristiandad. El problema llegó a su culminación a causa de los efectos terapéuticos aparentemente exitosos de personas que no tenían la categoría de miembros del grupo (Marcos: 9: 38). En el ejemplo citado pareciera que el criterio propuesto por Jesús fuera la cura exitosa y el hecho de que el terapeuta se la atribuyera a él. Los aspectos implicados son: la pertenencia al grupo como símbolo de status en sí mismo; el status expresado mediante la fórmula "en Tu nombre" como agente terapéutico; el resultado terapéutico como criterio de pertenencia al grupo. La solución era empírica, pero aceptaba el criterio de eficiencia terapéutica. Por el momento, la prueba de pertenencia parece ser doble, es decir, médica y terapéutica por un lado y de capacidad para obtener los resultados por el otro. Esta última exigencia ha constituido un problema durante toda la historia. Podría describirse como una exigencia de que el líder del grupo fuera capaz de anticipar el futuro, de conferir idoneidad a alguien que ya se supone que es apto y de garantizar su idoneidad en contingencias futuras.

Muy pronto la jerarquía cristiana se vio enfrentando los mismos problemas que el directorio rabínico había vencido. Las mismas fuerzas estaban comprometidas: por un lado, la necesidad de controlar la idea mesiánica y de ponerla al alcance de la gente común por medio de una formulación dogmática; por otro, la idea mesiánica o su encarnación rompiendo continuamente las barreras con que se trataba de controlarla y amenazando con destruir a la sociedad en la cual se manifestaba. La Reforma fue un ejemplo espectacular de ello (véase Knox, 1950).

En las descripciones 6 y 7 he empleado material con el que todos están familiarizados para una configuración que está repetida de muchas maneras y en muchas épocas. No se limita a las sociedades religiosas o terapéuticas ni a las artísticas o científicas, sino que puede identificársela en muchas sociedades. Sin

² El moderno Estado de Israel se ha encontrado con el mismo problema de decidir quién es y quién no es judío.

embargo, mi intención es no expresar ninguna opinión sobre la naturaleza de diversos grupos. No me propongo escribir una historia, sino formular una pauta en términos pintorescos pertenecientes a la categoría C; es decir, representar una configuración en términos que den cuerpo a una idea que de otro modo sólo parece una elaboración de abstracciones carente de significado. Supongo, naturalmente, que personas que no sean psicoanalistas sacarían provecho de un reconocimiento de la configuración y del grupo básico al que uno sospecha que pertenece, pero en este momento sólo me intereso, como analista, por la configuración tal como pueden percibirla otros analistas. Por lo tanto, no debe suponerse que las descripciones 6 y 7 tengan una aplicación sociológica o política, sino que se las debe tomar como fábulas o construcciones mitológicas (categoría C) que formuladas con mayor precisión y elaboración representarían un modelo al cual se asemejaría la personalidad humana. La fábula, construida en función del grupo, debe considerarse como una descripción del mundo interior del hombre (MONEY-KYRLE, 1961). Para quienes están familiarizados con la teoría kleiniana mi descripción puede aparecer como una representación dramatizada, personificada, socializada e ilustrada de la personalidad humana. Una comparación de esta visión gráfica con la morfología aceptada del análisis clásico puede ayudar a esclarecer el procedimiento. La teoría formulada en función del yo, el superyó y el ello difiere en dos aspectos. En primer lugar, es una formulación de categoría F, mientras que la formulación gráfica que yo estoy representando verbalmente pertenece a la categoría C, es primitiva y basada en una terminología derivada de los sentidos. Segundo, se trata de una teoría cuya realización aproximada debe buscarse en la psicopatología y en la psicomorfología. La realización que se aproxime a la formulación de la categoría C debe buscarse en material superficial y fácilmente accesible a la conciencia. Sus raíces inconscientes deben descubrirse mediante la investigación psicoanalítica.

Sólo de una forma muy aproximada puede representarse la idea mesiánica mediante las formulaciones de la categoría C que he estado utilizando. Jesús, Meister Eckhart e Isaac Luria representan de distintas maneras el problema de reconciliar la idea mesiánica con el *establishment*. El directorio rabínico aprendió a ser cauteloso, de modo que cuando tuvo que ajustarse a la doctrina luriana y a las afrentas que, según sus adversarios, ésta había infligido al judaísmo, no contribuyó a una explosión. Por su parte, Luria insistió en un conservadurismo y remitió todo lo que decía a las autoridades más antiguas. Resulta significativo que no haya dejado nada escrito y que cuando un discípulo le preguntó por sus razones para no volcar sus enseñanzas en un libro, dijera: "Es imposible, porque todas las cosas se interrelacionan. Casi no puedo abrir la boca

para hablar sin sentir como si el mar rompiera los diques y los sobrepasara. ¿Cómo expresar, entonces, lo que mi alma ha recibido y cómo volcarlo a un libro?" (Scholem, 1955, pág. 254). Meister Eckhart escribió con profusión, pero la oscuridad de su escritura y tal vez el tema hicieron que más de veintiocho proposiciones de sus últimos escritos fueran condenadas como heréticas. La cuestión principal parece centrarse en sus francas afirmaciones de identidad con la divinidad: "somos transformados y convertidos en Dios". El destino del mismo Jesús fue la crucifixión, como si se tratara de un criminal, por un lado, y la deificación por otro. Tanto Isaac Luria como Jesús fueron seguidos por una proliferación de biografías hagiográficas; en el caso de Jesús, gran parte de ellas no están incluidas en el canon. Los rasgos comunes son: contención de la idea mesiánica en el individuo; contención del individuo mesiánico en el grupo; el problema que representa para el *establishment* al que le concierne por un lado el grupo, y por otro la idea mesiánica y el individuo. Es necesario ahora volver a la palabra.

Descripción 2 (ciclo 2): Si fuera necesario expresar las descripciones 6 y 7 mediante una sola palabra, podría hacerse una elección entre términos tales como "religión", "cristiandad" o "Dios". En caso de no encontrar adecuado ninguno de estos términos, podría buscarse el apropiado mediante una introspección. Este intento consiste en una búsqueda en la mente del término que se supone que existe o una búsqueda del término en el significado; este último constituye un ejemplo del significado como conteniendo a la palabra. Las dificultades que se presentan al encontrar la palabra tienen su descripción en los términos utilizados por Poincaré cuando estaba buscando una fórmula matemática, o en la expresión de Isaac Luria citada anteriormente. Se puede obtener una idea más ajustada del problema sustituyendo la palabra "afirmación" por "palabra" e incluyendo en su definición cualquier acto de expresión. En los términos de la categoría C el problema que se presenta es similar al del escultor que busca su forma en el bloque de material, al del músico que encuentra la fórmula de la notación musical en los sonidos que oye, al hombre de acción en busca de las acciones que representen sus pensamientos. Una de las peculiaridades de esta discusión reside en que es un ejemplo del problema que se está discutiendo. Es un intento de encontrar la formulación verbal a la cual se asemejan las realizaciones psicoanalíticas. Expongo una vez más el problema del siguiente modo: el psicoanálisis, la cosa en sí, existió. Le correspondió a Freud revelar las formulaciones contenidas en él. A su vez, ya formuladas por Freud, nos toca a los demás (incluyendo al mismo Freud) descubrir el significado de la conjunción unida por su formulación.

Es necesario postular el "pensar" sin suponer que sea esencial un pensador. No trataré de explicar las razones en este momento. Todo el pensar y todos los pensamientos son verdaderos cuando no hay un pensador. Por el contrario, para las mentiras y falsedades es absolutamente necesario un pensador. En cualquier situación en la que está presente un pensador los pensamientos formulados son expresiones de falsedades y mentiras. El único pensamiento verdadero es aquel que nunca encontró un individuo que lo "contuviera".

Podría suponerse que la idea mesiánica tiene como contraparte la verdad absoluta, O, para la cual no es necesario un pensador. Lo característico del pensamiento dentro de un individuo, o del pensamiento dentro de un continente, es la falsedad. De esto se desprende que todo pensamiento tal como se lo conoce comúnmente, es decir, como un atributo del ser humano, es falso, siendo el problema relacionado con esto el grado y naturaleza de la falsedad. La mentira es una falsedad asociada con la "moral".

La idea mesiánica es un término que representa a O en el punto en el cual su evolución y la de un pensador se intersecan. El místico, tal como lo hemos visto en las descripciones 6 y 7, es un pensador que proclama su capacidad de contacto directo con O. El grado de falsedad depende de que la relación con O sea asociada, simbiótica o parasitaria. No se reconoce con la frecuencia suficiente que un paciente en el cual la resistencia es activa puede estar reaccionando contra lo que siente como un pensamiento en busca de un pensador. Se supone que es su propio pensamiento (teoría clásica de la resistencia), pero no tiene que serlo necesariamente.

El pensamiento O y el pensador existen de un modo independiente uno del otro. No hay reacción o, como diríamos comúnmente, identificándonos con el pensador, la verdad no ha sido descubierta aunque "existe". En la simbiosis, el pensamiento y el pensador se corresponden y se modifican el uno al otro por medio de la correspondencia. El pensamiento prolifera y el pensador evoluciona. En una relación parasitaria también hay correspondencia, pero ésta es de la categoría 2, lo cual significa que se sabe que la formulación es falsa pero se mantiene como una barrera contra la verdad a la que se teme por considerársela aniquiladora del continente o viceversa. La falsedad prolifera hasta convertirse en mentira. La barrera de la mentira aumenta la necesidad de la verdad y viceversa.

La posición asociada cambia cuando pensamiento y pensador se aproximan. En términos más comunes, cuando un "descubrimiento" amenaza, se origina una situación crítica. Se suele decir que las esperanzas mesiánicas eran más activas que lo que es usual al nacimiento de Jesús y es necesario destacar el hecho de que más de un investigador parece estar por llegar a un

descubrimiento cuando éste se realiza. La resistencia del pensador al pensamiento no pensado es característica del pensamiento de la categoría 2. El problema crucial parece consistir en la fuerza relativa de la idea mesiánica y de la personalidad que va a "contenerla". Debemos, por lo tanto, reconsiderar la personalidad. Para ello utilizaré las descripciones 6 y 7 como representaciones gráficas (categoría C) de las partes que componen la totalidad del individuo, no del grupo. Parto de la base de que el lector tiene en mente las teorías existentes sobre la estructura de la personalidad. No debe suponerse que hay que abandonarlas o que deben ser modificadas por lo que sigue. Las teorías existentes son formulaciones de la categoría F; lo que tiene lugar en el consultorio es una situación emocional que constituye ella misma la intersección de un O en evolución con otro O en evolución. La descripción que proporciono es, tal como lo han sido todas las de este capítulo, una formulación de categoría C con la cual se intenta cubrir el vacío entre un hecho singular por un lado, y una formulación generalizada de categorías F por el otro.

Descripción 3 (ciclo 2): La idea mesiánica se reviste de una variedad de formas. Aunque puede adoptar cualquiera, parece haber dificultades para que forma e idea lleguen a una relación asociada o simbiótica. Por lo tanto, me resulta difícil hallar una formulación por medio de la cual haga llegar al lector mi significado, pero puedo indicarle el consultorio o el grupo como lugares donde podrá intuirlo por sí mismo. Del mismo modo puedo inducirlo a observar la palabra "cura" cuando la oiga, ya que "dentro" de ella le será posible intuir la idea mesiánica. Debe detener su atención en las formulaciones en las cuales se lo describa en términos positivos, ya que "en su interior" podrá adivinar la idea mesiánica que "contienen". Sea que la manifestación represente en apariencia unas vacaciones de verano, un automóvil, una persona, un momento en el tiempo, debe ser capaz de llegar a intuir gradualmente la aparición reiterada de la idea mesiánica y persuadirse de su realidad y de su propia capacidad para sentir su presencia.

Quando digo que el lector puede buscar en el consultorio o en el grupo, estoy delimitando el campo de investigación para proporcionarle un "continente" dentro del cual pueda continuar la búsqueda sin dificultad y con relativa rapidez. Sin embargo, es dudoso que la intuición de una conjunción constante en el dominio de la realidad psíquica pueda lograrse rápida y fácilmente. Por lo tanto, no puede haber atajo para el psicoanalista; puede esperar que su experiencia lo capacite para intuir la idea mesiánica o reconocer que esa esperanza es en sí misma una formulación que la contiene.

La concepción de que la idea mesiánica se encuentra contenida en el análisis o de que las descripciones 6 y 7 pueden utilizarse como manifestaciones o formulaciones de la personalidad individual pertenecientes a la categoría C, implica que la personalidad puede representarse por medio de una relación $\zeta \wp$ y que la personalidad tiene una relación $\wp \zeta$ con un psicoanálisis. Dicha formulación ayuda al analista a intuir una personalidad que, aunque externa al psicoanálisis, está presente dentro de éste por "referencias"; el paciente se convierte en una voz que informa que la idea mesiánica se encuentra en algún lugar exterior. Una complejidad característica de la relación $\wp \zeta$, significativa por su producción de *acting-out*, se relaciona con los elementos beta que permanecen fuera del dominio propio del pensamiento, pero parecen pertenecer a él porque se representan "en" el psicoanálisis por medio de manifestaciones C3 realizadas por el analizado. Tanto el psicoanalista como su analizado parecen, por lo tanto, estar excluidos del dominio de la acción y "confinados dentro" del dominio del pensamiento de modo tal que no están en condiciones de "psicoanalizar", sino tan sólo de sustituir el "psicoanálisis" por el pensamiento psicoanalítico que es un preludio a las interpretaciones (la contraparte psicoanalítica de la acción).

La práctica psicoanalítica demuestra que los motivos para cualquier actividad humana son numerosos y complejos. Derivan de un trasfondo de deseos sensoriales; basta con que uno quede demostrado para que parezca que otros deseos permanecen desconocidos. A los propósitos de la pareja psicoanalítica se llega por conjeturas y se formulan, al menos en lo que concierne al analizado, en términos que representan la experiencia sensorial. Hasta los objetos de curiosidad se formulan en términos adecuados a un trasfondo sensorial. En la medida en que los deseos puedan ser formulados serán deseos sensoriales y propósitos sensoriales, siendo el predominante el de mantenerse vivo. Estos deseos y propósitos, sin excepción, son irrelevantes para el psicoanálisis. Tampoco probaron su relevancia ni en el judaísmo ni en el cristianismo. Todavía no han sido reemplazados por formulaciones que resulten más satisfactorias. Mientras se considere el pensamiento como subordinado a los sentidos no hay dificultad. Si el pensamiento es una actividad primaria, se presume que existen los *propósitos* de contemplación o de meditación, porque el pensamiento está ligado a su historia genética como subordinado a la actividad muscular; del mismo modo se supone que la actividad muscular tiene un propósito de acuerdo con el dominio del principio de placer.

Es posible que Jesús, en el curso de sus enseñanzas, hubiera cubierto la vacuidad producida por la subordinación de los propósitos sensoriales al desarrollo de una capacidad de contemplación o de meditación. Pero puesto que su doctrina estaba sometida

a las presiones idénticas que ya he descrito, es decir, aniquilamiento por destrucción física, por un lado, y honores divinos, por otro, no sabemos cuál podría haber sido tal solución. En la práctica, el problema está archivado; el pensamiento continúa subordinado a la satisfacción de los deseos sensoriales.

En consecuencia, el psicoanálisis lleva a cuestras un propósito que, de acuerdo con diferentes deseos, le atribuyen tanto el analista como el analizado. Ambos se ven privados de cumplir su propósito ya que éste es perseguido en el dominio de la acción y el psicoanálisis está confinado al dominio del pensamiento en el cual el pensamiento es la única forma de realización. El "conflicto" existe entre la acción y el pensamiento siendo su contraparte, en las descripciones 6 y 7, el problema expresado en la refutación agustiniana de la responsabilidad de la cristiandad por la caída de Roma. En lo individual, las exigencias de la acción y la gratificación sensorial asociadas con la supervivencia física chocan con la exigencia de la "actividad" mental. La última no se puede justificar a sí misma en términos comprensibles para la primera. La primera puede justificarse ante la última porque su aparato de realización sensorial es irrelevante para el dominio del pensamiento.

He empleado el término "conflicto", en las descripciones de acción y pensamiento, como una señal de la concepción aceptada. El objeto del uso de $\wp \zeta$ es diferenciar los estados de contención los cuales, tal como sucede con pensamiento y acción, evitan el conflicto conteniendo a uno y a otra en un estado asociado mutuamente exclusivo. En estas condiciones pensamiento y acción no se modifican el uno al otro sino que persisten asociados en la misma personalidad. Las acciones que aparentan ser compulsivas son en realidad elementos beta confinados al dominio de la acción y aislados, de ese modo, respecto de los pensamientos confinados a su vez al dominio del pensamiento (que incluye el psicoanálisis). De una manera similar los pensamientos están confinados a su propio dominio y pueden recibir influencias de los elementos beta confinados en el dominio de la acción. Una aparente excepción, no real, la constituyen los elementos C3 en pensamientos que parecen incorporar la categoría A al reino del pensamiento, pero que sólo son *registros* de acción de la categoría C; no hay conflicto.

Los dominios del pensamiento y de la acción están tan próximos, ya que la musculatura puesta en movimiento al hablar se relaciona con los elementos beta, que la distinción entre ellos se hace confusa. La misma confusión surge si la intolerancia de la frustración lleva a una sustitución del pensamiento por la acción. La omnipotencia asociada del pensamiento obstaculiza el uso apropiado de la musculatura, del mismo modo que un sentimiento de desamparo estimulado por una acción ineficaz

de los músculos a menudo es la base genética de la omnipotencia: cuando uno es activo el otro está presente.

En los párrafos anteriores he dado ejemplos de ♀ ♂ asociados con lo externo y con lo interno. Tienen un valor psicológico por cuanto dan cuerpo a una formulación que de otro modo podría carecer de él, pero el lector debe buscar más ejemplos provenientes de su práctica. Según el cúmulo de sus experiencias anteriores, un paciente describirá objetos variados como continentes, tales como su mente, el inconsciente, la nación; otros como contenidos, tales como su dinero, sus ideas. Los objetos son numerosos pero no lo son las relaciones.

El individuo siempre muestra algún aspecto de su personalidad que es estable y constante aun cuando puede resultar muy difícil detectarlo en medio del tumulto de evidencias de inestabilidad, y puede que se manifieste tan sólo en la regularidad con la cual el paciente asiste a las sesiones. En su estabilidad se encontrará el equivalente de lo que, en las descripciones 6 y 7, he llamado *establishment*. Se mantendrá con gran tenacidad como la única fuerza capaz de contener al equivalente de la idea mesiánica. A su vez, la idea mesiánica es la única fuerza capaz de soportar las presiones del equivalente del *establishment* en lo individual. Los temores de identificación megalomaniaca con la idea mesiánica se relacionan con una incapacidad para "ser uno" con el Padre omnipotente. El equivalente del *establishment* individual no se relaciona con el padre o la madre, pero puede vincularse con fragmentos de ambos.

En la configuración ♀ ♂ la decisión es sinónimo de selección para incluir o excluir. Es así que el psicoanalista debe decidir entre incluirse en diversos grupos o excluirse de ellos; incluir o excluir determinadas asociaciones, ideas, experiencias, etcétera. El *establishment* del grupo debe decidir entre incluir o excluir a ciertos individuos. La personalidad decide incluir o excluir ciertas características o, a falta de esto, incluir o excluir la conciencia de que existen. El desagrado por la responsabilidad de la decisión, o la conciencia de ella, contribuye a la formulación de procedimientos de selección por medio de los cuales se hace a ésta actuar, al igual que el dogma o las leyes de la ciencia, como un sustituto del discernimiento o como chivo expiatorio de la culpa presente en el ejercicio abiertamente reconocido de la responsabilidad.

Puede verse que la configuración sobre la que he tratado de llamar la atención tiene una penumbra de asociaciones que conserva una función esclarecedora en las circunstancias en las cuales se la trae a colación. A veces, la luz que irradia es distorsionante a causa de un exceso de importancia dada al pasado, que carece de relevancia, y de una obstrucción del presente y futuro que, por desconocidos, son relevantes. Una vez reconocida la constancia de la configuración puede evaluarse su naturaleza y

puede relacionársela con la teoría psicoanalítica. A su vez, cuando la teoría requiere reajustes, puede ser reformulada.

La formulación primitiva de ♀ ♂, en términos tales como pecho y boca, pene y vagina, perteneciente a la categoría C, tiene la simplicidad de todas las formulaciones de esa categoría. Aunque las descripciones 6 y 7 aparentan una mayor complejidad, también llevan el sello de las formulaciones de la categoría C. Ambas parecen diferir de las configuraciones representadas por la teoría kleiniana de la interacción entre la posición esquizo-paranoide y la posición depresiva. Soy renuente a aceptar esta escisión. La formulación más satisfactoria que muestra la armonía básica se relaciona con la práctica del psicoanálisis.

La exposición de la configuración de continente y contenido ha ocupado una parte considerable de este libro. Puede, por lo tanto, parecer sorprendente que a esta altura y con relativa brevedad describa el que quizá sea el mecanismo más importante empleado por un psicoanalista en ejercicio. No requiere tanta descripción y su comprensión resulta algo más fácil. Sólo por estos motivos ocupa lo que puede parecer una parte insignificante de este libro. Es una derivación de las descripciones de Melanie Klein de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva, a las que el lector debe remitirse.

He aquí expuesta en forma sumaria mi formulación de este asunto tal como concierne el analista en ejercicio:

El analista que se haya guiado por lo dicho en este libro, en particular con respecto a la memoria y al deseo, debe ser capaz, en cada sesión, de conocer el material que, por familiar que pueda parecerle, se relaciona con lo que es desconocido tanto para él como para el analizado. Para lograr un estado mental análogo a la posición esquizo-paranoide debe resistirse cualquier intento de aferrarse a lo que sabe. Para este estado y con el objeto de distinguirlo de la "posición esquizo-paranoide" que debe reservarse para describir el estado patológico para el cual lo empleó Melanie Klein, he acuñado el término "paciencia". Mi intención es que conserve su asociación con el sufrimiento y con la tolerancia a la frustración.

Debe conservarse la "paciencia", sin "un ansia exacerbada de llegar hasta el hecho y la razón" hasta que "evolucione" una pauta. Este estado es similar a lo que Melanie Klein ha llamado la posición depresiva. Para este estado utilizo el término "seguridad", cuyas asociaciones con las ideas de protección y de disminución de la ansiedad intento conservar. Considero que ningún analista tiene derecho a creer que ha realizado el trabajo requerido si no ha pasado por ambas fases: "paciencia" y "seguridad". El pasaje de una a otra puede ser muy corto, como en los estadios últimos del análisis, o puede ser largo. Pocos psicoanalistas, si acaso algunos, deben creer que pueden escapar a los sentimientos de persecución y depresión asociados común-

mente con los estados patológicos conocidos como posiciones esquizo-paranoide y depresiva. En resumen, a la sensación del logro de una interpretación correcta le seguirá por lo general y casi inmediatamente una sensación de depresión. Considero que la experiencia de oscilación entre "paciencia" y "seguridad" es un indicio de que se está realizando un trabajo valioso.

PRELUDIO O SUSTITUTO DE LA REALIZACIÓN

Yo no tuve una riña con Dilke sino una disquisición acerca de distintos temas; en mi mente se ajustaron varias cosas, y enseguida se me hizo claro qué cualidad interviene en la formación de un Hombre de Realización, especialmente en literatura, y que Shakespeare poseyó en tan gran medida: me refiero a la Capacidad Negativa, es decir, a la capacidad de un hombre para estar en medio de la incertidumbre, el misterio, la duda, sin un ansia exacerbada de llegar hasta el hecho y la razón. John Keats.¹

Se impone la discusión de algunos aspectos de la práctica del psicoanálisis; los agrupo bajo la denominación Lenguaje de la Realización. La cita de Keats servirá como introducción al campo del que nos vamos a ocupar. El lenguaje se define de una manera vaga y general para incluir el comportamiento del cual se dice a veces: "las acciones son más elocuentes que las palabras". En comparación y en contraste con el Lenguaje de la Realización, considero el lenguaje que es un sustituto de la acción y no un prelude de ella. El Lenguaje de la Realización incluye el lenguaje que es a la vez prelude para la acción y una especie de acción él mismo; el encuentro entre el analista y el analizado es un ejemplo de este lenguaje. Esta discusión se centra en el problema de hacer que la atención actúe sobre las realizaciones a las cuales se aproximan las teorías de Freud.

Toda sesión debe juzgarse por comparación con la formulación de Keats a fin de prevenirse contra una falla que por lo común se pasa por alto y que conduce al análisis "interminable". Esta falla reside en la manera deficiente de observar y se agrava por la incapacidad para apreciar el significado de la observación. En raras ocasiones he dejado yo de experimentar

¹ "Carta a George y Thomas Keats", 21 de diciembre de 1817.

odio por el psicoanálisis y por su complemento, la sexualización del psicoanálisis. Son parte de una "conjunción constante". En términos de la categoría C: el animal humano no ha dejado de ser perseguido por su mente y por los pensamientos que suelen asociarse con ella, cualquiera que sea su origen. Por ende no tengo la esperanza de que ningún psicoanálisis bien hecho escape al odio inseparable de la mente. Sin lugar a dudas se busca refugio en la negligencia, en la sexualización, en la actuación y en diversos grados de estupor. La atención del psicoanalista no debe desviarse de las zonas de material caracterizadas sea por el Lenguaje de Sustitución o por el Lenguaje de la Realización; debe permanecer sensible a ambos. No pretendo que la sensibilidad pueda lograrse fácilmente: el espacio mental de que dispone el analizado y el material observado están sujetos a tantas transformaciones que una pretensión tal sugeriría inexperiencia de la práctica del psicoanálisis. El analizado con experiencia encuentra en los sueños un auxilio útil porque se supone, con acierto, que los psicoanalistas desean escucharlos. Los hechos comunes pueden ser transformados para darles expresión en términos sadomasoquistas o en una jerga casi psicopatológica; no hay límite para las formas de transformación. La experiencia conduce a una extensión del campo sobre el cual opera el Lenguaje de la Realización y por lo tanto a una ampliación de la zona en la cual puede reconocerse su actuación. Debemos considerar ahora la extensión del concepto de vértices en relación con los dos individuos que forman la pareja psicoanalítica.

Como se recordará, el término vértice puede entenderse como similar a "punto de vista", salvo en ciertas situaciones especiales. Existe una especificidad psicológica o mental análoga a la que se asocia con la relación entre los órganos sensoriales y las impresiones de la misma naturaleza. Para tener en cuenta esta especificidad es necesario dejar a un lado el término "punto de vista" y reemplazarlo por otro más abstracto como "vértice". El Lenguaje de la Realización se refiere siempre a un vértice, tanto si éste ha sido determinado (o desarrollado) como si no. Toda vez que vamos a considerar tanto al psicoanalista como al analizado, tendremos que abordar nuestro problema desplazándonos del campo que se suele pensar pertenece al psicoanálisis. Entre los estados mentales de los que se ocupa el psicoanalista hay muchos que suelen ser coto de caza de otras personas; por ejemplo, los ladrones, los pervertidos sexuales, los asesinos, los chantajistas. Su mundo mental va acompañado por un mundo de realidades externas que alimenta sus estados mentales mediante una organización establecida de espionaje internacional y comercial, de fuerzas policiales, de organizaciones religiosas; uno de los grupos se complementa con el otro. Los procesos de selección en la Iglesia o en la policía son llevados a cabo por examinadores (en el caso de delincuentes por distintos

tipos de tribunales de justicia). Su finalidad es separar el bien del mal. Quién o qué debe ejercer el poder y qué voz debe articular el Lenguaje de la Realización es asunto de importancia y ha sido aceptado como tal tanto si el campo en el que se lleva a cabo la lucha es el individuo como si se trata de conglomerados de individuos. Los psicoanalistas aceptan que su campo es el individuo. La suposición de que las inhibiciones deben disminuirse parece estar basada en una concepción del individuo análoga a la del grupo en el que la democracia es una mala forma de gobierno pero, sin embargo, la mejor.

El psicoanalista y el analizado tienen, ambos, un vértice (o vértices) que, si se conociera, indicaría la organización que cada uno de ellos considera la mejor. El esquema freudiano de ello, yo y superyó sugiere una concepción de la organización de la personalidad, si bien no hay nada que indique que dicho esquema represente una preferencia y no una observación.

La idea que se nutre de amor se desarrolla desde la matriz para funcionar en el Lenguaje de la Realización, a partir del cual puede transformarse en realización. Pero si la idea está sujeta a la división puede volver a dividirse repetidas veces, ampliándose cada trozo y teniendo que dividirse de nuevo. Así uno no consigue desarrollarse sino que se divide y se multiplica y logra un incremento de tipo canceroso no cualitativo. Pareciera ser un gran aumento de la ideación, pero no lo es, porque todas las ideas, cuando se las inspecciona, resultan ser la misma. La matriz emocional de la cual surge esto no es la envidia y la gratitud, sino la envidia y la codicia. La idea se divide una y otra vez y como resultado produce una cantidad de partículas: las "heces mentales". La envidia y la gratitud, por su lado, estimulan un deseo de ganancia, pero capacitan al individuo para establecer una buena relación entre la ganancia y lo que le ha posibilitado realizarla. El rechazo de la deuda originada en su personalidad "predatoria" y la necesidad de continuar repudiándola, excluyen de la actividad a otras partes de la personalidad. La codicia del superyó conduce a la usurpación del dominio de la realidad (hechos científicos) por parte del aspecto "moral", y de las leyes "científicas" por las leyes "morales".

El modelo para el desarrollo canceroso no es la división del objeto sino de la envidia, de la cual cada "trozo" se desenvuelve de manera independiente con respecto a los demás. Estos "trozos" aparecen ostensiblemente como ideas "diferentes". En realidad son un encubrimiento: $idea \rightarrow impulsos \rightarrow UN \text{ impulso}$. En este aspecto puede considerarse que las sesiones se repiten, y su cualidad incambiable se descubrirá a sí misma a pesar de los numerosos cambios de disfraz. Algunas veces se describe este estado como una reacción terapéutica negativa cuando debiera describirse con más justeza como una "proliferación de la envidia fragmentada". Si la envidia asumiera un aspecto de

objeto total podría vérsela como envidia de la personalidad capaz de madurar y del objeto que estimula la maduración. Este objeto es el pecho (♀) o la boca (♂). Ambos se reemplazan uno al otro. La cualidad estimulante a su vez reemplaza al objeto estimulante. Así se inicia una serie de transformaciones, siendo cada una sustitución de la anterior y estando sujeta en la división. La crítica de Berkeley a la matemática de Newton está bien fundamentada desde el punto de vista psicológico porque NO es la matemática de desarrollo lo que se representa por medio del cálculo infinitesimal y de su empleo de los conceptos de aumentos positivos y negativos infinitamente pequeños, es decir, "los espíritus de las cantidades fenecidas". Desde el punto de vista psicológico está más cerca de la verdad considerar la formulación newtoniana como *medida* de la restauración de los objetos totales que como medida de desarrollo. ¿Es la matemática el Lenguaje de la Realización o de la Restauración? Lo que se requiere no es una disminución de la inhibición sino del impulso para inhibir; éste es fundamentalmente envidia de los objetos que estimulan el crecimiento. Lo que se debe procurar es una actividad que sea a la vez la restauración de Dios (la Madre) y la evolución de Dios (lo informe, lo infinito, lo inefable, lo inexistente) y que sólo puede encontrarse en el estado en el cual NO hay memoria, ni deseo, ni entendimiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- | | | |
|----------------------|---------|--|
| Bion, W. R. | (1961) | <i>Experiences in groups</i> . Londres, Tavistock. [Hay versión castellana: <i>Experiencias en grupos</i> . Buenos Aires, Paidós, 1972, 2ª ed.] |
| _____ | (1962). | <i>Learning from experience</i> . Londres, Heinemann. [Hay versión castellana: <i>Aprendiendo de la experiencia</i> . Buenos Aires, Paidós, 1966.] |
| _____ | (1963) | <i>Elements of psychoanalysis</i> . Londres, Heinemann. [Hay versión castellana: <i>Elementos de psicoanálisis</i> . Buenos Aires, Paidós, 1966.] |
| | (1965) | <i>Transformations</i> . Londres, Heinemann. |
| Eissler, K. R. | (1965) | <i>Medical orthodoxy and the future of psychoanalysis</i> . Nueva York, International University Press. |
| Frege, G. | (1950) | <i>The foundations of arithmetic</i> . Oxford, Blackwell. |
| Freud, S. | (1911) | "Formulations on the two principles of mental functioning". <i>Standard Edition 12</i> . [Hay versión castellana: "Los dos principios del suceder psíquico", <i>Obras Completas II</i> . Madrid, Biblioteca Nueva, 1968.1] |
| Keats, John | (1952) | <i>Letters</i> , compiladas por M. B. Forman. Cuarta edición. Londres, Oxford University Press. |
| Knox, R. A. | (1950) | <i>Enthusiasm</i> . Londres, Oxford University Press. |
| Money - Kyrle, R. E. | (1961) | <i>Man's picture of his world</i> . Londres, Duckworth. |
| Scholem, G. | (1955) | <i>Major trends in Jewish mysticism</i> . Londres, Thames & Hudson. |